

FBI

una ISLA DE PAZ

JEFF LASSITER



**MEN AND WOMEN
MAROONED IN THE
SOLITARY ISLAND**

**Unlawful
flight**





© Jeff Lassiter
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 15.368 - 1971

Printed in Spain

Suc. de Rivadeneyra, S. A. - MADRID

JEFF LASSITER

Una isla de paz

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

CAPÍTULO I

DESDE luego, aquél no era un vuelo regular. Y tampoco los pasajeros eran normales.

A decir verdad, todo aquello era de lo más clandestino. El viejo Douglas

DC-6

había dado muchos tumbos por los cielos del mundo y ya estaba más para el desguace que para otra cosa, pero aún rendía buenos servicios a sus propietarios. Sus veinticuatro plazas solían ir siempre cubiertas y eso significaba negocio.

La tripulación era de lo más reducido, exactamente dos miembros, piloto y copiloto. Dos veteranos, el capitán aviador Doug Bailey, que había pilotado bombarderos en Corea, y el no menos capitán aviador Chuck Nisbitt, que también en Corea tripuló aviones de transporte. Pero no había ninguna azafata de vuelo.

De hecho dióse el caso de que ninguno de los pasajeros del «Ganso Salvaje Azul», nombre con el cual Bailey y Nisbitt habían bautizado privadamente a su avión protestaran ni por la falta de una azafata ni por la de toda una serie de comodidades que suelen darse incluso en los vuelos «chárter» más económicos. En cambio, tenían como compensación un completo equipo de paracaidista para cada uno de ellos.

La verdad era que la compañía, empresa o grupo propietario del viejo avión se dedicaba a una especialísima forma de vuelos privados, consistente en transportar hasta el desolado desierto de Arizona a sus pasajeros y dejarlos caer allí en paracaídas, ni más ni menos que unos «diablos verdes» cualesquiera. Naturalmente, tan poco corriente forma de viajar no era utilizada por turistas normales, de éstos que andan por ahí cargados con sus máquinas

tomavistas y sus folletos propagandísticos.

Dígase de una vez, la empresa a que pertenecían Bailey y Nisbitt introducía en los Estados Unidos a unas personas con razones muy poderosas para no pasar por los normales servicios aduaneros.

Ahora, el bimotor se encontraba en el centro de un antiguo campo de entrenamiento de las Fuerzas Aéreas mexicanas, en el estado de Coahuila y a bastante distancia de cualquier localidad habitada. Aquel campo había sido abandonado años atrás a causa de unos corrimientos de tierras que hicieron onerosas y a la postre inútiles las necesarias reparaciones, desde entonces nadie se había vuelto a ocupar de él porque se hallaba en medio de un valle árido y además lejos de toda ruta importante. Nadie, tampoco, se ocupó demasiado del hecho de que alguna de sus instalaciones hubiera sido más tarde acondicionada debidamente. Y si alguien quiso meter las narices, no pudo al parecer ir a contar en la taberna lo que descubriera.

Los componentes de este vuelo iban llegando en grupos de cinco y transportados en automóviles corrientes y vulgares tirando a sucios y viejos. Conforme llegaban eran introducidos en uno de aquellos edificios, de los dos o tres que permanecían en pie porque los restantes eran puras ruinas, y dejados en compañía de quienes ya llegaron antes.

La espléndida mujer de sobre treinta años vestida con pantalones hombrunos y una blusa amarilla sobre la que llevaba una especie de chaquetón de piel lustrosa, como de foca, vino en uno de aquellos viajes. No vino sola, naturalmente. Aparte el chófer, un joven mexicano curiosamente poco hablador, se apretujaban dentro del vehículo un caballero grueso de mediana edad, un tipo muy largo, con barba y melena, no mal parecido, un hombre de sobre cuarenta años con cara de «duro» de cine y una mujer algo mayor de los treinta, llena de abundosas redondeces y no mal parecida.

Todos ellos habían subido al vehículo cuatro horas antes en una tranquila plaza de Saltillo y todos traían muy escueto equipaje. En las cuatro horas siguientes no habían intercambiado una palabra entre sí.

El interior de aquel edificio, antiguamente oficinas del campo aéreo, había sido acondicionado por alguien con vocación de asceta.

Exactamente unos bancos de madera de pino mal desbastada, un pequeño mostrador de lo mismo y pare usted de contar. La espléndida mujer pelirroja descubrió allí dentro a otros diez viajeros, de ellos ocho hombres y dos mujeres jóvenes, todos los cuales manteníanse curiosamente ocupados en sus propios asuntos en medio de un silencio total, todos los cuales tenían un solo maletín de poco tamaño, aunque de formas distintas, por equipajes, y casi todos los cuales estaban sentados en los bancos. La mayoría fumaban.

Detrás, del mostrador había un bigardo bigotudo y una arpía no muy mal parecida, ampliamente escotada, mal peinada y con una mueca de aburrimiento. Los tales servían licor y refrescos. Además había un tipo joven, de cara desvaída y ojos acuosos, labios finos, atildados que miró a la espléndida mujer pelirroja como un ladrón barato miraría a un collar de esmeraldas legítimas casualmente a su alcance. El tal se les acercó, mirándola a ella, y sacó una libreta vulgar, hablándoles con desdeñosa insolencia.

—A ver, identifíquese. Jason Külbach. El larguirucho de barba y melenas contestó con un inglés bastante aceptable y evidente acento norteamericano del Este.

—Yo soy.

—El pasaporte.

El rubiales de ojos acuosos le echó una ojeada al documento y se lo devolvió, mirando al hombre grueso.

—Martin Seldon, comerciante en granos de Morrigan Springs, Iowa, divorciado, en viaje de vacaciones por California, —farfulló veloz y prolijo el hombre grueso, entregándole su pasaporte. Su «yanquee» resultaba ligerísimamente «spräche». El rubiales echó una ojeada a su pasaporte y se lo devolvió, indicándole con el gesto que se reuniera a los demás.

—¿Ustedes?

—Alvin P. Sturgeon y Elizabeth Sturgeon —afirmó el hombre con cara de «bosa gángster» mientras su oronda y apetitosa acompañante extraía de un gran bolso de cuero negro dos pasaportes y se los tendía al peliclaro. Este hombre apretaba las erres de un modo curioso—. Tengo un comercio de telas en Bulwer, Michigan, mi esposa y yo nos hemos tomado unas cortas vacaciones.

Finalmente, el tipo de ojos acuosos quedó solo con la espléndida mujer pelirroja. Y la miró de un modo que a ella no le gustó absolutamente nada.

—Vaya, usted es cosa buena de veras, muchacha —inició con aire donjuanesco. Los ojos verdiazules con motas doradas, sumamente bellos y expresivos, de la mujer lo miraron tan cálidamente como las entrañas de un «iceberg» mientras le tendía el pasaporte con su larga, cuidada mano.

—Susan Harrow, bailarina —dijo con un inglés demasiado bueno para cualquier habitante, de los Estados Unidos de América del Norte y hasta casi para un indígena de la vieja Britania.

El mozo miró a la fotografía del pasaporte, pero se demoró en devolvérselo. Abriendo de nuevo su libreta pareció recrearse en la lectura de algo escrito en ella y, mirando de reojo con mucha intención a la mujer espléndida, dijo despacio:

—Alguien tiene un extraordinario sentido del humor en este negocio, preciosa, ¿quiere detallarme los datos personales, su trabajo y todo eso?

—Usted ya los conoce —fue la fría respuesta—. Deme mi pasaporte.

Luego fue a pedir una bebida fresca al mostrador. La atendió el bigardo, con una mirada que ella fingió no ver, ni tampoco la que descaradamente le lanzó la desaseada arpía con una mezcla de envidia, malhumor y curiosidad.

—Un dólar. Se paga anticipado —le pidió la arpía viendo que el bigardo se quedaba embobado. Y aunque aquella botella de archí conocidísimo líquido costaba diez centavos en cualquier parte, mucho mejor servida, la mujer espléndida que atendía por Susan Harrow pagó sin rechistar.

Llegaron otros cinco pasajeros, todos ellos varones. Y poco después el mozo peliclaro consultó su reloj de pulsera, dando luego una orden.

—Tomen sus maletines. Vamos al avión.

Susan Harrow se alineó silenciosamente con los demás. En total eran veintiuno los pasajeros.

Caminaron en silencio hasta el avión, que no había comenzado a calentar sus motores. Por razones obvias, eso sólo se hacía a última hora, con el pasaje ya acomodado. Dos mejicanos jóvenes habían

arrimado una simple escalera con ruedas y ganchos en la parte superior a la portezuela del aparato y por ella debieron trepar los pasajeros al interior.

No había reservas, cada cual se acomodó donde quiso. Susan Harrow lo hizo más o menos a mitad del fuselaje, junto a uno de los ventanos, colocó su maletín en la red de sujeción y esperó.

Allí fuera comenzaron a rugir sordamente los motores del avión. El peliclavo y los dos mexicanos jóvenes sacaron de la parte posterior del avión una serie de paracaídas modernos y fueron entregándolos a los viajeros. Uno de ellos inquirió evidentemente nervioso:

—Supongo que estará debidamente revisado...

—No se preocupe, amigo le contestó con doble intención el de los ojos acuosos. —Le aseguro que nunca nadie se nos ha quejado de ellos.

Una vez efectuado el reparto, los dos mexicanos abandonaron el avión y el peliclavo cerró la puerta.

—Despegaremos dentro de diez minutos —avisó.

Una cosa que no tomaron en cuenta los militares al abandonar el campo de aviación años atrás fue que una de las tres pistas había sufrido relativamente escaso daño. Alguien lo hizo y luego efectuó a su costa las debidas reparaciones, no muchas, lo justo para que de cuando en cuando un aparato no muy pesado pudiera aterrizar y despegar. Ahora, a lo largo de varios centenares de metros de pista se encendieron unas balizas de luz intensamente roja...

—Cuando quieras —dijo Nisbitt. Doug Bailey movió los mandos y el avión comenzó a deslizarse por la pista, cobrando velocidad.

Allí atrás, los pasajeros se habían sujetado debidamente los cinturones y fue una buena precaución, porque el «Douglas» despegó con la técnica de los bombarderos en la guerra, cuando parten de un campo agujereado por las bombas enemigas. Y porque el firme de la pista de aterrizaje dejaba suyo que desear.

—Siempre pienso que debería acordarme de algún rezo cuando tomo tierra o despego aquí —gruñó el piloto Bailey una vez hubo apuntado el morro del bimotor por encima de las colinas, girando rumbo Noroeste. Un día no lo conseguiré.

—Llevas diciendo eso hace más de un año. ¿Cuántas veces lo has conseguido sin dificultad?

—Demasiadas. No es bueno tentar a la suerte...

Allí dentro, el tipo de los ojos acuosos estaba avisando al pasaje sin pizca de cortesía.

—Pasaremos la frontera dentro de cinco cuartos de hora y entonces deberán colocarse los paracaídas. Luego irán acercándose a la puerta por el orden que yo les indique. Supongo que conocen bien las instrucciones para el salto, pero les aconsejo que las repasen mentalmente, porque una vez hayan saltado la compañía no puede garantizarle a nadie que acudirá a ayudarlo a abrir el paracaídas. Y francamente, no nos gusta que un cliente nuestro se convierta en papilla, porque luego hay que cavar una tumba bien honda y es muy dura la tierra del desierto.

Como ayuda psicológica no podía negarse que resultaba una hermosa pieza oratoria.

CAPÍTULO II

LOS imprevistos se desataron media hora después de iniciado el vuelo.

Hasta entonces todo había ido perfectamente bien. La espléndida mujer al parecer llamada Susan Harrow iba por su tercer cigarrillo y continuaba abstraída en sus pensamientos. Nadie se le sentó al lado y se alegraba de ello, porque el único nexo suyo con los demás pasajeros consistía en la necesidad de todos ellos de utilizar aquel sistema de viaje tan heterodoxo para penetrar en los Estados Unidos. Precisamente ante ella sentábase el zanquilargo de barba y melenas que la acompañó desde Saltillo. Ahora se levantó y caminó por el pasillo central hacia el punto donde el rubiales de los ojos acuosos parecía estar como descabezando un sueñecito. La espléndida mujer advirtió, de modo subconsciente, que el zanquilargo llevaba las manos metidas en su sobretodo de cuero grueso, que le venía demasiado grande.

El pelirrubio sólo vio que aquel tipo venía hacia la cabina de mandos y la cosa no le gustó. Irguiéndose, le cerró el paso, inquiriendo con sequedad despreciativa.

—¿Adónde va usted, amigo? Vamos, dese la...

Se calló a media orden y quedó mirando la automática que en su mano izquierda empuñaba el desgarbado melenudo. Éste habló con su voz rasposa, ordenándole a su vez:

—Levante las manos y obedezca mis órdenes.

El pelirrubio vaciló. Ahora algunos de los viajeros comenzaban a advertir lo que ocurría, pero aún nadie reaccionaba.

—¡Váyase al diablo, maldito sea...!

—Nos vamos a ir todos si no soy obedecido —el fantasmón melenudo sacó su otra mano del bolsillo del chaquetón de cuero y

al rubiales se le secó de golpe la saliva en la boca al ver la granada de fragmentación que sujetaba—. Saque su pistola y tírela al fondo del pasillo. Le advierto que quité el seguro a esta granada de melinita y que si aflojo la mano habrá un final muy espectacular.

El pelirrubio boqueó y tragó penosamente saliva. Ahora ya todo el extraño pasaje del avión advertía lo que estaba sucediendo y no se escuchaba ni un suspiro.

—Usted está loco —barbotó al fin el de los ojos acuosos. La cara se le había quedado rápidamente cenizosa—. ¿Qué quiere, qué muramos todos?

—Haga lo que le he dicho.

El tipo obedeció, sacando una hermosa pistola de su funda sobaquera y tirándola al suelo, al rincón del pasillo. Entonces el melenudo le ordenó ir a ocupar su propio asiento y advirtió al resto del pasaje:

—La advertencia vale para todos ustedes. Al menor movimiento lanzaré la granada.

Nadie rechistó. De repente todos ellos tomaban constancia de hallarse a tres mil metros de altura sobre el desierto de Sonora y todos, sin excepción cognoscible, parecieron sentir dolor de estómago.

A todo esto, piloto y copiloto no se habían enterado de nada, atentos a su tarea. Resultaba lógico dado que volaban sin luces de situación apenas, ni tampoco poder comunicarse por radio con las estaciones de los aeropuertos.

Acabamos de sobrevolar Sonoyta —dijo el optimista Nesbitt—. En tres cuartos de hora habremos terminado y regresaremos a casita...

En el mismo instante oyó abrirse la puerta, se volvió y su optimismo inveterado sufrió un rudo golpe.

—¡Demontres! —Bueno, no dijo eso exactamente y además lo dijo en inglés norteamericano. Luego se quedó boquiabierto.

Doug Bailey se volvió y descubrió al barbudo, a la pistola del barbudo y a la granada de mano que el barbudo sujetaba. Su interjección hizo ruborizarse a la que poco antes prefiriera su camarada, pero luego añadió:

—¿Qué rayos significa esto?

—Cambie de rumbo. No vamos a los Estados.

Nesbitt creyó comprender y, mientras reaccionaba, gruñó entre malhumorado resignado e incrédulo:

—Vaya por Dios... Nos ha caído en suerte otro que quiere ir a Cuba.

—Se equivoca, amigo. No es a Cuba adónde vamos, sino a China.

Por poco tanto Bailey como Nesbitt salieron de sus asientos del respingo que dieron. Luego se miraron. Y luego miraron al melenudo.

—¿A... a China?

—Oiga amigo, ¿qué tiene por sesera, un caldero viejo? ¡China está a seis mil millas de aquí, al otro lado del Pacífico!

El de las melenas no se inmutó.

—Conozco muy bien la ubicación de China. Desvíe el aparato al Oeste inmediatamente, piloto.

—Pero oiga... Si es una broma la seguí...

Un fogonazo salió de la pistola, sonó un estallido en la cabina...

Y el transmisor receptor se fue a hacer gárgaras, con un proyectil en el lugar más adecuado para inutilizarlo.

—Le quité el seguro a esta granada —anunció suavemente el barbudo—. ¿Qué prefieren, la China o el infierno por la vía más rápida? Les doy la elección.

Bailey y Nesbitt se miraron y se entendieron. Aquel tipo debía estar más loco que una chiva, o tal vez estaba drogado; pero con una pistola y una granada sin seguro en sus manos era el amo absoluto de la situación.

—Como usted mande, amigo —graznó Bailey—. Nos vamos a la China. Pero por lo que más quiera, apriete bien esa palanquita, ¿eh?

—Derive dos grados y medio más y mantenga ese rumbo. Le advierto que me daré cuenta si trata de cambiármelo. En tal caso les tiraré la granada aquí y será sin duda un bonito estallido.

«Tu madre» —pensó Bailey. Y añadió una serie de pensamientos no menos delicados, todos ellos referentes a la parentela inmediata que lo había procreado. Luego obedeció.

Allí atrás, los pasajeros estaban desatando las lenguas y resultaba muy interesante advertir cuantas variedades y facetas contiene hoy día el inglés norteamericano. No en balde Yanquilandia es un monstruoso «meltign pot» de razas, subrazas,

culturas y pueblos.

—¿Qué es lo que quiere ese hombre? —inquirió un menudo individuo con aspecto de cajero de banco, calvo y a la sazón sudoroso, que se sentaba al otro lado del pasillo.

—Por lo visto es de esos que gustan de raptar un avión para irse a Cuba —sugirió, muy razonablemente, otro individuo, joven aún, de facciones afiladas y elegantes modales, atuendo y demás.

—Pues como lleguemos allí estamos fregados —gruñó, nervioso, otro del pasaje sin la menor consideración para las señoras presentes.

En eso sonó el tiro y hubo un poco de «suspense». La mujer llenita que decía ser Elizabeth Sturgeon dijo con imperio y desdén al pelirrojo encargado del transporte aéreo:

—Haga algo, péguale un tiro. No podemos ir a Cuba.

Lo dijo en correcto inglés, pero su acento resultaba tan poco inglés como el de cualquier otro norteamericano. El así conminado la miró de mala manera.

—Cierre la boca —gruñó—. ¿No ha visto que lleva una granada de mano sin seguro?

—Podría ser una añagaza, un truco —dijo, suave, la mujer espléndida ganándose otra de aquellas miradas de reojo.

—No seré yo quien trate de comprobarlo, hermosa...

Callaron porque regresaba el melenudo. De hecho lo que hizo fue pegar la espalda en la pared de los lavabos, vigilando al pasaje con un ojo y con el otro a los pilotos por la puerta dejada adrede abierta. La pistola del rubiales la había venido pateando despacio y quedó a sus pies. El tipo paseó una mirada de anormal por los veintiún rostros tensos y silenciosos, luego hizo una mueca, se guardó la pistola y se hurgó la nariz con una uña larga y sucia de modo displicente.

Uno de los pasajeros rompió el penoso silencio.

—Oiga, amigo, tiene que avenirse a razones... Todos los presentes necesitamos pasar a los Estados y no podemos correr el riesgo de ir a Cuba...

—No vamos a Cuba.

—¿No?

—¿Adónde entonces?

—Ya lo sabrán cuando lleguemos. Mientras, permanezcan

tranquilos en sus asientos.

—¿Es usted un policía, un agente federal?

Lo había dicho la mujer espléndida con su hermosa voz.

Y todos parecieron quedar pendientes de la respuesta del melenudo.

Éste terminó calmoso de hurgarse las narices, se limpió la uña en el sobretodo de cuero y denegó sin prisas, mientras volvía a sacar su pistola:

—No. Pero no hagan más preguntas, no las contestaré.

—Oiga, amigo —intervino otro de los viajeros—. Ignoro cuáles serán sus motivos o sus propósitos, pero si se puede arreglar... Estoy seguro de que todos los presentes colaborarán gustosos con parte de su dinero para hacerle un buen regalo...

—Cierre la boca, estúpido. ¿Aún no se han dado cuenta de que los tengo en mi poder?

—Es un «bluff» dijo la llenita y atractiva señora Sturgeon con femenina tenacidad. —Esa granada está vacía y usted juega con el temor que sentimos a que nos la tire a la cara.

—¿Usted cree, señora?

—Pienso lo mismo —terció un hombre recio, aún joven, de atezado rostro y saludable aspecto, decidido—. Está tratando de atemorizarnos para que no lo ataquemos, usted conoce bien la psicología de las gentes...

De la pistola que empuñaba el melenudo brotó una llamarada cárdena. El hombre de aspecto deportivo gruñó, se sacudió violentamente y cayó de espaldas primero, luego de costado, al pasillo con un agujero entre los ojos. Tras él, un segundo pasajero gritó al sentirse herido ligeramente por el mismo y ya deformado proyectil.

Hubo cuatro interjecciones masculinas violentas y dos chillidos femeninos nerviosos. Luego un silencio absoluto, salvo el roncar potente de los motores del avión. Todos miraban al hombre muerto cuya sangre comenzaba a manchar el piso del pasillo, luego miraron a su matador.

Éste parecía tan afectado como si acabara de hurgarse un diente. Incluso se permitió sonreír y hablar con dulzura.

—Sólo es una prueba para convencerlos de mi sinceridad. Las vidas de todos ustedes me importan un millón de veces menos que

la mía y no me importa morir si no he de llegar con este avión adonde quiero.

Nadie le contestó.

Dentro de la carlinga de pilotaje, Doug Bailey le preguntó con voz bronca a Nesbitt:

—¿Qué pasa ahí atrás?

Nesbitt había perdido casi todo su optimismo, miraba atrás y contestó con voz gruesa:

—Ese tipo loco acaba de matar a uno de los pasajeros... —Doug Bailey volvió a acordarse a media voz de sus progenitores, Nesbitt lo miró de reojo.

—Bueno, ¿qué hacemos? Porque no pensarás llegar a China con la gasolina que llevamos en los depósitos.

—Dame tiempo. El tipo ese ha demostrado ser demasiado peligroso y no tengo ningún deseo de morir. Si de veras le quitó el seguro a la bomba de nada nos sirve pegarle un tiro, no nos daría tiempo de cogerla y echarla fuera del avión... Si puedes simular un aterrizaje de emergencia...

—Tú dirás cómo. No se lo creerá, el peligro será idéntico, o mayor. Oye, a lo mejor lo de la bomba es un truco para amedrentarnos... Por muy loco que esté no pensará estrellarse con todos nosotros.

—Es posible. Pero si ha matado a uno del pasaje, mal asunto...

Tal vez el viejo «Douglas» tuviera alma. Tal vez tenía ganas de ayudar a sus pilotos. O tal vez sólo deseaba acabar de dar tumbos por secretos campos de aviación y cielos fronterizos con cargas clandestinas. O fue simplemente que alguna vez tenía que suceder.

De repente, el motor de la izquierda comenzó a ratear de modo inconfundible. Ambos pilotos se miraron con alarma.

—¡Oye! ¿Qué es eso?

—Maldita sea, lo que nos faltaba. Está fallando ese motor.

Bailey procuró mantener el aparato en vuelo horizontal mientras Nesbitt ya totalmente perdido su optimismo, trataba de hacer algo.

—¡El hijo de perra no quiere funcionar, Doug! ¡No hay modo!

—¡Ya lo noto! ¡Ahora sí que hay que aterrizar de emergencia!

—¿Sabes dónde estamos?

—¡En algún cochino agujero del norte de México! ¿Cómo voy a saberlo si nos salimos de la ruta y el radio no funciona?

Allí atrás ya todo el mundo había escuchado el fallo del motor. Y con buena lógica, todos imaginaron lo mismo. Un truco de los pilotos para no obedecer al melenudo.

Éste opinó igual. Agachándose, recogió la pistola del rubio tras guardarse la suya, y amenazó:

—¡Mataré al que se mueva!

Luego se fue a la cabina y con cara de muy pocos amigos apuntó la pistola a la cabeza del nervioso y sudoroso Bailey.

—¡Basta de trucos! ¡Arregle de inmediato ese motor!

Sin mirarlo, pugnando con los mandos, Bailey le contestó rudamente:

—¡Arréglole usted si puede, maldito sea!

Y en aquel momento el motor de la izquierda se paró.

El avión dio un leve bandazo muy significativo. El tipo de las melenas y barba apostólica palideció a ojos vistas. Pero Nesbitt y Bailey no se estaban ahora fijando en él, porque a la derecha, ahora, sonaba en solitario un carraspeo altamente ominoso.

—¿Quiere decir que es una avería...? —graznó. Sudando frío, Bailey repuso abruptamente:

—¡Dos averías! Maldito sea yo y mi alma, el cochino día en que se me ocurrió pilotar este cacharro, las entrañas del tipo que me contrató...

La sarta de maldiciones de Doug Bailey estaba más que justificada. Por no ser menos que su acompañante, el motor derecho del avión había comenzado a ratear.

Totalmente olvidado de su optimismo, Nesbitt graznó a su vez, mientras manipulaba controles y aparatos nerviosamente; tanto él como Bailey ya no se ocupaban del melenudo, que no les quitaba ojo con ojos que no demostraban locura, pero sí mucho miedo:

—Doug, el otro también... No hay nada que hacer...

—¿Crees que estoy sordo? Se rompió el maldito conductor... Hijos de perra, se lo advertí, les dije que este cacharro necesitaba una revisión a fondo, con la máxima urgencia...

—¿Es que nos vamos a estrellar?

Doug Bailey tuvo un rasgo de amargo humorismo.

—Hombre, queda una posibilidad de evitarlo —dijo mirándolo de reojo. Suelta esa granada y estallaremos en el aire.

El melenudo estaba lívido.

—No puede ser —dijo. No puede ser. Tienen que impedirlo, me esperan...

—Como no vayan a esperarlo al infierno... Trataré de efectuar un aterrizaje de emergencia si consigo ver a tiempo donde estamos, pero al chocar con el suelo usted abrirá la mano y su bombita nos hará pedazos.

—Está vacía —graznó el melenudo—. Era un truco para convencerlos.

Los dos pilotos cambiaron una rápida mirada.

—Mira que gracia —gruñó Bailey—. Es todo un alivio...

—¿Y tú pensabas llegar así a la China, pedazo de cabra loca? —estalló fuera de sí Nesbitt. Tan fuera de sí que al mismo tiempo echó mano a la pistola que tenía alistada muy a mano y oculta a la vista del melenudo.

Éste advirtió su movimiento justo a tiempo de conocer sus intenciones y disparó a bocajarro, saltándole la parte delantera de la frente de un balazo. A la vez, Nesbitt tuvo tiempo de dispararle al vientre una bala, antes de pegar un violento estirón y un aullido ronco, cayendo después hacia delante completamente muerto, sujeto solo, por el cinturón de seguridad.

El melenudo soltó la granada de mano y se agarró con la libre la herida mientras se le ponía la cara gris y se apoyaba contra la parte de atrás de la cabina. Bailey no soltaba los mandos en un desesperado intento de mantener estabilizado el aparato, pero vio la poco agradable visión de su camarada colgando del cinturón de seguridad y se le revolvió el estómago. Él nunca fue exactamente un héroe.

Y ahora tenía que luchar por su vida, con un loco asesino a sus espaldas, herido y sin duda dispuesto a todo.

—Si me mata, usted también morirá —gruñó. Eso lo sabía el melenudo muy bien. Y a pesar de la herida que acababa de recibir aún se aferraba a tal esperanza.

—Trate de aterrizar y no mueva las manos de los mandos —jadeó volviéndose luego a cubrir con su arma la cabina de pasaje.

Allí ya todo el mundo estaba bastante alarmado, más que por los disparos por la súbita cesación del ruido isócrono de los motores y la clara percepción de que el aparato iba perdiendo rápidamente altura.

Dos de aquellos hombres vieron perfectamente cómo el melenudo se sujetaba con una crispada mano la barriga y sacaron la adecuada conclusión. Ambos sacaron también sendas pistolas y comenzaron a disparar contra él.

Uno le pegó en el cuello de refilón y el otro en la cadera. Enloquecido por el dolor y el miedo, el melenudo abrió fuego indiscriminadamente. Y allí fue Troya.

La espléndida mujer se tiró veloz al amparo de los asientos delanteros y se acurrucó allí mientras los estampidos, los gritos y maldiciones en por lo menos seis idiomas distintos al inglés llenaban la cabina. Ella, como todo el mundo allí consideró llegada su última hora.

Lo mismo pensaba Doug Bailey, pero con un resto de sentido de la responsabilidad manteníase aferrado a los mandos del avión mientras a su espalda desarrollábase la batalla y a su lado se desangraba Nesbitt. Su cerebro se había llenado de repente con la imagen de una mujer joven, bastante agraciada y dos niños de corta edad. Su exmujer y sus hijos, a quienes no veía desde que fue a la cárcel y perdió el carnet de piloto civil por transportar drogas en su avión de línea...

De repente sus ojos casi salidos de las órbitas descubrieron abajo la tierra en aquella oscura noche. Mejor dicho, aquello no era tierra, sino agua, el mar...

Doug Bailey no tenía la menor idea de donde se encontraba. Pero sí que sus posibilidades de sobrevivir aumentaban ligeramente al amarizar en vez de aterrizar. Así, puso sus cinco sentidos en la maniobra porque ya el avión se precipitaba como un plomo al mar.

El viejo y cansado «Douglas» chocó de panza contra las olas con un fuerte crujido, se venció a su izquierda, y el ala aquella se quebró como si fuese de cristal, saliendo disparada por los aires. El fuselaje rebotó en el agua, dio un salto de cien metros y volvió a caer, partiéndose en dos. La parte de cola volvió a volar un poco y luego cayó al agua a más de cincuenta metros de donde la parte delantera se estaba hundiendo velozmente de morro.

El instinto de conservación es primordial, domina a todos los demás. A la mujer espléndida le importaban un manojo de bledos sus compañeros de viaje, mucho más después de lo ocurrido. Respiró ansiosamente y luego, sin abandonar el maletín que tan

incomprensible como providencialmente, a su juicio, no soltara, nadó hacia aquella línea blanca.

Veinte minutos más tarde tenía la certeza de hallarse ante una costa. Un poco más de esfuerzo y sus pies, sus rodillas, tropezaron con algo sólido. Tambaleándose, se puso en pie y avanzó hacia una mancha blanquecina que resultó ser arena. Apenas había dado unos pasos cuando dentro de ella todo se derrumbó.

CAPÍTULO III

BRAD Braddock había venido adrede a Natividad por razones estrictamente personales que tenían mucho que ver con la paz, el silencio y la soledad, trilogía tan necesaria como recomendable al individuo inmerso normalmente en la vida moderna. El hombre contaba con treinta hermosos días absolutamente de su propiedad por primera vez en mucho tiempo y había decidido, en uso de sus legítimos derechos de hombre libre, emplearlos a su satisfacción.

Estaba durmiendo como un bendito cuando lo despertó un ruido extraño cuya naturaleza no alcanzó a definir. Aún a medio desvelar creyó escuchar otro ruido lejos, en el mar, como de algo grande que hubiera golpeado a algo. Luego volvió al silencio.

Brad Braddock se dijo, muy cuerdamente, que una noche tan oscura como aquélla, con muchas estrellas muy altas y neblina a ras del océano, no resultaba buena para investigar. Tenía por otro lado la certeza de ser el único residente actual de Natividad, así que se volvió a dormir.

Por la mañana se levantó y casi se había olvidado de los dos ruidos escuchados, se alistó un succulento desayuno y se aseó someramente. Era un divino placer no tener que afeitarse en treinta días, ni ponerse corbata, ni hacer ninguna de las múltiples cosas enfadosas que contribuyen a la infelicidad del ser civilizado.

Vestido someramente con una camisa vieja no muy limpia, unos pantalones de dril y unas sandalias de fraile o campesino, con barba de diez días y la piel bien tostada por el sol y el viento marino, Brad Braddock presentaba desde luego un estimulante aspecto, ya que medía un metro ochenta y dos centímetros, contaba treinta y siete años y su musculoso cuerpo irradiaba vigor por todos sus poros. Cargó y encendió su pipa, luego tomó su caña de pescar y se fue a

buscar el almuerzo sin ninguna prisa.

Habitaba una caverna horadada por vientos y siglos, o tal vez simplemente ensanchada y pulida por ellos, en el farallón que se abría a la derecha de la quebrada que partía en dos a Natividad. Aclaremos que Natividad no era ninguna mujer, sino una isla formada por dos cerros ásperos, uno plumizo de color y el otro rojo y amarillo, casi gemelos en altura. Allí no había agua potable, ni fondeaderos abrigados, ni apenas vegetación, salvo una poca, de tipo semidesértico al fondo de la quebrada. Bien contados por él, Brad Braddock, cincuenta y siete acacias, once mesquiteros y veintitrés ejemplares de otros árboles achaparrados, sin contar, yucas, pitas... en no muy abundosa cantidad. Para compensación, en Natividad no había culebras venenosas ni escorpiones, tampoco tarántulas. Probablemente se habrían aburrido.

Doscientas yardas más abajo de su vivienda, Brad Braddock se detuvo y echó una ojeada al paisaje circundante.

Todo el lado oriental de la isla estaba a su vista y fácil de examinar. Una sucesión de cantiles bajos y pequeñas playas arenosas, rocas peladas de varios colores y todos los tamaños, espumas, olas azules... soledad. El mar reverberaba con fuerza bajo el candente sol de Mayo y la temperatura, a las ocho de la mañana, ya debía andar por los casi treinta grados a la sombra. No había nubes, apenas pájaros y ni rastro de embarcaciones a la vista. Algo perfecto.

Diez minutos más tarde Brad Braddock se detuvo emitiendo una sobresaltada interjección.

Razones para ello las tenía. Ante sus ojos, en la playa de arena blanca y cegadora, había tres cuerpos totalmente inmóviles. A uno las olas le removían lentamente, empujándolo hacia fuera, los otros ya lo estaban.

Acordándose de los ruidos escuchados, Braddock corrió a la playa velozmente...

Por el que movían las olas nada podía hacer, salvo enterrarlo. De los dos restantes, uno parecía estar bastante mal, pero vivo, con un brazo medio arrancado del cuerpo y otras heridas. La otra...

La otra era mujer y acaso la más hermosa mujer que Brad Braddock nunca viera. Aun así, con las mojadas ropas pegadas a su hermosísimo cuerpo, el rojo cabello apelmazado y sucio de arena, la

cara blanca, los ojos cerrados, era algo como para quitarle a un hombre la respiración. Estaba casi boca arriba, y cosa curiosa, aferraba una de sus manos a un maletín de cuero negro muy moderno, con cierre automático, no grande.

Pasada la primera impresión, Brad Braddock se arrodilló ante la beldad e hizo lo que cualquiera habría hecho en sus circunstancias; cogerla, alzarla, comprobar que su cuerpo estaba caliente y averiguar si aún vivía.

Aquel corazón latía de modo bastante esperanzador. Y de pronto se abrieron los ojos de incomparable belleza, mirando con recelo y sorpresa a Braddock, que ante aquella mirada sintió cosquillas en la nuca.

—¿Quién... quién es usted?

—¡Ejem! Braddock es mi nombre. Acabo de encontrarles... Usted parecía muerta...

—¿Encontrarnos? ¿Dónde estamos?

—Bueno... Supongo que ustedes deben haber sufrido un accidente, anoche oí unos ruidos... Ahí hay un tipo muerto y otro bastante malherido, sin contarla a usted. Y ésta es la isla de Natividad, yo soy en la actualidad su único habitante.

La espléndida mujer estaba recordando todo velozmente, también asimilaba muy aprisa la situación. Se sentó, sujetándose la ropa sobre el busto, miró hacia los dos cuerpos inmóviles, al mar, luego a Braddock. A él le pareció que aquella beldad se había puesto en guardia. Y lo encontró lógico.

—Hubo un accidente, sí —dijo ella despacio. Viajábamos en un avión de una línea privada y se pararon los motores, nos estrellamos en el mar... Yo debí salir despedida al partirse en dos el avión, perdí los sentidos, luego me encontré en el agua, nadé hacia lo que me pareció era una costa...

—Pues puede afirmar que ha nacido anoche. No le hallé sino hematomas y rasguños superficiales. ¿Le duele algo?

La espléndida mujer se tanteó, luego negó.

—No, nada... Bueno, el estómago, pero es de hambre.

—Eso tiene fácil arreglo. ¿Me permite? Voy a echarle una mano a ese hombre herido, aunque no creo poder hacer mucho por él.

Se levantó y ella lo imitó, ayudada. Vaciló un poco sobre sus piernas, luego se sostuvo y casi sonrió, mirándolo a los ojos.

—Gracias. Puedo quedarme sola.

—Me alegro.

Braddock se acercó al herido, poniéndose a examinarlo. Aquel tipo, quienquiera que fuese, le quedaba ya muy poca vida, nada podía hacer por él.

La espléndida mujer se había acomodado la ropa y se le acercó despacio, sujetando su maletín. Miró al herido e inquirió con su excelente inglés:

—¿Cómo está?

—Listo. Ha perdido demasiada sangre y aquí no hay con qué arreglarlo. ¿Lo conoce?

—Es uno de los pasajeros.

Braddock se puso en pie. La espléndida mujer le llegaba con la frente a los ojos. Y qué ojos tenía ella...

—Dijo que está solo en la isla. ¿Por qué?

—Porque está deshabitada, carece de agua potable, casi de vegetación y no hay fondeaderos. De hecho es demasiado árida para sostener a nadie. Yo vine a pasar unas vacaciones en paz y soledad.

—Ah... ¿Y... estamos muy lejos de la costa?

—A noventa y cinco millas de la costa de la Baja California en línea recta y ciento treinta del más cercano lugar habitado, una aldea de pescadores. Lo siento muy de veras, señorita...

—Harrow, Susan Harrow.

—Bien, señorita Harrow, lo siento muy de veras, pero mucho temo que usted tendrá que permanecer aquí tres semanas.

Los ojos bellísimos se alertaron.

—¿Cómo es eso?

—Se lo explicaré. Me trajo hace once días un viejo amigo, capitán de un camarote, y no regresará hasta entonces. No tengo aquí ni siquiera un mal aparato de radio, estoy viviendo como Robinson Crusoe. Cuento con una embarcación de lona impermeable capaz para dos personas, desde luego; pero entre la isla y la península pasa una fortísima corriente que nos enviaría sin remedio al Pacífico, a una zona apenas frecuentada por los barcos y donde ambos íbamos a perecer de sed. En cambio, tengo agua potable, alimentos, una cueva, donde se está bastante cómodo... Compréndalo, no esperaba visitas y menos de una mujer como usted.

Susan Harrow pareció sopesar sus palabras. Luego asintió, seca.

—Entiendo. Y después de todo, imagino que es lo mejor que podía esperar en estas circunstancias.

—Pues... sí, creo que sí.

Por unos momentos quedaron mirándose en silencio, Braddock estaba sintiendo poderosamente el influjo de una espléndida interlocutora y ella, aun manteniéndose alerta y reservada, algo debía sentir también. De hecho lo sentía pero, como mujer, lo disimulaba mejor.

—Habrà que hacer algo por éstos —gruñó al fin Braddock, giró y se acercó al muerto, para arrastrarlo fuera de la orilla.

Al hacerlo descubrió algo que le hizo fruncir el entrecejo. Arrodillándose, lo examinó, con más atención, separando sus ropas. Tenía una expresión distinta cuando volvió a reunirse con la mujer, que mientras había abierto su maletín sacando un peine y un espejito con los que procedió a cardarse y arreglarse el cabello. Ella lo miró de reojo.

—¿Pasa algo?

—Pues... Ese hombre, el muerto. Tiene una bala metida en el pecho.

Ella captó la pregunta implícita, suspiró y asintió.

—Iba a contárselo. En el pasaje iba un hombre, un loco, supongo. Cuando volábamos ya más de una hora sacó una pistola y una granada de mano, ordenando al piloto que pusiera rumbo a la China.

Braddock respingó:

—¿A la China? Creí que todos éstos iban a Cuba.

—Sí, pero él era distinto, por lo visto.

—¿Y cómo pensaba llegar a la China, nadando?

Hizo un somero relato de lo sucedido, que Braddock escuchó con gran interés. Y estaba terminándolo cuando él vio asomar a tres personas por el extremo de la playa.

—Vaya, no estamos solos —dijo. Y de cierto no lo dijo con alegría.

La muchacha se volvió veloz y en cierto modo pareció aliviada.

—Son viajeros del avión...

—Lo supongo. ¿Cuántos viajaban en él?

—Pues... Creo que en total éramos dos docenas justas.

—Esperemos que haya habido más supervivientes —gruñó Braddock sin mucho entusiasmo.

De los tres que llegaban, uno venía renqueando, ayudado por los restantes. Y de éstos uno, el de la izquierda, traía el brazo de aquel lado en cabestrillo. El de la derecha venía con la cabeza vendada y era el rubiales de ojos acuosos. Ya había reconocido a la mujer espléndida, al igual que los dos restantes se preguntaban quién rayos sería el desconocido.

Cuando llegaron junto a ellos, el rubio saludó a Susan Harrow mirándola de reojo.

—Vaya, usted está entre los afortunados...

Ella no le hizo caso. Braddock inquirió:

—¿Hay algún superviviente más hay no lo hemos visto? Tres muertos encontramos. ¿Ésos también lo están?

—Uno sí, el otro agoniza.

Dejaron sentado al que traían a rastras, con una pierna fracturada y otras lesiones. El hombre que dijera llamarse Sturgeon y tenía apariencia de jefe de «gangsters» de película era quien se había estropeado el brazo, ahora habló con voz cansada.

—Hemos tenido mucha suerte. Yo me encontré en el agua sin saber cómo hacía caído allí...

—A mí me ocurrió igual —dijo Susan Harrow. Ya conté a este hombre lo sucedido antes de que él fuera al agua.

Braddock se dio cuenta de que aquello era un aviso en el cambio de la actitud de aquellos hombres. El rubio hizo una mueca y dijo:

—Vaya... Oiga, amigo, ¿dónde demonios estamos? Esto parece el desierto...

—Es una pequeña isla estéril y deshabitada a casi cien millas de la costa de Baja California.

Los otros se miraron. Sturgeon inquirió ansioso:

—¿Quiere decir que es tierra mexicana?

—Pues sí.

—¿Y qué hace usted aquí, solo? —inquirió desconfiado el rubiales.

Bradd se lo dijo con sequedad.

—Disfrutar unas vacaciones.

—¿Aquí? —Pareció muy incrédulo el rubio. Y los otros.

—Sí. Soy geólogo, profesor de Universidad. He pasado muchos

meses peleando con díscolos estudiantes y necesitaba un poco de paz. ¿Le parece suficiente excusa?

—Puesto así... Adelante, profesor, digamos más ¿cómo podremos llegar a lugar habitado o comunicarnos con alguien?

Necesitamos...

—Ya dije a la señorita que deberán permanecer aquí tres semanas.

—¡Imposible! Ha de haber un medio...

Braddock se tomó de nuevo el trabajo de explicárselo. Y para entonces parecieron los tres hombres muy aplanados.

Para entonces, también se había muerto el moribundo. A sugerencia de Braddock el herido en la pierna fue acomodado entre las roca y los demás lo acompañaron a su cueva.

—Haremos unas parihuelas para transportarlo a ella. El problema va a constituirlo el agua potable. Dispongo de un recipiente con unos cien litros, pero vamos a ser cinco...

—Siete por lo menos —dijo con su clara y hermosa voz, señalando a un punto a su derecha.

Todos miraron y el rubiales dijo algo en alta voz, con ironía:

—Vaya Sturgeon, usted está de suerte, ahí tiene a su apetitosa mujer...

Sturgeon pasó curiosamente por alto la desvergüenza y pareció tomar con mucha flema la salvación de su esposa. En efecto, era ella quien llegaba, bastante ilesa en apariencia, ayudando a otro de los viajeros del avión. Los habían visto ya y el grupo de Braddock advirtieron que también la señora Sturgeon traía un maletín. El otro hombre era aún joven, bien parecido, de recortada barba y daba la impresión de no sentirse muy bien.

Braddock fue de inmediato hacia ellos, pero Sturgeon no se apresuró a imitarlo. El rubiales advirtió a él y a Susan Harrow.

—Ya que hemos tenido una suerte loca no vayan a echarlo a perder ahora. Usted, Sturgeon, hombre, corra a abrazar a su esposa, ese tipo no debe sospechar.

Sturgeon lo miró de reojo, hizo una mueca y fue, en efecto, hacia los otros. Entonces el rubiales miró a Susan Harrow.

—Bien, preciosa, salvamos el pellejo. De veras, no creí que íbamos a conseguirlo y menos que la volvería a ver...

CAPÍTULO IV

APARTE ellos no se había salvado nadie más. Ocho cadáveres, la mitad de ellos mutilados, fueron arrojados por el mar a las costas de la isla, los restantes debieron hundirse con el avión o se los comieron los tiburones.

—De hecho ustedes han tenido una suerte increíble —afirmó Braddock al pequeño y aspeado grupo reunido en torno a una hoguera dentro de la cueva que hasta entonces a él le sirviera de vivienda. Todos, hombres y mujeres, estaban en paños menores secando sus ropas, tanto Susan Harrow como la señora Sturgeon resultaban muy sugestivas con su escueto atuendo pero por el momento apenas si Brad Braddock y el rubiales que dijo llamarse Norrie, paraban mientes en ello—. Para comenzar, el avión debió despedirlos al partirse en dos y salieron por el hueco entre ambos trozos del fuselaje, yendo a parar directamente al agua. Luego la cosa sucedió cuando los muchos tiburones que infestan las aguas de la isla se suelen alejar en busca de comida al enfriarse ellas de madrugada. Y cayeron lo bastante cerca de aquí...

—Ahora debemos organizar —siguió Braddock, que durante las dos últimas horas había advertido cosas raras pero se guardaba de demostrarlo—. Ahí, en ese recipiente, hay apenas cien litros de agua potable, pura. Somos siete y calculo que deberemos permanecer aquí tres semanas hasta que mis amigos vuelvan a recogernos. Naturalmente cabe la posibilidad de que nos recojan antes si alguien ha advertido lo ocurrido al aparato, pero si fue todo como usted afirma mucho temo que eso no ocurra. También cabe la posibilidad de que se nos acerquen algunos pescadores, por lo que debemos permanecer alerta todo el tiempo, turnándonos en la vigilancia aquellos que podemos hacerlo.

La comida no es problema, siempre y cuando se resignen a una dieta básica de pescado y mariscos. El problema principal consiste en que dos de ustedes están seriamente heridos y carecemos de lo necesario para curarlos.

—Supongo que todos, incluso los malheridos, estarán de acuerdo conmigo en que resulta preferible estar aquí, vivos, que en el mar, muertos —gruñó el señor Sturgeon en su curiosamente modulado inglés. Norrie asintió, con una de sus muecas:

—Yo estoy de acuerdo con usted, amigo. Después de todo, aquí no vamos a pasarlo tan mal...

Lo dijo mirando con insolencia a las dos mujeres, que hicieron como que no se enteraban. Braddock habló de nuevo, secamente:

—No pretendo arrogarme ninguna clase de derechos, pero convendrá que alguien tome a su cargo la dirección de las actividades, nombre los turnos de vigilancia y todo lo demás. Incluyendo en eso la desagradable pero necesaria tarea de enterrar a los muertos.

—Amigo, usted es el amo aquí —dijo el pelirrojo con sarcasmo—. Mientras no se ponga pesado, de las órdenes, los demás estamos bastante estropeados.

—Entonces, usted y yo nos encargaremos de esa fea tarea —dijo Brad—. Los demás no están en condiciones de ayudarnos.

No pareció agraderle mucho la cosa a Norrie, pero se encogió de hombros y aceptó. Braddock contaba con una pala y un pico no grandes, se los llevaron y regresaron despacio a la playa bajo el caliente sol de la tarde.

Recoger y enterrar cadáveres mutilados e hinchados por el calor no ha sido nunca una tarea agradable para nadie, pero Braddock y Norrie la realizaron, si bien es cierto que lo más rudo de la tarea debió hacerlo el primero. Ya estaban fuera las estrellas cuando terminaron y se encaminaron a la cueva. Braddock había recogido todas las pertenencias de los muertos que podían servir para identificarlos, aunque resultó que eran curiosamente escasas las posibles identificaciones. Norrie se mostró no menos curiosamente alusivo, con toda su garrulería de mal gusto.

—Piense que salieron disparados al aire como proyectiles y fueron a parar al mar, profesor. ¿Qué quería, que llevaran al cuello su chapa de identificación, como los soldaditos del Vietnam?

La hoguera, pequeña ardía en el interior de la cueva, pero las dos mujeres y Sturgeon estaban sentados fuera de la misma mirándoles llegar.

Ellas no habían hablado gran cosa desde la partida de los dos hombres. De hecho, habían salido juntas al exterior mientras Sturgeon, que parecía tener no sólo unas curiosas capacidades médicas sino también muy gran afición a la medicina, se quedaba con los heridos graves en el interior. Y entonces hablaron.

—Supongo que está pensando lo mismo que yo —dijo la señora Sturgeon.

La señorita Harrow contestó:

—Ignoro lo que piensa usted.

—Me refiero a lo sucedido. Por culpa de aquel loco y del fallo de los motores hemos venido a parar a este islote desierto, árido y mexicano de soberanía. Todos nuestros esfuerzos, todos los gastos y riesgos corridos, no nos han servido para nada.

—Bueno, estamos vivas y sanas. ¿No le parece ya mucho, dadas las circunstancias?

—Sin duda que lo es. Pero yo necesito entrar en los Estados. Supongo que usted también.

—Por eso hacía el viaje.

—Y no soltó su maletín ni un solo momento. Yo tampoco. Somos las únicas en posesión de un pasaporte... bueno, también tengo el de mi flamante esposo. Cuando nos saquen de aquí podremos intentarlo de nuevo.

—No va a ser tan fácil. Habrá que explicar muchas cosas.

—No pienso hacerlo. Ni usted me imagino que lo desee.

—Creo que está proponiendo algo, señora Sturgeon.

—Exactamente. Le vine observando desde que subimos al automóvil, en el Saltillo. Usted es una persona distinguida, de buena clase social y juraría que centroeuropea. Su inglés es demasiado perfecto, pero a veces tiene modulaciones centro danubianas...

—Es usted muy observadora.

—Bastante. No me importa su persona ni sus actividades, compéndalo, no soy fisgona. Pero sí me importa entrar sin problemas en los Estados. Y sólo hay un medio de conseguirlo.

—Dígamelo.

—Ese apuesto Robinson que nos hemos encontrado aquí tan oportunamente es un profesor norteamericano.

—¿Y qué?

—También es un hombre. Y usted una hermosa mujer.

La presunta señorita Harrow estaba muy en guardia. Ahora inquirió con voz suave, mucho:

—¿Me está insinuando que lo enamore, señora?

—Exacto. Puede hacerlo sin mayor esfuerzo. Y él nos puede ayudar a entrar en su país... a las dos.

—¿A las dos? ¿Cómo?

—Tiene un bote de lona...

—Y entre esta isla y la costa del sur de California hay una corriente marina muy fuerte, que nos llevaría a una zona poco frecuentada del océano. Él ya me lo explicó.

—Muy bien, eso lo sé, soy experta en biogeografía. Pero dudo mucho que lo sepa el hombre que pasa por mi marido y, sobre todo, ese mozo de ojos acuosos que antes nos devoraba, a usted sobre todo, con la vista.

—¿Adónde va usted a parar?

—A lo que nos conviene. Si hacemos ver a esos dos que pueden llegar a la tierra firme a bordo del bote aprovecharán la primera ocasión que tengan para marcharse. Con sólo que lo haga el mozo nos basta, ya que es el único que podría delatarnos, pero mejor si ambos deciden ponerse de acuerdo.

—Suponga que quieren llevársenos...

—El que pasa por mi marido, no, desde luego; nos conocimos en Saltillo media hora antes de tomar el coche para el avión. El rubio, puede, a usted; pero imagino que está capacitada para pararle los pies. Enfréntelo con nuestro profesor, haga que se golpeen. Yo me encargaré de lo demás...

Cuando salió el presunto señor Sturgeon su presunta esposa y la no menos presunta señorita Harrow estaban calladas como no es habitual lo estén dos mujeres. Él por su parte, se limitó a informarlas sobre el estado de los heridos graves y a fumar.

Así los vio Brad Braddock.

—Ya enterramos a los muertos y recogimos sus pertenencias —informó inquiriendo acto seguido—. ¿Cómo están los heridos?

—Decáidos y con fiebre alta. Les administré antipiréticos de su

botiquín profesor, y ahora están tranquilos.

—¿No vieron señal de embarcaciones, nada? —inquirió la señora Sturgeon—. Brad denegó, mirando hacia la silenciosa Susan Harrow, luego entró en la cueva. Los demás lo siguieron.

No había nada que hacer con los heridos graves. Brad se puso a alistar la cena y la espléndida mujer se le acercó eludiendo a Norrie.

—Déjeme ayudarle —dijo. Él la miró de reojo y una vez más pensó que ella era lo más hermoso y atractivo que nunca viera.

—Como guste...

Fue una cena frugal, salvo el pescado que se consumió en cantidad, fresco, lo habían traído Braddock y Norrie. Cada uno bebió un cuartillo de agua medido cuidadosamente por Braddock. A los heridos, despiertos, se les tuvo que ayudar a comer y beber, cosa que realizaron Susan Harrow y el señor Sturgeon mientras la señora Sturgeon y Norrie miraban. Brad se puso a limpiar la cueva, pero la señora Sturgeon se lo impidió.

—Déjeme, lo haré yo.

Poco después, la rolliza y guapa señora salió al exterior. Norrie se escabulló a los pocos minutos, Braddock nada dijo, pero miró a Sturgeon, el cual no parecía haber notado nada. En cambio sí lo había notado la señorita Harrow, cuyas refulgentes y grandes pupilas atraían como imán al hierro, pero que apenas si sostuvo unos instantes la mirada de Braddock, volviendo luego a atender a Razzola, que estaba bastante mal.

Allí fuera, Norrie no tardó en encontrar a la señora Sturgeon. Ella lo vio venir, pero no pareció importarle.

—Hace una hermosa noche —dijo Norrie con voz ronca—. ¿Qué tal si nos damos un paseo?

—¿Y qué les contaremos a los demás, que nos hemos puesto románticos?

Norrie era por lo visto de aquellos que opinan que en el amor, como en la guerra, el ataque directo y por sorpresa es garantía de éxito, pero la señora Sturgeon lo separó sin violencia.

—Es sólo un muchacho estúpido y ansioso —dijo con serenidad—. ¿Siempre hace así las cosas?

El pelirrubio se desconcertó. De hecho había esperado casi cualquier reacción menos aquélla y, por otra parte, la señora Sturgeon había dado en el clavo, siempre actuaba así, naturalmente

con uno o dos tipos muy definidos de mujeres.

La vieron regresar, pero Susan Harrow captó el mensaje de sus ojos...

Norrie regresó al poco, silbando una musiquilla, miró a las mujeres de reojo y fue a sentarse a un lado de la mortecina hoguera. Braddock tomaba nota mental de todo aquello. Ahora sugirió:

—Creo que debemos acostarnos, todos ustedes lo estarán necesitando y yo también estoy fatigado.

—Te arreglaré una cama enseguida, amor mío —dijo cariñosa a su presunto marido la presunta señora Sturgeon. Y así lo hizo, con evidente habilidad. Braddock se acercó a Susan Harrow con una manta.

—Una para los Sturgeon y otra para usted —dijo—. No hay más, lo siento.

Ella denegó.

—Échesela a los heridos, profesor.

—No la van a necesitar ninguno de ellos, con la fiebre que tienen.

La mujer no hizo más objeciones. Colocó su maletín como cabecero y se tendió en el muelle piso de arena, cubriéndose con la manta. Sturgeon, silencioso como parecía ser su costumbre, se echó también y su esposa lo hizo a su lado, acomodando la manta sobre ambos. Luego le dio un beso en la mejilla y le preguntó cariñosa como se sentía, los demás les oyeron susurrar unos momentos entre dientes un intercambio de palabras. Después todo quedó en silencio.

Brad Braddock se había echado simplemente sobre la arena, con la cabeza en una toalla doblada. Estaba fatigado, pero no tenía ni pizca de sueño y sí muchas cosas en las cuales pensar.

Más o menos se encontraba en la misma situación Susan Harrow.

Se apagó la hoguera y todo fue oscuridad. El rumor del oleaje llegaba apagado, monótono, desde la costa. Pasó el tiempo...

Luego Norrie se movió sobre la arena procurando no hacer ruido, llegó junto a los Sturgeon, tanteó un poco y susurró:

—¿Está despierta?

La señora Sturgeon le contestó del mismo modo sibilante:

—Calla y sal...

Norrie no se hizo de rogar. La señora Sturgeon esperó unos momentos, luego separó la manta y se deslizó a su vez fuera de la cueva.

Susan Harrow había advertido todo, pero no se movió. Tenía sus razones para no hacerlo.

Brad Braddock las tenía para todo lo contrario. Esperó un tiempo prudencial y luego se deslizó sin hacer ruido fuera de la caverna...

CAPÍTULO V

BRAD Braddock habíase acomodado muy bien bajo el saliente de roca a media ladera del cerro pizarroso y fumaba su pipa con ceño fruncido cuando vio llegar a Norrie sin ninguna prisa. Esperó a tenerlo a su lado sin levantarse. Aquel tipo no le gustaba poco ni mucho.

Norrie lo miró con su peculiar modo sardónico e insolente.

—¿Filosofando, profesor?

—¿Por qué lo dice?

—Hum... Su conducta. Tiene todas las oportunidades para divertirse y no las aprovecha.

—Usted, en cambio, sí lo hace.

El pelirrubio hizo otra de sus muecas y se reclinó en la piedra disponiéndose a fumarse uno de los cigarrillos del propio Braddock.

—No soy tan tranquilo como usted —dijo casi ofensivo—. Cuando una mujer se me ofrece, la tomo y en paz.

—Sí, lo he notado. Pero yo, en su lugar, no me fiaría.

—¿Quiere decir...?

—A veces esos maridos callados son lo más peligrosos. Y usted es un fatuo, Norrie.

El pelirrubio lo miró de aquel modo insolente, desdeñoso:

—Allá usted con sus opiniones, profesor —dijo, sentándose cara al mar—. Pero le voy a decir algo interesante. Esa mujer, la señora Sturgeon, es cosa seria de veras.

—Usted es un amoral, Norrie.

—Y usted un perfecto estúpido, profesor. En fin, no pienso atosigarlo. Pero aún voy a decirle otra cosa. Le di tres días para que cortejara a «Candy Susie». ¿Va o no, a decidirse?

—¿Y si no lo hiciera?

—Entonces, lo haré yo. No pienso perderme la oportunidad.

Brad Braddock le habría roto la sucia boca de un bofetón, pero prefirió dejarlo allí. Y reemprendió el camino de regreso a la caverna.

Mucho antes de llegar descubrió a Sturgeon caminando solo hacia la costa de aquel lado y, evidentemente, procurando no ser descubierto desde el observatorio de la colina. Desviándose, Braddock siguió una ruta que lo condujo poco después, cerca del punto donde acababa de ocultarse el presunto tendero de Michigan. Luego se acercó con la mayor cautela posible.

El señor Sturgeon se había sentado en una grieta entre rocas, un lugar ciertamente muy oculto, y cualquiera habría imaginado que estaba realizando una urgente necesidad fisiológica. Pero en realidad el hombre había sacado con su mano sana un estuche de metal parecido a una pitillera y del mismo algo que semejava una película cuidadosamente doblada en tiras de unos doce centímetros de longitud, la cual se puso a examinar atentamente...

Brad Braddock se alejó de allí con el ceño fruncido. Y habría tal vez llegado a mitad del camino de la cueva cuando casi se dio de bruces con la señora Sturgeon, la cual no pareció nada molesta al verle, ni mucho menos.

—¿Paseando, profesor?

—Pues sí, doy un paseo. Usted también a lo que veo.

—Me aburro como una loca en esta inactividad forzosa. ¿Por qué no me acompaña?

Habida cuenta de que en las setenta y dos horas que se conocían apenas si sostuvieron una verdadera conversación y la mujer no se significó precisamente por su locuacidad, Brad tuvo razones para sospechar que la movía algún interés. Y recordó las insinuaciones de Norrie poco antes.

Al parecer el pelirrubio no iba muy descaminado. La señora Sturgeon comenzó a coquetear de un modo claro casi de inmediato. Después de caminar cosa de media milla quiso detenerse en una caleta entre rocas grandes y se sentó en una de ellas, no muy alta, cruzando las piernas.

Braddock le había calculado cualquier edad entre los treinta y cinco y los cuarenta, muy bien conservada. Sin maquillaje y ligeramente tostada ya, resultaba decididamente apetitosa. Como se

había quitado el chaquetón de gruesa lana que llevaba puesto al ocurrir el accidente sólo la cubría una blusa blanca sin mangas. Al igual que Susan Harrow, había llevado pantalones y por fuerza debía seguir con ellos.

—Deme un cigarrillo —pidió con desenvoltura. Y cuando él se lo encendió añadió, mirándolo a los ojos—. Vamos, dígalos.

—¿Decir, que?

—No sea niño. Me ha visto con ese imbécil de Norrie.

Braddock esbozó una mueca expresiva.

—Si así opina de él, ¿por qué lo hace? —inquirió. La mujer se encogió de hombros.

—Es un hombre joven. Él opina que usted es cosa seria.

Rió abiertamente la mujer. Una risa provocativa.

—No debe haber conseguido nunca nada que valiera la pena —afirmó con expresivo descaro.

—¿No teme que su marido encuentre poco divertido ese juego?

—¿Alvin? No, hace tiempo que no le importo. Ni él a mí, claro. ¿Comprende profesor?

Era todo un informe. Braddock puso cara de circunstancias.

—Entiendo...

Ella se levantó, despacio, se le acercó y, con toda naturalidad, le echó los brazos al cuello.

—Bésemelo.

Era una invitación en toda regla. Braddock vaciló, poniéndose razonablemente nervioso.

—Bueno, pero... —graznó—. Esto es un poco... incorrecto, señora Sturgeon...

Ella rió. Tenía una risa cosquilleante, y resultaba evidente que pertenecía a ese tipo de mujeres cuyo universo vital gira más o menos en una zona de veinticinco centímetros alrededor de su ombligo.

—Norrie afirma que a usted no le interesan las mujeres —dijo—. Pero yo estoy convencida de lo contrario. Vamos, pruébemelo. Y no me diga que yo no le gusto porque no lo voy a creer.

No había forma de decírselo. Brad Braddock pensó que después de todo él no había propiciado, ni siquiera buscado, la aventura. Luego actuó como se esperaba que lo hiciera.

Susan Harrow había quedado sola con los heridos, que

continuaban en bastante mal estado aunque la fiebre les remitió, pues no había medios para curarlos debidamente. Ahora ambos reposaban, inmóviles por sus heridas y fracturas. Razzola amodorrado, el otro sumido en sus pensamientos. A ella le había tocado atenderlos y ahora estaba sola, la señora Sturgeon salió con un pretexto poco después de hacerlo su marido, Norrie, aquel desagradable individuo, se había ido a relevar al profesor Braddock en su puesto de trabajo y sospechaba que la mujercita subió a reunírsele, no satisfecha con sus fiestas nocturnas. Por otra parte, el señor Sturgeon también se había marchado sin decir adonde.

Llevaban tres días en la isla y lo que dijo Brad Braddock había resultado ser cierto, ni rastros de presencia humana, ni un bote de pescadores, ni un avión asomaron. Era como si estuviesen en medio del Pacífico, o en los tiempos de la navegación a vela. Náufragos en un islote árido y desierto de poco más de un kilómetro cuadrado...

Sintió de nuevo aquella necesidad de quedarse sola para rumiar sus pensamientos y salió de la cueva.

Hacía un calor tremendo en la pelada garganta y no había nadie a la vista. Según su reloj impermeable, una pequeña máquina de precisión suiza, eran las doce y media. Como quiera que sólo se comía por la mañana y al anochecer, bebiéndose también sólo entonces para ahorrar el agua al máximo, las largas jornadas se hacían de verdad interminables sobre todo a causa de que ningún lazo unía a los ocupantes de la isla.

Se fue hacia la parte Sur. De un lado, por allí no podría verla aquel tipo falaz que era Norrie desde su puesto de vigilancia, donde debía permanecer hasta las cuatro de la tarde. El profesor debía haberse ido a pescar y Sturgeon debió hacer lo mismo, al menos eso dijo...

Mientras caminaba hacia la salida meridional de la barranca, despacio bajo el candente sol, la mujer se vio asaltada, entre sus precauciones, por un pensamiento cercano y directo.

Aquel profesor de Geología era un hombre arrogante de veras, un buen mozo bien barbado con apariencia de pirata romántico. Le recordaba vivamente a otro hombre que había quedado muy lejos, en la tumba adonde fue a parar por causa de ella... La misma calmosa forma de actuar, la misma cortesía, con las mujeres, la misma mirada honda repleta de viril admiración...

Y no era tonto, ya había advertido que todos ellos eran unos bichos raros, aunque se abstenía de decirlo o demostrarlo. Naturalmente, también estaba al tanto del juego entre Norrie y la Sturgeon, desde la primera noche los espiaba. Sin embargo, de día nada en su actitud revelaba que lo supiera. Había sabido ponerse a tono con los demás...

La espléndida mujer hizo un esfuerzo y olvidó a Brad Braddock. No se encontraba en situación para ponerse a alimentar románticas ideas. En estos momentos el hombre que debía esperarla en Phoenix para conducirla a San Luis de Missouri y proporcionarle todo lo necesario a fin de poder permanecer en los Estados Unidos sin problemas con una nueva identidad, ya debería haberse enterado de lo ocurrido al avión, mejor dicho, de su desaparición. Regresaría a San Luis, convencido de que ella estaba muerta...

Nadie iba a investigar la desaparición del aparato. Y aunque lo hicieran, nadie podría imaginarse el rumbo que tomó, lo sucedido... Aquel loco de barba y melenas descabelló todo de tal forma que ahora ellos, los supervivientes, iban a verse en un brete para salir del asunto sin provocar sospechas a las autoridades, precisamente lo que todos ellos deseaban evitar...

No podía fiarse de la Sturgeon. No la conocía de nada, y aunque estuviera de acuerdo con ella en la absoluta necesidad de llegar a los Estados Unidos sin ninguna clase de publicidad, así como de la conveniencia de eliminar al peligroso Norrie, los métodos de la otra no la convencían...

Cuando llegó a prudencial distancia y tras comprobar en una ojeada que estaba sola, se despojó rápidamente de su ropa.

Ante todo se puso a realizar ejercicios gimnásticos. Luego corrió a las olas que golpeaban la arena y se tiró en ellas de cabeza.

Durante media hora nadó de un lado para otro vigorosamente, tratando de no pensar, de encalmarse. El agua estaba más bien cálida, pero poco a poco le fue enfriando la sangre. Y cuando a muy amenazadora distancia descubrió sobre las olas verdiazules la siniestra aleta triangular de un tiburón que se acercaba raudo, en una serie de vigorosas brazadas alcanzó fondo, se puso de pie, con agua a la cintura, y corrió hacia la arena, porque el hecho de estar sumamente excitada no era razón para convertirse en merienda de escualos.

Tuvo el tiempo justo para salir a la arena. El veloz y voraz tigre de los mares llegó a menos de seis metros de la orilla, donde no había suficiente calado para él, viró en redondo y se alejó defraudado. Por su parte, la mujer quedó en la orilla mirándolo marchar mientras con ambas manos se estrujaba y escurría los rojos cabellos. Afrodita, al salir de la playa de Pafos, no pudo aparecer más bella ante los ojos del primer mortal.

Y el afortunado mortal que estaba viéndola ahora así lo pensó, maravillado.

CAPÍTULO VI

CUANDO la señora Sturgeon consideró razonable pasar de los ejercicios físicos a la oratoria, demostró que también poseía excelentes dotes para ello. Brad Braddock la escuchó atentamente y realizó a su vez algunas observaciones y objeciones a su juicio adecuadas. Finalmente, tranquilos y felices, decidieron separarse al menos de momento, a fin de no provocar innecesarias curiosidades.

Brad recordó que era necesario agenciarse algún pescado para la cena.

Y como no deseaba nuevos encuentros, caminó hacia un punto de la costa, donde sabía que iba a serle más fácil atrapar peces con caña, así como unos grandes y succulentos cangrejos cuya carne, riquísima en fósforo, le era más necesaria que nunca para mantener en funcionamiento sus células grises cerebrales.

Fue así como, inesperadamente, sus ojos deslumbrados y atónitos pudieron contemplar aquella maravilla que era Susan Harrow.

Brad Braddock se consideraba un hombre cabal y así díjose que aquél era sin duda un día destinado a marcarse con piedra blanca. Sentándose sobre una roca sacó su pipa, la cargó despacio y recreó el alma, ya que para más no se sentía con fuerzas de momento, en la contemplación de la belleza.

Ignorando estar siendo contemplada precisamente por el hombre que no podía quitarse de la imaginación y las retinas, la espléndida mujer oreó debidamente su cuerpo y sus cabellos, fue a tomar sus prendas y se las acomodó. Luego y comoquiera que no sentía ningún deseo de retornar a la comunidad de las gentes, fue a sentarse en otra roca y quedó abstraída mirando hacia el mar. Muy a su pesar, no le fue posible concentrarse en recuerdos del pasado o

planes para el futuro, una y otra vez su mente retornaba, con descarada fruición, a mostrarle las visiones más desazonantes de la fiesta que había presenciado.

Brad Braddock dejó transcurrir un tiempo prudencial para acercársele. Sus intenciones no eran pecaminosas por razones muy concretas y subjetivas, pero ella lo atraía como un imán y era significativo que tan pronto se hubiese olvidado de la señora Sturgeon.

La arena y el ruido del oleaje impidieron a la espléndida mujer advertir la presencia del hombre en quien no podía dejar de pensar. Él llegó así a pocos pasos a su espalda y recreó la mirada en los contornos de su figura, complaciéndose en imaginársela tal como acababa de verla. Un hombre lo es en cualquier situación.

Luego le habló.

—Hola.

Ella pegó un respingo, dominó mal una sobresaltada exclamación y se volvió veloz, con tales gestos y expresión que aturdieron a Braddock.

—¡Usted! ¿Qué hace aquí?

—Vengo a pescar. La vi y me he acercado.

La mujer se autodomino rápidamente, poniéndose en pie. A sus magníficas pupilas apareció el recelo. Refulgían de modo magnético.

—¿Desde cuándo me acecha?

Braddock hizo otra mueca y mintió descaradamente.

—No la acecho. Hace apenas diez minutos que la he visto.

Hacía más que ella estaba vestida y sentada. Tranquilizándose, Susan se mostró algo más amable.

—No me gusta que me sorprendan. Lo siento, no quise ser brusca.

—Si lo prefiere, puedo alejarme y dejarla sola.

—No es necesario. ¿Dijo que vino a pescar?

—Ahí en esas rocas. Se da muy bien. ¿Quiere acompañarme?

—Bueno. Iba a regresar a la cueva, pero estoy terriblemente aburrida.

—No me sorprende. Para una mujer como usted la isla y sus ocupantes debemos ser algo insoportable.

—¿Por qué dice eso?

—Oh, por nada... Verá... Norrie me habló de su profesión.

—Me lo suponía —dijo seca—. ¿Y qué?

—No me malinterprete. Nada.

Si buscaba tantearla, tan sólo. Era muy inteligente y se había dado cuenta de muchos detalles raros en ellos, los supervivientes del avión, tal vez actuaba ya siguiendo un plan preconcebido. Del mismo modo que la otra mujer, presunta honorable tendera con su marido al lado, se comportaba como una desenfrenada hetaira en realidad, y que el presunto tendero Sturgeon demostraba una incomprensible capacidad médica, ella podía ser cualquier cosa menos una «strip-teaser»...

—Me alegro —dijo, con la misma sequedad—. Una cosa es lo que hago en mi trabajo y otra muy distinta lo que tolero fuera de él.

Brad Braddock estaba pensando que aquella mujer tenía tanto de «strip-teaser» como él de santón budista. Pero no lo dijo.

—No es mi intención molestarla con demandas incorrectas —dijo calmoso—. Nunca he sido capaz de hacer eso con ninguna mujer, mucho menos en las circunstancias por las que atravesamos.

Ella prefirió callar y así llegaron al punto donde Braddock se disponía a pescar. Era un promontorio que penetraba en el agua algunos metros y a cuyo pie se formaban una serie de pozas de cierta profundidad. El sol iba descendiendo y una brisa fresquita del Oeste se había levantado, aliviando considerablemente el calor.

—Aquí suelen cogerse muy buenas piezas —afirmó Braddock alistando su caña de pescar. Lanzó el anzuelo, se sentó y sacó un medio vacío paquete de cigarrillos, ofreciéndoselo. Ella tomó y luego fumó ansiosamente, sin mirarlo, dándose cuenta de que Braddock sí la miraba de reojo.

Cada uno de ellos tenía en las retinas la imagen del otro. Y de repente se sintieron solos en la isla nueva pareja adánica.

Por suerte picó el primer pez de buen tamaño, muy pronto. Y lo siguieron dos más en cuestión de minutos. Por fin, Braddock rompió el silencio.

—Extraña pareja los Sturgeon, ¿verdad?

Ligeramente sobresaltada, ella lo miró de reojo.

—¿Por qué dice eso?

—Él afirmó ser un tendero, pero demuestra una extraordinaria habilidad médica. En cambio, ayer le hice una pregunta acerca de

telas que cualquier tendero me habría contestado sin vacilar, pero vaciló y su respuesta fue un disparate grande como un hongo atómico.

—¿Cómo lo sabe? Usted afirma ser profesor de Geología.

—Nací y me crié en una pequeña tienda en un pueblo de Colorado, allí precisamente me aficioné a la Geología. Pero mis padres aún viven en la tienda.

—Ya... Usted supone que Sturgeon no es un tendero...

—Apostaría a que no. Y su dulce y atractiva esposa, que sí entiende mucho de telas, no le guarda a decir verdad mucho respeto.

De nuevo ella lo miró de reojo, preguntándose adonde iría a parar. Pero había picado un nuevo pez, Braddock lo sacó antes de continuar, con naturalidad:

—Usted ya lo ha advertido, claro. No parece serle muy simpática.

—No la conozco en absoluto. ¿Se refiere a sus escapatorias nocturnas?

—Ajá. Se reúne con ese mozo Norrie cada noche. Apostaría a que el marido lo nota, como lo hemos notado nosotros.

—Usted, por lo menos. Sale a espiarlos.

El río quedó y pareció algo turbado.

—No me malinterprete, por favor. Admito que soy curioso. Y cuando una mujer casada corre por un tipo como Norrie me pregunto qué puede haber en el fondo de la cuestión.

—¿Por qué no se explica mejor? No soy muy lista.

Braddock opinaba justo lo contrario.

—Verá... Quizá esté echando a volar mi fantasía, pero... Ese Norrie es un pillo barato, un mico salaz y un presuntuoso bastante estúpido. Sabe algo de los Sturgeon, algo que puede comprometerlos, y está aprovechándose.

—¿Quiere decir que la obliga a aceptarlo a cambio de su silencio?

—Exactamente. No puedo asegurarlo, pero logré escuchar algunos retazos de conversación... Creo que Norrie los está chantajeando.

Volvió a picar otro pez. Mientras lo recogía ella lo miró fijo, diciéndose que este arrogante y demasiado atrayente profesor de

Geología, aparte de curioso, inteligente y observador, también debía ser un cínico. Sin duda era él, no Norrie quién estaba chantajeando a la otra mujer, sin sospechar que ella no estaba casada con Sturgeon y a su vez trataba de convertirlo en su instrumento para poder entrar en los Estados Unidos fraudulentamente sin dificultades.

—Puede que sea como dice —afirmó tranquila—. Pero a mí me tiene sin cuidado.

Él dejó ahora la caña a un lado, sacó su pipa y la cargó despacio. Se miraron sin poderlo evitar. Y ambos sintieron tres cuartos de lo mismo sin poder evitarlo tampoco.

—No va a ser fácil resistir otros dieciséis días.

—Espero que alguien nos encuentre antes.

—El señor Razzola está bastante mal, tampoco Muncacks levanta cabeza. Ambos necesitan con urgencia cuidados médicos que no podemos darles.

—Creo que Sturgeon sí puede. Y que lo hace muy bien.

—Sí, eso es cierto... Dígame una cosa, señorita Harrow. Cuando salgamos de aquí, ¿adónde piensa encaminarse? Perdóneme si soy indiscreto.

—¿Por qué me lo ha preguntado?

—Pues... No sé, la verdad... No me mal interprete, pero... Me gustaría volver a verla.

Ella le sostuvo la mirada.

—Tengo un contrato en San Luis —repuso—. Iré allí.

—¿Para... bailar?

—Es mi trabajo.

Él hizo una mueca, fumó, miró al mar... Ella se preguntaba por sus pensamientos.

Y se estaba poniendo nervioso. Curioso hombre, tan potente, duro y avasallador a la hora de la verdad, tan vacilante ahora... Porque no podía estar fingiendo, ella lo notaría, estaba muy alerta y tenía sus razones.

—Lo que quiero decirle, señorita Harrow, es que usted no encaja en mi idea de lo que es una «strip-teaser», no encaja en absoluto.

Era un hombre muy interesante. La espléndida mujer sonrió... de dientes afuera.

—¿De veras? ¿Pues cómo debe ser una «strip-teaser» a su juicio?

—Pues... no sé, no conozco a ninguna. Pero por lo que he oído a otros, he leído... Ellas son mujeres bastante vulgares de mirada cínica, de modales insolentes, desdeñosas con los hombres pero de un modo especial... Creo que estoy poniéndome en ridículo señorita Harrow, pero no me importa demasiado. Usted me dio desde el primer momento la impresión de ser excepcional y no sólo por su gran belleza, sino por otras muchas razones.

Susan Harrow estaba sintiéndose nerviosa, excitada, halagada, y sobre todo, muy recelosa. Esbozó una sonrisa irónica, muy de «strip-teaser».

—Usted es un encanto, profesor. ¿De veras piensa que soy fuera de serie?

Braddock se puso serio.

—De veras. Es más, la veo... no sé, una verdadera dama, una mujer exquisita, un tanto misteriosa, fascinante... pero decididamente no vulgar.

Ella era lo bastante lista y femenina como para advertir que la situación se había tornado peligrosa.

De ahí que se incorporara despacio, muy en guardia.

—Profesor, me temo que está excitándose y eso es malo para sus nervios, —dijo manteniendo adrede una actitud que ella creía de «strip-teaser». Él soltó la pipa y asintió:

—Estoy más que nervioso, señorita Harrow... Susan. Estoy loco por usted.

Se le vino encima con intenciones claras. Pero ella estaba alerta y lo esquivó dándole un violento empujón unido a una sorpresiva llave de «judo» que le hicieron perder el equilibrio y caer... con tan mala fortuna que se golpeó la cabeza contra unas de las rocas.

Fue un golpe seco. Y Brad Braddock quedó tendido en descoyuntada posición inmóvil.

Entonces la espléndida mujer lo miró como asustada. Rápidamente su expresión cambió, se arrodilló y procedió a cogerle la cabeza, incorporándolo. Le tanteó el cráneo y cuando sacó sus dedos manchados de sangre el pánico llenó sus maravillosos ojos.

Pero cuando su mano derecha comprobó, metida entre pecho y camisa de Braddock que estaba vivo y sólo desmayado, un gran alivio le llenó la cara, un gran suspiro le expandió el pecho.

Luego hizo algo realmente sorprendente. Depositó con cuidado

al hombre sin sentidos sobre la roca de modo que no estuviera demasiado incómodo, se arrodilló a su lado, lo levantó, curó el corte en su cuero cabelludo ciñéndole apretado un pañuelo que le sacó del bolsillo... y de pronto, como obedeciendo a su impulso irrefrenable, lo apretó contra su hermoso pecho y comenzó a besarlo en plena boca, ansiosamente.

Las mujeres, desde luego, tienen incomprensibles reacciones.

CAPÍTULO VII

BRAD Braddock despertó sintiendo un hermoso dolor de cabeza, náuseas y mareos. Sentándose, descubrió un par de cosas. Estaba solo, con los peces y tenía un magnífico chichón. Además, cerraba ya la noche.

Con una serie de muecas doloridas, recogió su pesca y su caña, encaminándose a la cueva. No podía saber concretamente lo sucedido, pero sí suponérselo. Bien la culpa fue suya y de nadie más...

Las dos mujeres y Norrie se encontraban fuera de la caverna, al parecer de conversación. Lo miraron llegar y al tenerlo más cerca Braddock pudo constatar otra vez la capacidad femenina para él disimulo. Norrie fue el único que se permitió una chanza de las suyas.

—Vaya, trae mala cara, profesor. Y buena pesca.

—Resbalé y me di un golpe contra unas rocas —explicó secamente Braddock tirándole los peces encima, con lo que el rubio debió atraparlos de modo instintivo. Miró de mal modo a la impasible señorita Harrow al hacerlo.

—¡Hey, cuidado! ¿Quiere hacerme pagar su malhumor? —Limpien los pescados si quieren cenar.

Se metió en la caverna. Las dos mujeres se miraron como se miran las mujeres. Norrie era muy poco observador aunque creía lo contrario.

—Maldita sea su alma... —dijo, echando los pescados sobre la lisa superficie de la roca—. Bueno, ésa es tarea de mujeres, yo iré a por leña para la hoguera.

Las dejó solas. La señora Sturgeon se inclinó a soltar el cordel de «nylon» pasado por las agallas de los pescados y terminado en

puntas metálicas.

—Tendremos que hacerlo —dijo— y tendrá que ayudarme, le guste o no.

La señorita Harrow sabía que no estaba refiriéndose al pescado.

Brad Braddock bebió un trago de licor y luego cargó la pipa. Le dolía demasiado la cabeza para ponerse a pensar pero no estaba de mal humor. Revisó a los dos hombres malheridos. Muncacks se sostenía, pero Razzola iba a peor, debía tener serias lesiones internas, moriría a menos que se le pudiera trasladar pronto a un hospital. Sólo que eso no era factible...

Salió al oír la voz de Norrie. Ya estaba llegando a la cueva y con él venía Sturgeon. Las dos mujeres habían limpiado los pescados alistándolos para la cena y todos lo miraron de diversos modos. Cuatro tramposos, cuatro embusteros... y probablemente también los dos heridos graves. Debió ser un vuelo muy interesante aquel que terminó a media milla de la isla...

Norrie volvió a referirse burlón a su tropiezo, pero los demás mantuvieron el clásico silencio. Allí se hablaba en conversaciones privadas, no en diálogo general.

La cena fue a base de pescado asado, galleta y café. Luego como de costumbre, todos se metieron en la cueva, para dormir porque allí fuera la temperatura bajaba por la madrugada mientras que en el interior se mantenía.

Volvió a repetirse el juego. Primero salió Norrie silenciosamente. Luego lo imitó la señora Sturgeon, Pero esta vez hubo una variante excitadora. El señor Sturgeon se deslizó fuera de la cueva diez minutos escasos después de haberlo hecho su presunta mujer.

Brad Braddock dejó que transcurrieran otros cinco minutos. Se quejaba muy débilmente Razzola, pero Muncacks daba la impresión de estar dormido y lo mismo Susan Harrow. Sea como fuere, él tomó las debidas precauciones.

No las tomó todas.

Para comenzar, Norrie y la señora Sturgeon no se encontraban en el lugar donde solían sostener sus entrevistas nocturnas y tampoco se advertía señal de su presencia por allí cerca. Ni de la de Sturgeon...

Y luego, cuando Brad Braddock caminaba sigilosamente por entre el grupo de acacias al fondo de la barranca, alguien salió

súbito a su espalda sin hacer ruido y algo golpeó su cráneo exactamente sobre el mismo lugar donde horas antes se había hecho el chichón.

Fue un golpe brutal, asesino, que le hizo gemir, doblar las rodillas y ver un millón de estrellas. Antes de que pudiera reponerse, otro nuevo golpe le envió al limbo.

No muy lejos de allí, Norrie estaba constatando que la cantidad de agua y provisiones hurtadas por el señor Sturgeon era suficiente para sostenerse dos personas durante tres días. Lo por él mismo hurtado, al alimón con la señora Sturgeon, bastaba para otros cuatro. A la noche siguiente él y la espléndida mujer que atendía por Susan Harrow iban a abandonar la isla dentro del bote del profesor Braddock para vivir juntos una aventura de lo más apasionante. Lástima que no cupieran tres, porque le habría gustado poder llevarse también a la señora Sturgeon...

Estaba como la lechera del cuento, sumido en el éxtasis de sus cálculos súper optimistas, cuando la mujer apareció. Él no la vio, en realidad, ya que se ocupaba de transportar parte de las provisiones robadas por Sturgeon al escondrijo de las que había robado por sí mismo. Además, la estrellada noche estaba muy oscura.

Y muy calmada. Sonó claro un ruido de lo más semejante al taponazo de una botella de champaña destapada. Norrie sintió súbitamente un golpe violentísimo en medio de la espalda, un dolor tremendo que le impidió gritar. Luego de sus ojos se borraron las estrellas...

Poco, después, la pequeña embarcación de goma plástica flotaba sobre el agua entre dos rocas. Dentro de la misma iba Norrie, pero sin advertirlo. La mujer que lo había acomodado allí se desnudó y se introdujo en el agua chapoteante. Como bajaba la marea, el mar estaba muy en calma.

La mujer sacó al bote de goma remando con la pala de madera y lo condujo lentamente mar adentro, hasta un punto distante casi media milla de la isla. Allí permaneció dando paladas cerca de tres cuartos de hora, hasta que terminó el reflujo de la marea. Entonces abandonó el bote, echándose al agua y nadando con vigorosas, rítmicas brazadas, hacia la negra masa de la isla. La marea, que comenzaba a subir, la ayudó.

Sin embargo, tardó media hora en llegar a la costa y no

precisamente por el punto donde la había dejado. Caminó un buen rato antes de encontrar sus ropas, que se puso sin prisas, luego caminó de regreso a la cueva y se perdió en la oscuridad.

Brad Braddock despertó sintiendo más o menos como cuando volvió en sí por la tarde. Sólo que ahora parte de su cuerpo descansaba no sobre dura roca, sino sobre un blando, tibio y turgente cuerpo femenino.

Aquella sensación fue la que le hizo despertar de golpe y abrir los ojos, aunque sólo pudo distinguir la blancuzca mancha del rostro femenino.

Determinados detalles le dijeron quién era la mujer aún antes de que hablara ella, en tono bajo y tenso:

—¿Qué le ha sucedido?

—No lo sé. Alguien con las mismas facciones tuyas me atizó un golpe en el mismo lugar —gruñó, sentándose y llevándose la mano derecha al muy inflamado y dolorido chichón. A propósito, ¿cómo me encontró y qué hace aquí?

—No estaba dormida —dijo ella con tono seco—. Vi el desfile y me entró curiosidad por saber cómo iba a terminar la cosa.

—Ya. Y me ha encontrado porque tiene un radar en la mente.

—Lo he encontrado por pura casualidad. Ya me volvía a la cueva.

Braddock respiró fuerte, dominó el dolor de su cráneo y buscó su encendedor, prendiéndolo. La débil llamita le permitió ver el muy hermoso rostro de Susan Harrow, el brillo fascinante de sus pupilas verdiazules. Ella estaba arrodillada aún, sus cabezas quedaban a nivel.

—Supongo que debo darle las gracias por todo —gruñó—. Lo de esta tarde admito que me lo merecía pero no veo por qué tuvo que golpearme de nuevo esta noche.

—Yo no lo he golpeado. Le repito que me lo acabo de tropezar.

Parecía estar diciendo la verdad, pero no significaba nada. Braddock miró la hoya en su reloj de pulsera y luego miró a lo alto.

—Son las tres y nueve minutos —dijo—. Yo salí de la cueva sobre la medianoche y me atizaron más o menos unos diez minutos después, así que he debido estar aquí tirado unas tres horas...

—¿No vio quién lo golpeaba?

—Sólo vi más estrellas de las que hay ahí arriba. Salí cuando

noté que Sturgeon lo hacía detrás de su esposa y de Norrie, con la intención de evitar una pelea o algo peor. Pero no pude dar con ellos.

—A mí me extrañó no ver a nadie al salir, ni oír nada.

—Y se ha pasado tres horas buscándonos por la isla.

Su ironía hizo que Susan Harrow se pusiera de pie.

—Piense lo que le plazca —dijo—. Yo no tengo que darle explicaciones.

—¡Espere!

Pero ella no quiso esperar. Y Braddock se dijo que no merecía la pena de correr el riesgo de recibir otro golpe. Ya le dolían bastante los recibidos.

Se levantó gruñendo, porque estaba dolorido y envarado, luego emprendió el regreso a la cueva que sólo estaba a ciento cincuenta yardas de distancia. La estrellada y calmosa noche era una maravilla, pero él no estaba ahora para contemplar maravillas de ninguna clase.

Antes de entrar en la cueva encendió la luz de su mechero de gas.

Susan Harrow ya se había acostado, cubriéndose con la manta. Sus ojos felinos destellaban como gemas y su rostro tenía una enigmática expresión.

Los Sturgeon dormían al parecer plácidamente, uno junto al otro. El roncaba de modo sonoro, boca arriba y casi destapado, ella estaba hecha un ovillo y su redondo trasero emergía un poco por el borde de la manta. El que no estaba era Norrie.

CAPÍTULO VIII

SE llevó el bote y robó agua y provisiones, casi una quinta parte de las reservas.

La voz de Brad Braddock no demostraba ira, ni preocupación; sólo era seca y clara.

Los demás, incluidos los dos heridos graves, escuchaban en silencio completo. Ya era de día y la luz penetraba dentro de la cueva, alumbrando sus rostros. No había forma de averiguar, por sus expresiones, lo que pensaban.

—Todos los indicios son de que Norrie preparó su fuga desde un principio —añadió Braddock en igual tono—. Fue hurtando alimentos y agua y escondiéndolos, luego aprovechó la primera oportunidad que tuvo de apoderarse del bote y alejarse con él. No le arriendo la ganancia, porque ahora la corriente costera lo va a empujar mar adentro, a una zona apenas frecuentada y donde morirá de hambre y de sed, a no ser que ocurra un milagro.

—Si eso ocurre se lo habrá merecido —dijo secamente la señora Sturgeon.

—Era un pequeño canalla —gruñó Muncacks—. Nunca me fié de él.

Los demás guardaron silencio. Braddock paseó la mirada por ellos deteniéndola un poco más en el hermoso e inescrutable rostro de Susan Harrow.

—Anoche ocurrieron algunas cosas que deseo aclarar —dijo—. Yo estaba despierto por el dolor de mi cabeza y vi salir a Norrie poco antes de la medianoche, pero no me preocupé pensando que iría a evacuar alguna necesidad fisiológica. Sólo que cinco minutos más tarde también salió usted, señora Sturgeon, y su marido muy poco después. Eso picó mi curiosidad y decidí averiguar qué

sucedía.

Hizo una corta pausa, que nadie interrumpió. Los Sturgeon, desde luego, estaban muy tranquilos.

—No vi a ustedes y tampoco a Norrie. Pero poco después alguien me golpeó duro en el cráneo justo donde me había hecho daño por la tarde, perdí el sentido y tardé bastante en recobrarlo. Cuando regresé aquí, ustedes ya dormían.

Sturgeon carraspeó y su flamante esposa esbozó una sonrisa curiosamente tímida.

—Bueno, supongo que debemos decirlo... —explicó con su dulce y lenta voz, con una expresión de mujercita buena que debe tratar de un tema escabroso—. Mi marido y yo... bien, nos pusimos de acuerdo para reunirnos fuera de la cueva anoche.

Era toda una explicación. Sturgeon la refrendó con muy convincente azoramiento.

—Hágase cargo, una vez pasado lo peor la naturaleza exige sus compensaciones.

—Nos alejamos hacia la playa, fue un deseo mío. Y... bueno, al regresar no hallamos ni a usted ni tampoco a la señorita Harrow, de modo que supusimos... ¡ejem!, que ustedes también habían tenido nuestro mismo pensamiento...

Susan Harrow no despegó los labios. Braddock se tomó diez segundos para inquirir suave:

—¿Y qué pensaron de la ausencia de Norrie?

—Oh, pues no nos preocupó. Él es un tipo muy desagradable, ¿verdad, Alvin?

—De lo más desagradable, querida Lizzy.

Resultaba conmovedora aquella ternura conyugal. Braddock captó una chispa entre sarcástica y agresiva en los muy bellos ojos de Susan Harrow. Pero apenas si estuvo allí un instante.

—Cuando vi aquel desfile me pregunté si no estarían tramando algo todos ustedes —la voz de la joven sonó clara y serena—. De modo que salí a investigar cuando pasó el tiempo y no regresaron. Al poco rato me tropecé al profesor tendido inconsciente en tierra. Creí que estaba muerto en un principio, luego me di cuenta de que sólo estaba sin sentido.

—A mi modo de ver, lo que debió ocurrir anoche fue lo siguiente —el señor Sturgeon habló con un curioso tono doctoral—.

Ese pillo de Norrie tenía pensado escaparse, anoche, cuando trasladaba provisiones robadas al lugar donde debía esconderlas, nos descubrió a mi esposa y a mi yendo hacia la playa y, poco después, a usted que andaba solo y al parecer buscándolo. Tal vez pensó que había descubierto el robo de vituallas, o simplemente se puso nervioso. Los golpeó y luego se hizo al mar antes de que pudiéramos impedirlo.

Todos parecieron mostrarse de acuerdo con aquella lógica y razonable teoría.

Dos horas más tarde, cuando Braddock estaba en la atalaya, vio llegar a la señora Sturgeon, sola. Y también, vio cómo allá abajo, Susan Harrow miraba hacia ellos.

La redondita mujer parecía bastante fatigada cuando se le juntó.

—Déjame descansar un poco —le pidió con mimosa sonrisa—. Uf... No sirvo para subir cuestas, me fatigo enseguida...

Se sentó junto a él y lo miró provocativa.

—Anda, ya me puedes soltar tus preguntas.

—¿Qué pasó anoche, en realidad?

—Norrie, el pequeño canalla, me pidió que volviera a reunirme con él. No me podía negar, tú lo sabes, pero además me dijo que tenía algo importante que decirme. Bueno, lo que me dijo fue que había planeado escapar de aquí con el bote, que había robado agua y provisiones suficientes para dos personas y que esta noche podríamos irnos.

—¿Qué le contestaste?

—Le dije que sí, no iba a ponerlo receloso. Y entonces, antes de que hiciéramos nada, oímos un ruido. Creí que eras tú, la verdad. Norrie se asustó y también dijo que eras tú, añadió que debíamos hacer algo. Le contesté que no fuera estúpido y que te dejara en paz, añadí que debíamos separarnos y volver por caminos distintos a la cueva. Me obedeció y se fue hacia el barranco, mientras yo rodeaba hacia la costa...

De repente me salió mi marido al encuentro. Me llevé un buen sobresalto, créeme, no lo esperaba. Resultó que nos había seguido y que escuchó la proposición de Norrie. Me dijo que saldríamos juntos él y yo, o no saldría nadie. Añadió que si mataba a Norrie no iban a culparlo, puesto que los demás ya habían notado nuestro enredo. Bueno, el caso es que tuvimos una larga y desagradable discusión,

luego nos separamos y regresé sola a la cueva. No os vi a ti ni a la señorita Harrow luego, cuando iba a salir de nuevo, oí que llegaba alguien y esperé. Era Alvin y ya tuve que quedarme. Poco después entró la Harrow y tú casi detrás. Me puse furiosa porque creí que habíais estado juntos, ahora sé que no y soy feliz.

Susan Harrow estaba furiosa. Furiosa, preocupada, inquieta... y lo peor era que no acertaba a comprender los motivos de su estado emocional. Desde luego tenía que ver con todo lo que ocurría en la isla.

Se había alejado a su vez de la cueva, y estaba bajo la sombra de las acacias enanas, sin hacer caso al fuerte calor. Volvióse rápida al oír pasos pesados a su espalda y descubrió al señor Sturgeon, con su brazo en cabestrillo y su cara de «gángster» de película barata.

Él la saludó cortés al llegar a su lado.

—Espero no molestarla, señorita Harrow.

—No me molesta.

—Necesitaba hablar con usted. ¿Puede concederme unos minutos?

A la joven le resultó extraña, casi divertida, su actitud, pero también extrañamente familiar aquella cortesía. Asintió en guardia.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, me parece.

—Es verdad. Curiosa situación la nuestra... Nos hemos salvado casi milagrosamente de un accidente aéreo y estamos como presos en este árido islote, media docena de personas sin ningún nexo de unión entre sí... salvo, quizás, el que nos condujo a bordo del avión.

Sentóse frente a la muchacha, en una roca, mirándola con sus oscuros ojos fijamente. A ella, de pronto, le pareció un viejo conocido, aunque estaba cierta de no haber visto jamás antes de la noche que subieron al automóvil juntos en Saltillo.

—Desde luego, usted no es ni mucho menos una «strip-teaser» —dijo Sturgeon pausadamente—. ¿Erraría mucho afirmando que es usted una persona de excelente familia? Bien no me lo niegue, lo sé; hay en toda usted algo que no puede existir aquí en América, ni pueden advertirlo los americanos, no al menos los vulgares y corrientes, como por ejemplo ese apuesto profesor Braddock.

—Probablemente sí. Y depende de lo que tenga usted por principios morales.

—Los que desde siempre han tenido vigencia en la vieja Europa.

Usted es europea, no me lo niegue, lo sé; hay en toda usted algo que no puede existir aquí en la América. Esperó la respuesta de ella, y al no recibirla, siguió con leve sonrisa:

—Pierda cuidado, no me propongo preguntarle sobre su pasado ni tampoco hablarle del mío, sospecho que ambos nos encontramos en parecida situación. Por otra parte usted sabe a estas alturas que tengo muy poco de tendero. En realidad soy cirujano y profesor, no hace tanto que tenía una cátedra en una antigua y famosa Universidad.

—No me sorprende. Vi cómo atendía a los heridos con una sola mano.

—Es como la propia piel, no nos podemos quitar vocación y el hábito reunidos... Sí, soy médico cirujano. Y desde luego conocí a mi presunta esposa cuando a usted, la otra noche. ¿Lo sabía?

—Ella me lo dijo.

—Comprendo. ¿Cree que lo sepa Braddock?

—Yo no se lo he dicho.

—Una excelente persona, pero no demasiado inteligente, ese Braddock. Físicamente desde luego, la clase de hombre que atrae a las mujeres. ¿La atrae a usted también?

—No.

La dura y violenta réplica se embotó en la sonrisa de Sturgeon.

—Me alegro, si es así. Porque tengo una propuesta que hacerle. Del máximo interés para ambos.

Sus duros, inteligentes ojos, parecieron cobrar una magnética fuerza.

—Usted es una hermosa joven, muy hermosa, de una belleza exquisita y señorial. Yo no soy joven ni hermoso, pero sí inteligente, muy inteligente. Y además, tengo tres cuartos de millón de dólares en valores perfectamente negociables, sin ninguna clase de problemas, apenas hayamos ingresado en los Estados Unidos. Ignoro cuales pudieron haber sido sus planes, pero ahora le estoy ofreciendo la posibilidad de llevar en los Estados Unidos el género de vida a la que sin duda ha estado habituada, legal y legítimamente, como esposa de Alvin P. Sturgeon...

Cuando el señor Sturgeon subió a relevar a Brad Braddock en la atalaya este último se dijo que, desde luego, aquella situación tenía matices realmente fantásticos. Sturgeon no parecía muy fatigado, se

sentó donde tres horas antes lo hiciera su esposa y miró a Braddock a los ojos.

—¿No cree que usted y yo deberíamos hablar, profesor?

Braddock hizo una mueca y se puso en guardia.

—Pues... No sé a qué se refiere...

—Lo sabe perfectamente. Mi esposa ha estado aquí, con usted.

—¡Ejem! Escuche, Sturgeon...

—Tranquilícese, no vengo en son de guerra, entre otras razones porque sería estúpido, soy más viejo y además tengo un brazo lisiado. ¿Me da uno de sus cigarrillos?

Esperó a que el intrigado Braddock se lo encendiera, fumó y añadió, mirándolo a los ojos:

—No sé lo que Elizabeth le habrá podido contar, pero la realidad es que nuestro matrimonio terminó hace ya mucho tiempo, por diversas razones. Ella es como es y yo no me siento con ánimos para hacerla cambiar. Pero tampoco resulta agradable tener que soportar ciertas situaciones, supongo que me comprenderá.

Brad Braddock frunció ligeramente el entrecejo.

—No estará tratando de decirme que usted tiene que ver con la desaparición de Norrie, Sturgeon.

—No. En cambio, sí debo decirle que fui quien anoche le puso fuera de combate. Un torpe error mío, excusable por la intensa oscuridad. Creí que era Norrie, no me di cuenta de mi equivocación hasta el momento en que fui a rematarlo. Admito que me proponía hacer tal cosa, me dio la idea su relato de por la tarde sobre el golpe que había recibido al resbalar. Pensé que por la mañana, cuando lo encontráramos podría creerse en un mal paso dado en la oscuridad, una caída desgraciada, un golpe fortuito y mortal...

Sturgeon trataba el asunto con una reconfortante serenidad. Braddock lo escuchaba atentamente e hizo una plácida observación.

—Pero usted me ha dicho que no es celoso...

—Y no lo soy, lo prueba el que usted esté vivo ahora. Pero Norrie me resultaba especialmente odioso. Además... bueno, de haberlo matado haciéndolo parecer un accidente, Elizabeth sabría que conmigo no iban a valerle tretas. Pero fallé de un modo lastimoso, al descubrir que le había dado a usted me alejé de allí y casi de inmediato me tropecé con mi esposa. Tuvimos una violenta discusión, de la que imagino le habrá hablado...

Fumó unos instantes, luego miró con fijeza a Braddock.

—Tenga cuidado con Elizabeth. Sospecho que trata de convertirlo en homicida, profesor.

Braddock se sobresaltó.

—¿En homicida?

—Induciéndolo a asesinarme, sí. Para ella sería la solución ideal. Usted me mata, hacen aparecer mi muerte como causada en el accidente aéreo, lo declaran así cuando vengan a recogerle a usted sus amigos, nadie exhuma el cuerpo para realizar investigaciones...

—Olvida a los otros supervivientes, señor Sturgeon.

—No los olvido, ni mi esposa tampoco. ¿Quiénes son los demás supervivientes? Dos hombres seriamente heridos. Razzola no sobrevivirá y Muncacks, con su pierna fracturada y sus otras lesiones, podrá perfectamente ser liquidado de forma aún más factible que yo mismo. En cuanto a la señorita Harrow... bueno, supongo que usted conoce a las mujeres.

—Pues no mucho, la verdad.

—Entonces se lo explicaré. Elizabeth se ha hecho unas muy femeninas ilusiones con usted, sin género de dudas. Le estorba al máximo la señorita Harrow, tratará de convencerlo para que me quite de en medio en un accidente simulado y luego que lo haya hecho, poniéndose en sus manos, ella se encargará de asesinar a la señorita Harrow. Después, sólo quedarán los heridos. Y aún les sobrá tiempo para arreglar de modo convincente toda la «mise en scène». Tienen la coartada perfecta, el accidente aéreo. Murieron todos menos dos o tres heridos muy graves y Elizabeth que por uno de esos inexplicables caprichos de la suerte quedó ilesa al ser despedida por el choque al agua. Los heridos fallecieron por lógica imposibilidad de curarlos ya que usted carecía de medios aquí. ¿Quién va a hacer preguntas? Si exhuman los cadáveres hallarán mayoría de verdaderas víctimas del accidente, tres o cuatro con heridas de bala explicables por la misma historia del loco que obligó a desviarse al avión. Nadie podrá contradecirles, cuando saquen al aparato se reformarán las pruebas en su favor.

—Pero... Yo no pienso acceder a matarlo, de ninguna manera...

—Desde el principio me ha parecido un hombre honrado, profesor y es por eso que he querido ponerlo en guardia. Créame, mi esposa no merece la pena, carece de sentido moral. En cambio,

la señorita Harrow sí la merece. Yo, en su lugar, trataría de protegerla.

—¿Me está insinuando que lo ayude a librarse de su esposa, señor Sturgeon?

—No. Usted espere, no me crea ni tampoco a nadie actúe por su propio discernimiento. Si mi esposa le propone asesinarme sabrá que le dije la verdad. En tal caso, tampoco le voy a exigir que se convierta en criminal, bastará con que llegado el momento atestigüe que Elizabeth estaba muerta cuando el mar la trajo a la isla, junto a los otros...

CAPÍTULO IX

CADA uno de los cónyuges está deseando librarse del otro por la vía rápida y ambos pretenden que yo les ayude. ¿No le parece una excitante situación?

Susan Harrow le sostenía la mirada sin demostrar sus pensamientos. Estaban ambos solos, en la costa, pescando él. Y era la media tarde.

—¿Por qué me lo ha contado? —inquirió ella con serenidad, Braddock hizo una mueca expresiva.

—Creí que le interesaría saberlo. En cualquier caso, su vida correría peligro.

—Usted demostraría ser un estúpido aceptando la propuesta de cualquiera de ellos. Pero yo no lo creo estúpido.

—Gracias, no lo soy, o al menos no me tengo por tal.

Ella desvió su mirada al mar. Sólo un instante, luego sus maravillosos ojos se fijaron en los de Braddock.

—Hay una tercera alternativa —dijo, pausada—. Y supongo que ha pensado en ella.

—No sé exactamente a qué se refiere...

—Lo sabe muy bien. Podemos aliarnos para asesinar a los Sturgeon y quedarnos solos en la isla. En tal caso, nuestra historia sería esencialmente la misma.

Braddock suspiró.

—Usted es muy aguda de perceptibilidad, señorita Harrow.

—La vida me ha enseñado. ¿Es eso lo que ha venido a proponerme?

—No, no... Desde luego que no. No soy un asesino, de hecho me horroriza la idea de matar a un semejante, sólo soy un estudioso, un investigador, un profesor...

No eran precisamente alentadores los ojos de la hermosa mujer. Y eso que estaba arrebatadoramente guapa y deseable.

—También es un hombre —dijo—. Y no ha resistido demasiado a las desvergonzadas iniciativas de esa mujer.

—Para ser una «strip-teaser» demuestra usted un curioso sentido moral...

Era un agudo ataque, pero ella lo paró con habilidad.

—Tal vez por serlo me desagrada tanto la actitud de esa mujer. Si le digo que me siento a cien codos por encima de la señora Sturgeon, yo, una «strip-teaser» no se lo digo porque sí.

Su voz no alzó el diapasón, sonaba tranquila, pero vibrante, cuidada, escogiendo cuidadosamente los términos y dándoles toda su carga explosiva como solo una mujer muy bien educada, muy culta, podría hacerlo. Braddock advirtió que estaba traicionándose en aquella aparente serenidad.

—Estoy de acuerdo con usted, Susan —dijo, pausado—. ¿Me permite decirle algo ahora?

—Dígamelo.

—Nunca antes me había tropezado con dos mujeres como usted y Elizabeth Sturgeon. Es como si hubieran trocado los papeles, ella se comporta como siempre imaginé que habían de comportarse las «strip-teaser» y usted como una dama. No puedo resistirme a las iniciativas de ella porque soy un hombre normal y porque no tengo escapatoria de veras...

—Ahórreme detalles, no me interesan.

—Lo comprendo. Pero debo insistir. Usted me atrae más que ella, me gusta mucho más físicamente, cosa lógica porque es más joven y mucho más hermosa; pero además me atrae de otro modo más fuerte, más limpio, más completo.

—Déjelo estar, ¿quiere?

—No. Tengo que decírselo y debe escucharme. Repito que no corre peligro, no volveré a tratar de abrazarla, y todo lo demás. Pero mentalmente yo la deseo con todas las potencias de mi ser. La diferencia consiste en que la deseo de un modo limpio.

Las magníficas, misteriosas, seductoras pupilas lo miraron de un modo raro. Centelleaban puntas de esmeralda en ella.

—¿Aun sabiendo que soy una «strip-teaser» profesor?

—Aun sabiéndolo. Y es eso lo que trato de decirle. Pienso

protegerla contra las maquinaciones de los Sturgeon.

—¿Llegaría incluso al crimen, para protegerme?

—No sé... En este caso supongo que se tratará de defensa propia.

—¿Cómo lo podríamos justificar?

—Si nos quedáramos solos, la justificación sería ante nuestra conciencia. No soy un asesino, no soy ni siquiera belicoso; pero pensando que puedan causarle a usted algún daño me siento capaz de todo, incluso de matar.

Ella lo miró de un modo profundo, una rara y desazonante mirada. Luego sonrió... una sonrisa de dientes afuera, muy engañadora y cautelosa.

—Ha dicho algo maravilloso, profesor. Le daría un beso por ello si no supiera que su boca está llena de sabor de los sucios besos de la señora Sturgeon —dijo dulcemente. Y lo dijo de tal modo que a Brad Braddock se le erizó el vello de la espalda.

Al atardecer, las dos mujeres se reunieron fuera de la cueva. Ambas se mostraron de lo más diplomáticas.

—Parece que al fin se ha decidido a actuar de acuerdo con mis indicaciones...

—Pero con muy escasos resultados.

—Presiónale. Hay que lograr de ese hombre que se convierta en dócil instrumento de nuestros deseos. Ya nos hemos librado de Norrie, ahora deben morir mi flamante marido y los dos heridos graves. A propósito, Razzola está listo, no nos hará falta tocarlo, se va a morir por causas de las lesiones internas que sufrió en el accidente aéreo. No le quedan más de cuatro o cinco días.

—Y cómo cree que podremos lograr que el profesor mate a los otros. Emplee a fondo todos sus recursos, enloquézcalo. Será fácil, es hombre muy normal y, aunque razonablemente inteligente, tan infantil como todos los norteamericanos. Mantenga fría la cabeza, utilice sus encantos como usaría cualquier otra arma. Y no olvide que necesita entrar en los Estados Unidos sin problemas aduaneros.

—No resultará difícil si sabemos actuar debidamente, ya se lo he dicho. Bastará con borrar todas las marcas de las tumbas de los muertos en el accidente aéreo, cuando lleguen aquí los amigos de Braddock con su barco camaronero usted y yo seremos dos amigas que salieron de excursión imprudentemente en una motora, con un

nativo, desde cualquier población de la Baja California. El individuo se puso molesto y nos trajo lejos de la costa tratando de violarnos mediante el chantaje de no dejarnos regresar, pero al llegar aquí y descubrir al profesor le entró miedo y huyó, dejándonos con él en la isla.

—¿Usted cree que se lo creerán?

—¿Y por qué no? Afortunadamente ambas conservamos nuestros maletines y nuestros pasaportes, ha sido una gran suerte. Los que lleguen no hallarán nada sospechoso, vamos a tener tiempo sobrado para borrar toda huella de lo realmente sucedido. Creerán al profesor porque es su amigo, a nosotras porque somos dos mujeres norteamericanas. Nos llevarán con ellos a un puerto de los Estados Unidos, tal vez a San Diego, y una vez allí nos escabulliremos.

—¿Y Braddock?

—Habrá que contentarlo. Y el mejor modo de embaucar a un hombre es haciéndole creer que es una especie de superhombre.

Razzola estaba ciertamente muy mal. Sus lesiones internas habían acabado con él poco a poco y lo más del tiempo se lo pasaba inconsciente, o delirando. Lo que en sus delirios decía sólo muy a medias pudo concretarlo Braddock, pero resultaba de lo más interesante. Lo comentó ahora con el inefable señor Sturgeon.

—Al parecer Razzola es un individuo de cuidado...

Los negros ojos del presunto tendero lo miraron fijamente.

—Es un delincuente profesional, sin lugar a dudas. Por lo visto tiene mucho que ver con tráfico ilícito de drogas, al menos eso es lo que pude deducir de sus delirios. No se perderá nada con su muerte. Y a propósito de eso, ¿no le ha pedido aún mi esposa que me elimine?

—Todavía no. Y a decir verdad creo que sus temores son infundados, ella no me ha dado la impresión de ser esa clase de mujeres calculadoras y crueles, sino más bien algo ¿cómo diría?, inconsciente.

Sturgeon se limitó a esbozar una fina, enigmática y algo irónica sonrisa.

—Le va a pedir que acabe conmigo, profesor —insistió—. Pero recuerde, Elizabeth no apunta sólo a mí, sino a la muy atractiva señorita Harrow...

Y luego Razzola se murió.

Ocurrió al octavo día después del accidente aéreo, tres después de la desaparición nocturna de Norrie. Se murió como suelen morir aquellos que tienen varias costillas fracturadas, el hígado hecho cisco, un pulmón perforado y otras minucias del mismo género, echando sangre por la boca de un modo bastante desagradable de contemplar. Las dos mujeres prefirieron no contemplarlo, con muy buen acuerdo, y se marcharon a tomar el aire mientras los dos hombres útiles aguantaban mecha hasta el final. Luego le tocó a Braddock bailar con la más fea, lo que significa que debió cargarse el cadáver a la espalda, caminar con él una distancia prudencial, dejarlo allí, echar mano a la pala, cavar una tumba decentita y meter en ella al presunto traficante clandestino de drogas, que así acabó su asandereada existencia. Dado que él no estaba con ánimos de rezar y ni los Sturgeon ni Susan Harrow se acercaron por el lugar donde cumplía su pesada e ingrata tarea a la luz declinante del crepúsculo, una vez terminada prefirió dejar las cosas como estaban, se fue a darse un baño a la cercana playa y al terminarlo se tumbó en la arena a reflexionar acerca de la situación.

No muy lejos de allí, el señor Sturgeon se encontraba confortablemente acomodado en un hueco entre las rocas, encima de una de las caletas de la costa, profundas, de aguas claras, examinando algo que sin duda poseía para él gran valor o interés. Pero como en realidad acababa de ocultarse el sol y ya iba quedando poca luz, guardó su tesoro, salió del agujero y se dispuso a trepar a lo alto del acantilado.

Era aquél un lugar realmente tranquilo, abrupto y hermoso, de una desolada belleza. Algunas golondrinas de mar y gaviotas, un par de petreles y otros tantos Albatros andaban revoloteando por allí. Ellos lo vieron.

La mujer emergió de pronto como a unos cincuenta metros de distancia del señor Sturgeon. Debía haber estado oculta entre las rocas, o tal vez lo buscaba. Pero desde luego no lo estaba buscando con amorosas intenciones. La hermosa pistola que empuñaba, provista de silenciador, rebrilló al ser herida por la luz crepuscular.

Quiso Dios que el señor Sturgeon se moviera hacia ella cuando terminaba de apuntarlo. Y como él tenía la claridad de espaldas, la pudo ver perfectamente. Sobresaltado, hizo un gesto brusco de

protección y fuga...

No hubo ruido, el leve «plop» del arma ni siquiera llegó a los oídos de Sturgeon. Éste vaciló unos momentos, luego cayó de rodillas. De hecho resultaba un blanco magnífico, recortado sobre la salediza roca...

La mujer disparó de nuevo en el mismo instante en que Sturgeon dejábase caer, o caía, por el borde de la roca donde se hallaba y que acababa de escalar. El hombre desapareció.

La mujer se acercó con paso vivo, empuñando la pistola. Al llegar al punto donde estuvo su víctima miró abajo...

Sturgeon debía haber caído primero a una roca como a metro y medio más abajo, pero no se quedó allí porque su fornido cuerpo no cabía en aquella cornisa. De hecho podía vérselo ahora flotando, unos ocho metros más abajo, en la poza de aguas verdiazules. Flotaba boca arriba, inmóvil, con su brazo en cabestrillo y el otro algo extendido, las piernas abiertas en aspa... Desde la altura podía distinguirse la sangre en su cara, en su pecho. Debió haber ido rebotando por las rocas y por las trazas estaba totalmente muerto. La marea, que estaba en pleno descenso, ya iba llevándoselo hacia fuera. Pronto darían cuenta de él los tiburones.

Eso debió pensar la mujer, porque con una sonrisa satisfecha, se quedó mirándolo alejarse, miró luego a todo alrededor, le quitó el silenciador a la pistola y se lo guardó. Luego, y tras otra ojeada tranquila, desdeñosa, a Sturgeon dio media vuelta y se alejó.

Cuando se hubo cansado de reflexionar acerca de la situación, Braddock se levantó ya descansado el cuerpo, recogió su ropa, se la puso, tomó la pala y regresó a la cueva. Anocheceía rápidamente y comenzaba a salir la luna en creciente.

Distinguió el leve resplandor de la hoguera saliendo de la boca de la cueva y suspiró diciéndose que ya eran sólo cinco. Dos extraordinarias mujeres, un no menos extraño hombre, un herido que podía ser cualquier cosa a juzgar por todo lo ocurrido, y él, Brad Braddock, que vino a Natividad a pasar unas tranquilas y solitarias vacaciones...

Las dos mujeres estaban alistando la cena en silencio, ambas acucilladas junto al pequeño hornillo de alcohol. Muncacks, el de la pierna rota y otras lesiones, daba la impresión de haber recibido como un reactivo la muerte de Razzola, estaba sentado, reclinado

en la pared de la cueva, mirando fijamente a las mujeres.

Ellas lo miraron al oírlo entrar. Dos enigmáticas miradas femeninas, dos sonrisas que podían significar cualquier cosa...

El que no estaba era Sturgeon.

CAPÍTULO X

DEBE estar aun montando guardia en la atalaya —repuso con naturalidad la señora Sturgeon a la pregunta de Braddock—. O se habrá demorado dando un paseo.

Podía ser. Pero Braddock comenzó a sentir frío en la espalda. Y cuando pasó otra media hora, se hizo de noche y Sturgeon no apareció, el frío se le volvió escalofríos.

Ellas no parecían preocupadas.

—No puede haberle sucedido nada, aquí sólo estamos nosotros.

—Supongamos que ha sufrido un accidente. A mí me ocurrió la otra tarde.

Lo dijo mirándolas y ellas captaron su intención.

—No me lo parece. Pero de ser así, la señorita Harrow lo sabría.

—No lo he visto desde una hora antes de ponerse el sol. —Yo tampoco. Sé que subió a la atalaya cuando usted fue a enterrar a Razzola. ¿Sugiere que pueda haberle ocurrido algo? Es absurdo...

Braddock lo consideraba cualquier cosa menos absurdo. Y vio en los ojos de Muncacks que el otro compartía su opinión, aunque guardara silencio.

—¿Cuándo vio usted a Sturgeon por última vez, señor Muncacks?

—No puedo calcular el tiempo, pero aún era de día. Mi reloj se estropeó en el accidente aéreo. Dijo algo de irse a dar un paseo.

—Ya tendría que estar aquí. No me gusta nada...

—¿Quiere usted ponernos nerviosas? ¿Adónde va a ir mi marido?

Era una pregunta perfecta. Brad suspiró.

—Voy a salir a buscarlo. Ustedes quédense aquí y no se muevan. Ellas se mostraron curiosamente dóciles...

Era una hermosa noche de luna, con una brisa fresquita y muy agradable pero Brad Braddock se sentía cualquier cosa menos a gusto. Y tenía la absoluta certeza de encontrarse con el llamado Sturgeon más frío que el mismísimo Razzola y listo para que le abriera una fosa.

Con la claridad lunar resultaba relativamente fácil recorrer el terreno aparte, de que él ya se conocía la isla como la palma de su mano. Comenzó la búsqueda llamando a Sturgeon, pero sus voces se perdieron en el aire rebotando en el silencio, un silencio de siniestra significación.

Poco a poco la certeza llenó su espíritu. Y cuando al cabo de dos horas de búsqueda, primero a lo largo de todo el perímetro de la isla, luego trepando sucesivamente a los dos cerros, finalmente escudriñando la cañada ya sin luz de luna, todos sus esfuerzos resultaban baldíos, decidió retornar a la gruta convencido de que no volvería a ver nunca más al presunto tendero de Iowa.

Como había pedido, las dos mujeres estaban en la cueva, con los rostros impenetrables Susan Harrow dijo con voz ronca, baja y clara en la que había una nota acerada:

—Imposible. Debe de estar en alguna parte. No se ha podido ir de la isla.

—Desde luego. Pero puede que haya quedado en tal condición que no pueda contestar ninguna clase de llamadas.

Volvió a hacerse el silencio, ahora opresivo. Lo rompió con una curiosa voz, de timbre rasposo, metálico la señora Sturgeon.

—¿Quiere decir que puede estar muerto?

Antes de contestar, él miró a las dos mujeres. Habría dado cualquier cosa por saber qué estaban pensando. Pero era imposible.

—Lo sabremos mañana, en cuanto se haga de día —dijo duramente—. Mientras, sugiero que todos nos vayamos a dormir.

—¿Dormir? Si mi marido está malherido o inconsciente, si le ha pasado algo, debemos buscarlo...

—Ya lo busqué, sin resultado, y había luna. La noche es ahora tan oscura que nada puede hacerse.

—Suponiendo que le haya ocurrido algo.

—Deme una razón para que a él le guste jugar al escondite —dijo Braddock mirando con fijeza a Susan Harrow, cuyos magníficos ojos eran más enigmáticos que nunca. Ella no se inmutó.

—Sturgeon le dijo a usted que temía por su vida, usted me lo contó. Temía que su esposa lo convenciera para asesinarlo.

Fue curiosa la calma de la señora Sturgeon. Pero sus oscuros ojos parecieron volverse de ópalo, su voz se acercó:

—¿De veras querida? A mí, en cambio, me manifestó sus temores de que usted y el profesor se conchavaran para asesinarnos a los demás.

—Y a mí me dijo que temía que usted me incitara a matarlo y luego asesinar a la señorita Harrow. Diríase que se trata de un caso de manía persecutoria. ¿Verdad? Pero el caso es que ha desaparecido en un lugar donde es de todo punto imposible desaparecer.

Se miraron en medio del silencio, Muncacks no les quitaba ojo. Y habló ahora con voz bronca, seca:

—Sturgeon me curó muy bien y le estoy agradecido, pero es un pillo, un ladrón. Lo vi registrar las ropas de Razzola y las mías propias, así como todo lo que hay aquí perteneciente a los demás, en ocasiones que nos imaginaba a Razzola y a mi inconscientes, y ustedes estaban fuera de la cueva.

—Con lo cual se cierra el círculo —dijo Braddock esbozando una dura sonrisa—. Bien, me parece que no llegaremos a nada discutiendo ahora el asunto, lo mejor será tratar de dormir.

—Yo no voy a quedarme aquí dentro —dijo Susan Harrow con su clara voz—. No me sentiría segura, no podría dormir.

—Lo mismo puedo decir yo con más razón —repuso la señora Sturgeon con veneno—. O todos juntos o que cada cual se las arregle como pueda.

No era miedo. Aquellas dos mujeres simplemente desconfiaban cada una de la otra. Y posiblemente, también de Braddock. Éste, por su parte, sentíase cansado y abrumado, irritado, nervioso.

—Hagan lo que les plazca —gruñó—. Pero si a una de ustedes le ocurre algo, tanto desaparición como accidente, yo me daré el placer de estrangular a la otra y ya me las arreglaré para explicar el hecho a las autoridades con la ayuda del señor Muncacks.

—Ayuda que le prestaré de buena gana —gruñó a su vez el herido.

Las dos mujeres parecieron sosegar ante la amenaza. Al menos no rechistaron, luego cada cual tomó su manta y marchó a

tumbarse a un rincón de la cueva, mientras los dos hombres las miraban y se miraban en silencio también.

Braddock apagó la lámpara y se dijo que no sentía ni pizca de sueño. La desaparición de Sturgeon ponía las cosas al rojo candente, eso era todo.

Cuando finalmente se durmió lo hizo con la certeza de que, en cualquier caso, a él no iban a atacarlo, por la sencillísima razón de que cualquiera que entre los supervivientes del desastre aéreo, hombre o mujer, deseara quedarse solo para contarlos, necesitaba de modo imprescindible su colaboración para explicar lo allí ocurrido de modo razonable. También abrigó la esperanza de que las mujeres se abstendrían de atacarse una vez advertidas.

De todos modos durmió poco. Estaba aclarando cuando se despertó y lo primero que advirtió fue que Muncacks estaba despierto. En cambio ellas dormían, arrebujadas en sus mantas. Dos estupendas mujeres... cualquiera de las cuales podía ser una asesina.

—No pegué ojo en toda la noche —dijo Muncacks en tono bajo—. Puedo dormir durante el día... si usted está cerca vigilando.

Braddock se movió despacio hacia él, sin dejar de vigilar a las mujeres.

—¿Tiene algo que decirme?

—Sí, pero no ahora. Cualquiera de ellas puede estar fingiéndose dormida. Luego, si encuentra a Sturgeon muerto... o no lo encuentra...

Braddock se dijo que la cautela del otro era muy natural.

Las dos mujeres se despertaron con escasa diferencia de tiempo e hicieron exactamente lo mismo. Alzarse, mirar a los dos hombres, dar secamente los buenos días, salir de la cueva con su peine y una de las dos toallas de Braddock, lavarse someramente con agua, salada previamente traída en una lata y dejada fuera de la cueva, peinarse y regresar para el almuerzo. Cuando retornó la Harrow se despertaba la Sturgeon y así ninguna de las dos cambió palabra con la otra. Semejaban tan expresivas como la Esfinge.

El almuerzo de chocolate, pan y un poco de agua fue tomado en silencio por el cuarteto. Luego Braddock tomó la palabra.

—Nos vamos a ir a registrar la isla palmo a palmo. Iremos los tres juntos y nadie se separará de los demás bajo ningún pretexto.

¿Algo que objetar?

—Cuanto antes salgamos, mejor —dijo secamente Susan Harrow. La señora Sturgeon siguió demostrando un muy relativo interés por la suerte que su esposo hubiera podido correr.

Era una espléndida mañana y desde luego nadie hubiera podido ocultarse en la pequeña isla por mucho tiempo a una inspección, caso de haberlo deseado. El hombre y las dos mujeres treparon a lo alto de los cerros, otearon todo el perímetro de la isla, registraron las abruptas laderas, metieron las narices en la docena de cuevas pequeñas que había en la barranca y otros puntos, registraron el suelo, las playas... Toda la mañana se la pasaron en aquella tarea de pieles rojas y sin el menor resultado.

—No está en la isla —dijo Braddock finalmente—. Sí algo es seguro sin lugar a dudas es que no está en la isla.

—Eso resulta evidente —dijo la señora Sturgeon—. El problema, ahora, consiste en saber quién lo ha hecho salir de ella, supongo que contra su voluntad. ¿Por qué no tratamos el asunto con un mínimo de sinceridad?

—No me agrada esta situación...

—Pues debería agradecerle. ¿No es así señorita Harrow?

Susan Harrow asintió, pausada, murando a Braddock fijamente.

—Depende de la clase de hombre que sea él.

Braddock se colocó a la defensiva.

La señora Sturgeon sonrió. Tenía una deliciosa sonrisa.

—Es de lo más sencillo, querido Brad. Creo que conseguimos nuestro objetivo, pero si usted se empeña en mostrarse como un inocente receloso pondrá las cosas más difíciles. ¿Por qué no admite, luego de este largo y agotador paseo, que mató a mi marido anoche o bien se lo echó a los tiburones o bien lo ha enterrado por ahí, con los demás?

Braddock tragó saliva. Luego miró a sus interlocutoras preguntándose cual sería en realidad el juego que llevaban.

—De modo que lo he matado yo...

—O yo, o la señorita Harrow, para el caso creo que da lo mismo. Cualquiera de nosotros tres que lo haya hecho sin duda tomó sus precauciones, sin duda, no puede probar que no lo hizo. Y eso nos lleva al punto deseado. Usted está del todo seguro, Brad. Aparte de ser un buen mozo muy agradable, nosotras, las dos, lo necesitamos,

es nuestra coartada, nuestra certeza de que nada de lo aquí sucedido se descubra. Por tanto yo como Susan Harrow estamos dispuestas a demostrarle nuestro agradecimiento del modo más completo y en la medida de nuestras posibilidades. Dígaselo usted también, querida.

—Los tres estamos metidos hasta el cuello en esto, profesor. Usted nos ayuda y nosotras vamos a convertirlo en un hombre muy satisfecho de vivir. Aquí, ahora, y después, en California.

No había forma humana de resistir a aquellas dos mujeres; no, en la situación que Braddock se encontraba. Lo que podía hacer lo hizo, heroicamente.

—Escúchenme... Yo no maté a Sturgeon... no he matado nunca a nadie... Pero... pero no puedo probarlo, claro... Yo... yo necesito tiempo para acabar con Muncacks, debo... hallar un medio...

—Nos hacemos cargo de eso, cariño. No es preciso que lo haga ahora. Él no durmió anoche, sin duda seguirá despierto, por miedo, pero tiene confianza en ti. Ahora vas a la cueva, le dices que no hemos encontrado a mi marido, lo que se te ocurra, di que desconfías de nosotras, que debe dormir de día para velar de noche. Y cuando se duerma...

Muncacks estaba muy despierto y receloso, desde luego.

—¿Dónde las ha dejado? —Fue su primera pregunta al verlo entrar en la cueva. Braddock se lo dijo acercándosele.

—En la playa del Norte, bañándose. No hemos hallado rastro de Sturgeon.

—No me sorprende. Una de las dos debió asesinarle ayer.

—¿La esposa...?

—No es su esposa. Escuche, profesor. Usted es súbdito americano y es un hombre, tiene que ayudarme, ayudándose a su vez.

—Bueno, no imaginaré que soy un homicida...

—Lo he estado estudiando todos los días. No, ni tampoco yo soy un hotelero de vacaciones. Mi nombre es Sam Bulwer y pertenezco al F.B.I. Departamento de Inmigración.

Braddock respiró ligeramente, mirando a su interlocutor.

—¿Quiere decir... que es un policía federal?

—Exactamente. Iba en misión especial en ese maldito vuelo. Todos los pasajeros del avión eran gente que por una u otra razón

no podía entrar legalmente en nuestro país y querían hacerlo de modo clandestino.

—Pero eso es fantástico...

—Toda la historia lo es desde un principio. Hay una banda en México especializada en introducir inmigrantes clandestinos en nuestro país. El sistema es a la vez ingenioso y disparatado, precisamente por eso había tenido éxito. A sus clientes les proporcionan documentación perteneciente a gentes vulgares, anodinas, no fichadas por la policía o bien a americanos que llevan mucho tiempo en el extranjero, cambiando hábilmente las fotografías de los pasaportes. Luego son citados en lugar y hora distintos para cada uno, se les entrega la documentación y se les alecciona acerca de lo que deben hacer. A su debido tiempo son recogidos por un vulgar vehículo de alquiler y trasladados a un abandonado campo de aviación en las tierras desérticas de Coahuila, allí subidos a un avión, que los conduce al desierto de Arizona. Cuando llegan al desierto los pasajeros deben lanzarse en paracaídas...

—¿En... paracaídas?

—Reciben unos cursillos intensivos a cargo de adiestradores profesionales, como el paracaidismo deportivo está de moda no se hacen sospechosos. Como le digo, una vez sobre determinado punto del desierto, al norte de la frontera, se lanzan en paracaídas sobre una zona ya marcada. A la mañana siguiente todos ellos van por las carreteras de nuestro país en un autobús de una compañía privada como pacíficos turistas disfrutando de unas vacaciones. Luego van a parar a Los Ángeles y allí se diluyen.

—Vaya... Así se explican tantas cosas...

—Ni Sturgeon se llamaba así, ni era un tendero, ni por supuesto, estaba casado con esa mujer que pasaba por su esposa. Nadie a bordo del avión, me refiero al pasaje, era lo que fingía ser. A nosotros nos costó mucho trabajo averiguar ese tejemaneje y a mí no poco entrar en ese maldito vuelo. Debía localizar el punto de aterrizaje, conocer el sistema completo de distribución... Ya estaba a dos dedos de alcanzar el éxito cuando aquel maldito loco se le ocurrió sacar la bomba y la pistola.

—Pero... ¿era un loco de veras?

—Como una cabra. O tal vez no, bien pudo ser un delincuente

actuando según un plan preconcebido. Pero los dos motores del viejo cacharro fallaron... y nos vinimos abajo.

Hizo una breve pausa para añadir:

—Ahora ya sabe por qué ellas tienen tanto interés en no dejar testigos. Sólo les interesa llegar a los Estados Unidos y desaparecer sin dejar rastro. Lo necesitan a usted, se pondrán de acuerdo para dominarlo mediante ofertas amorosas y le pedirán que me mate. Si tal hiciera usted estaría, puesto que una vez fuera de la isla, en los Estados, resultaría un cómplice demasiado peligroso, y lo eliminarían con la misma sangre fría que han utilizado para matar a Norris y a Sturgeon.

—Entonces, usted cree que ahora tratarán de convencerme de que debo matarlo...

—Estoy seguro. Y la única posibilidad para nosotros consiste en engañarlas.

—Pero... ¿Cómo?

—Finja aceptar. Hay unas pequeñas cuevas en la isla, ¿verdad?

—Sí...

—Dígales que necesita algún tiempo para hacerse a la idea, vacile, que no lo vean aceptar de inmediato o podrían recelar. Luego se las arregla para conseguir que se alejen de aquí, me carga a hombros y me lleva, como si me hubiera matado, como a enterrarme. Ellas no se le acercarán, seguro, no quieren aparecer ante usted como, arpías capaces de todo y carentes de sensibilidad, le dejarán el campo libre. Me deja en una de las cuevas, con un poco de agua y algunos alimentos, luego déjese querer. Cuando lleguen sus amigos, los del camaronero, será la oportunidad para atraparlas...

Brad Braddock dejó la cueva y se encaminó hacia la playa. Pero no lo hizo abiertamente sino tomando muchas precauciones, tantas como pudiera tomar un piel roja del siglo pasado al acercarse a un campamento de rostros pálidos.

Era absoluta la soledad de aquel lado de la isla y las olas de la marea alta golpeaban con fragor las rocas de los acantilados. Brad Braddock llegó a su destino, se agachó entre unas rocas, metió la mano y extrajo algo que examinó con ceño fruncido.

Aquel objeto era un casquillo de bala.

Dos horas y media antes él había descubierto el casquillo casi

por pura casualidad. Una de las mujeres estaba a diez o doce metros a su derecha, la otra casi a igual distancia a su izquierda. No se agachó y con el pie, de modo natural, había echado al casquillo a la arena acumulada al fondo de una pequeña gruta entre dos rocas.

Ahora, tras examinarlo atentamente, paseó despacio la vista por todo alrededor. Luego se acercó a la roca lisa sobre la cual Sturgeon se hallaba al recibir el primer balazo la tarde anterior. Luego él saltó a la plataforma que había metro y medio más abajo, se arrodilló en aquella estrecha cornisa de roca y recogió algo. Un truco de arcilla seca...

Ahora bien, el único lugar de la isla donde había arcilla estaba justo al lado opuesto de la isla. Sturgeon la había utilizado, a falta de yeso, para escayolar la fractura de la pierna de Muncacks, el tórax de Razzola y su propio antebrazo, todo con la ayuda de Braddock y de las mujeres.

Braddock continuó descendiendo y examinando el terreno, mejor dicho, las negruzcas rocas, luego se despojó de sus ropas y se zambulló en la poza de agua limpia, tras comprobar que no andaba cerca ningún tiburón.

No mucho más tarde, con el ceño fruncido, salía del agua, volvía a vestirse y trepaba a lo alto del acantilado, dándole la vuelta. Al llegar abajo volvió a desnudarse, llegóse a una roca encima del agua y se zambulló de nuevo.

Ahora nadó cosa de unos diez metros, rodeando una aguda roca vertical, luego buceó.

Como a dos metros por debajo de la superficie del agua se abría la negra boca de una cueva.

Braddock se introdujo por ella sin vacilar, nadó tal vez cuatro o cinco metros y luego emergió, buscando con la mirada.

Se encontraba en una caverna más bien pequeña, ovoide, cubierta en sus tres cuartas partes por el agua verdiazul. Le entraba luz desde el exterior por unas grietas no grandes, la suficiente para poder distinguir al hombre tendido sobre la arena acumulada al fondo, una media luna cuya anchura máxima no sobrepasaba los dos metros.

—Sabía que me iba a encontrar —dijo Sturgeon con voz débil, ronca.

Saliendo del agua, Braddock se arrodilló junto a él.

—¿Qué le pasó?

—Tengo un proyectil en el costado, pero ya me curé lo mejor posible y aunque he perdido bastante sangre la herida no es seria. Pero escapé a la muerte de milagro.

—¿Quién le disparó?

—Una de ellas.

—¿No la vio?

—No. Yo estaba de espaldas, sentado en lo alto de la cornisa, sobre la poza. Debe usar un silenciador, oí sólo el golpe contra mi costado, me supe herido y me tiré abajo, a la cornisa. Sabía que quien fuese vendría a averiguar lo que me había pasado y me remataría sin compasión, de modo que me lancé de cabeza a la poza. Si lograba hacerle creer que me había matado tal vez me pudiera salvar, pensé de modo que me hice el muerto en el agua. Por fortuna en mi juventud fui campeón universitario de natación. Pasé un mal trago, se lo aseguro, inerme y a merced de la asesina...

—¿Cómo sabe que era una mujer? Pude ser yo.

—Usted no podía ser, lo había visto no mucho antes enterrando a Razzola. Y me lo prueba el que esté aquí ahora.

—Ya. ¿Qué ocurrió luego?

—Ya se lo he dicho. Estaba bajando la marea y se me llevaba hacia fuera, seguí haciéndome el muerto y ella debió imaginar que me había matado, no volvió a dispararme, cuando la corriente me sacó de la caleta volví la cabeza y ya no estaba. Entonces nadé hacia aquí. Yo había descubierto la boca de esta cueva en una de mis exploraciones, era el mejor escondrijo que podía encontrar. Me costó, pero llegué. Con la marea alta no habría podido tal vez.

Tenía un balazo en sedal en el costado izquierdo y debía haber perdido bastante sangre, pero de algún modo se lo pudo taponar, toda una hazaña habida cuenta de su brazo izquierdo escayolado. Braddock se quedó mirándolo a los ojos, que le sostuvieron la mirada.

—Ni su esposa ni la señorita Harrow han demostrado mucha pena por su desaparición —dijo blandamente.

—Cualquiera de ellas que haya sido, y creo que fue mi mujer, debe sentirse muy a gusto ahora creyéndome muerto. ¿Qué piensa hacer?

—¿Qué me sugiere usted?

—Déjeme aquí, regrese y no les deje saber que estoy vivo. Una de las dos, yo imagino quién, es muy peligrosa y dispone de una pistola con silenciador. Mientras me crea muerto, usted estará seguro, pero si sospechara la verdad ni mi vida ni la suya valdría un dólar. Vuelva a la noche y me ayudará a salir de aquí y a esconderme en alguna de las cuevas pequeñas, no irán a escudriñarlas considerándome muerto. ¿Ya le han pedido que asesine a Muncacks?

—Sí. Las dos juntas.

—Es su juego. Se aliarán mientras lo consideren necesario, después cada una de ellas buscará deshacerse de la otra. Y si ven que no pueden, seguirán juntas hasta el fin, convencidas de que usted ha de cerrar la boca...

Era ciertamente una placentera y tranquila vacación, se dijo Brad Braddock mientras volvía a vestirse fuera de la cueva. Algo así como meterse en una jaula con dos juguetonas tigresas aptas para toda clase de diversión...

Iba pensando en ello y muy alerta, pero no estaba ni mucho menos prevenido para la sorpresa que le esperaba.

CAPÍTULO XI

LAS dos mujeres pasaron largo rato en la playa, retozando allí durante algún tiempo. Luego se vistieron. Y parecía haberse roto entre ellas algo que previamente las aislaba.

Se alejaron de la playa cogidas de la mano, pero pronto se soltaron y siguieron así hacia la caverna. Iban descuidadas y parloteaba animadamente la señora Sturgeon mientras la señorita Harrow parecía mantenerse pensativa.

Y entonces surgieron de detrás de las rocas los tres hombres.

—Hola, guapas. Vaya sorpresa...

Desde luego ellas se la llevaron gorda, porque estaban seguras de que en la isla no había otros hombres sino Brad Braddock y el lisiado Muncacks. La señora Sturgeon pegó un grito nervioso y Susan dominó otro a duras penas.

De los tres, ninguno era viejo. Uno tendría algo más de veinte años, moreno, de cabellos rizados, oscuros, y patillas abundosas, no mal parecido, boca abultada, más bien bajo. El otro, bajo también, pasaba de los treinta y era fornido, tenía un chirlo en la cara que no contribuía ciertamente a embellecerlo. El tercero andaba entre los veinticinco y los treinta, era feo, huesudo, algo más alto que sus compañeros. Empuñaban sendas automáticas, mejor dicho lo hacían dos de ellos, el tercero tenía una preciosa metralleta pavonada, del tipo de las usadas por los «marines» y los paracaidistas norteamericanos.

—Lo dicho, una total sorpresa —dijo el mozo con voz burlona mientras examinaba atentamente a las dos mujeres, atención que compartían sus compañeros—. Demontres, están estupendas, sobre todo la más joven, ¿eh, José?

El llamado José era el más alto, asintió con voz gruesa.

—Sí, Agustín. Pero sin duda no están solas aquí.

—Eso puedes darlo por seguro. A ver nenas, ¿por dónde andan vuestros hombres? Rápido.

Las dos mujeres cambiaron una mirada. Pasado el primer sobresalto, ambas demostraron estar muy avezadas a verse en situaciones comprometidas.

—Nuestros maridos están con nosotras, sí —dijo la señora Sturgeon—. ¿Quiénes son ustedes y cómo han llegado aquí?

—Por casualidad —el del chirlo no había aún hablado, pero lo hizo ahora de un modo que en el acto se notó era quien mandaba en el trío. Él era también el de la metralleta—. ¿Y ustedes cómo llegaron aquí? ¡Contesten!

—Pues... Verán... Salimos de pesca los cuatro, pero tuvimos un accidente, la embarcación se hundió, casi no nos dio tiempo a nada...

—¿Dónde están sus maridos?

—El mío ahí delante, en aquella caverna. Se rompió una pierna en el accidente... El de mi amiga fue a pescar...

—Ajá. Bien, hermosas, adelante, nos van a acompañar.

—Oiga, pero... ¿Quiénes son ustedes?

—Sus ángeles de la guarda, guapa —le dijo el llamado Agustín, acercándosele y tirándole un pellizco, lo cual provocó una protesta airada de la señora Sturgeon y una seca orden del que parecía mandar a los otros.

—Estate tranquilo, Agustín. Ustedes, sigan adelante y mucho ojo con alborotar, si no quieren quedarse viudas.

Ellas obedecieron, en silencio. Los tres hombres se colocaron a su espalda y así fueron hacia la cueva. Ante ella, el del chirlo ordenó:

—José, sube y mira qué hay ahí dentro.

José subió veloz, mientras los otros retenían bajo vigilancia a las mujeres y a la vez atendían a los alrededores.

Muncacks se había quedado dormido, no notó la aparición del llamado José, que tras echar una ojeada al interior retornó, avisando a sus compinches:

—Hay un tipo con la pierna rota y nada más. Duerme. —Es mi marido— aseveró con desenfado la señora Sturgeon. El de la metralleta les ordenó a ella y a Susan: cabían, desde luego, los seis

aunque algo apretados. Muncacks despertó sobresaltado y se quedó muy quieto al ver ante sus narices el cañón de la metralleta. Veloz mientras él miraba tratando de comprender, la señora Sturgeon le habló como nerviosa:

—¡No hagas nada, cariño, parecen piratas o algo así...! —Su mujer no anda muy descaminada, amigo— le advirtió con su mal inglés el de la metralleta. —Quédese tranquilo y ganará. Ustedes dos, siéntense.

Ellas obedecieron bajo las miradas interrogativas de Muncacks. El de la metralleta ordenó a sus compinches:

—Acomodaos. Vamos a esperar al otro.

—Oye, Niceto —dijo el llamado Agustín—. ¿Y si el tipo descubre nuestra embarcación? Sospechará...

—Es verdad... Quédate aquí, pero mantente alerta. Y deja tranquilas a las mujeres o tendrás que vértelas conmigo. Vamos, José.

Brad Braddock no había descubierto nada por la sencilla razón de que venía del lado Oeste de la isla. Por la misma avanzó alerta a la posible aparición de una hembra empuñando una pistola, pero sin pasarle siquiera por la mente la idea de que otra cosa pudiera suceder.

—¡Quieto, ahí, amigo!

Obedeció, sobresaltado y miró veloz hacia donde sonaba la orden. Al ver emerger al llamado Niceto parpadeó asombrado y cuando por detrás de otra roca salió el llamado José su entrecejo se frunció profundamente. Alzando las manos un poco quedó mirándoles llegar...

Ellos lo examinaron con atención suma.

—Así que eres el cuarto náufrago... —dijo Niceto con sarcasmo—. Da media vuelta y camina, que el sol escuece. Vamos a tranquilizar a tu mujercita, que vea no te hicimos ningún daño...

Braddock obedeció. Aquello estaba complicándose a marchas forzadas y exigía de él que pusiera contribución todas sus células grises.

Al entrar descubrió a Agustín, sentado a un lado de la cueva, pistola en mano, fumando y contemplando hambrientamente a las dos silenciosas mujeres. Ellas lo miraron al unísono con sendas expresiones de aviso. Y Susan Harrow hizo algo totalmente inédito.

—¡Brad, mi amor! ¿Te han hecho algo?

Se había levantado impulsiva y fue a echarle los brazos al cuello antes de que lo pudieran impedir. Braddock la cogió de modo instintivo, encorvado como estaba por la altura de la cueva.

—No, nada, Susan —contestó siguiéndole el juego—. ¿Y a ti?

—No. Nos sorprendieron...

—Basta de charla. —Niceto le plantó la metralleta en las costillas a Braddock y agarró con una mano a Susan, tirando de ella—. Usted a su sitio.

—¡No toque a mi mu...!

Braddock hizo lo que en su lugar haría un honesto y furioso marido norteamericano. Pero a su espalda saltó Agustín, golpeándole con la pistola y haciéndole caer de rodillas. Susan se agarró a él, gritando, Niceto la separó sin miramientos y golpeó a su vez a Braddock con la metralleta, dejándolo sin sentido.

Cuando lo recuperó se encontró amarrado como un ternero. Los tres intrusos estaban sentados cómodamente y habían guardado sus armas, todas las pertenencias del cuarteto estaban en medio de la cueva y debían haber sido concienzudamente registradas. Las dos mujeres, sentadas juntas, parecían haberse amoldado a la situación. Por la luz que entraba en la cueva ya debía ser media tarde.

Dándose cuenta de que estaba amarrado, Braddock mantuvo los ojos entrecerrados, aunque supo que al menos Susan Harrow ya había advertido su recuperación. Así pudo oír al menos lo que se hablaba.

Que no era mucho. Niceto, con la metralleta sobre las rodillas, fumaba despaciosamente mirando a las mujeres de un modo entre especulativo y falaz, José estaba sentado en la boca de la cueva, y Agustín comía despacio una parte de los víveres de ellos, ayudándose con una hermosa navaja automática, sin por eso dejar de mirar a las mujeres con hambrienta expresión.

—Juraría que me habéis mentido y si es así os aseguro que vamos a sacaros pronto la verdad del cuerpo —estaba diciendo Niceto—. De todos modos hay algo muy raro en vosotros cuatro...

—Le hemos dicho la verdad. —Susan Harrow mostró una serenidad muy de apreciar—. Y ustedes pagarán por lo que nos están haciendo cuando nuestras autoridades sean informadas de lo sucedido.

Niceto emitió una divertida risotada. Luego dijo, burlón:

—¿Os habéis enterado muchachos? Vamos a pagar por esto cuando las autoridades americanas se enteren... ¡Jo, jo, jo!

Los otros mexicanos rieron como lobos, también. Agustín se levantó limpiándose con el dorso de la mano la boca y se acercó a Susan, que se puso en guardia. Inclinado sobre ella la miró de modo significativo. Luego, inesperadamente disparó la mano y la abofeteó.

Susan gritó levemente, apretó la boca y contestó con un golpe no menos inesperado que cogió en mala postura a Agustín, haciéndole caer de asentaderas y modo poco airoso. Sus compañeros rieron mientras las dos mujeres se levantaban, pegando la espalda a la pared... pero cuando con una mala mirada y un insulto feroz en castellano el mozo inició su ataque se vio cortado en seco por una orden de Niceto:

—¡Déjala!

Agustín se refrenó a duras penas, mirando de reojo a Niceto.

—Déjamela, Niceto —dijo rabioso—. Le voy a dar a esta perra su merecido...

—Harás lo que te mande y nada más. Siéntate.

—Escucha, Niceto no me ordenes...

La metralleta se movió y apuntó al irritado mozo. Pero Niceto no alzó la voz. Hablaba ahora en castellano muy suave y arrastrado:

—Siéntate, «jijo de la chingada», no me obligues a darte un mero disgusto... Hay tiempo para todo.

—Ella me las va a pagar...

—Lueguito, «cuate». Te va sobrar tiempo, descuida. Hasta mañana temprano no llegan los otros a por la marijuana.

—Niceto dice bien —terció el calmoso José—. Déjala en paz ya te cobrarás luego.

Agustín se sentó finalmente, mirando de muy mala manera a Susan. Niceto les habló en inglés a ellas, imperioso y amenazador.

—Y bueno, palomas, ya me estáis ahuecando y quietecitas. ¡Ándele, siéntense!

Ellas le obedecieron. Muncacks estaba sombrío y no despegaba los labios, Braddock no se había movido, se sabía bien amarrado y sabía también otra cosa que lo hacía mantenerse tranquilo, fingiendo inconsciencia.

—Despiértame a ése —pidió al poco Niceto. Agustín pareció muy complacido con la orden, se levantó y se acercó a Braddock, pegándole un feroz puntapié en los riñones.

Dominando el vivo dolor, Braddock fingió medio reaccionar. Otro puntapié le hizo reaccionar del todo.

—¡Salvajes! —La voz airada de Susan llegó a sus oídos. Evidentemente ella estaba representando muy bien su papel.

Agustín se inclinó a agarrarlo por el cabello de un puñado y lo enderezó de un tirón brutal, mirando así a las mujeres.

—Aquí está tu hombre —le dijo rabioso a Susan—. ¿Por qué no le pides que te defienda?

—Soltadme las manos y te daré una pa... —Inició Braddock, ganándose un revés en la boca que se la llenó de sangre. De nuevo intervino Niceto.

—Déjalo estar.

—Oye...

—¡Qué lo dejes he dicho, «chingao»!

Una vez más quedó patente el dominio del hombre del chirlo sobre el mozo de malas intenciones. José continuaba silencioso.

—Nosotros somos gente muy cortés, y amable, señores —dijo Niceto con una calma irónica que estaba sobre todo en sus duros ojos de pedernal. Braddock lo comparó a un lobo viejo divirtiéndose con la presa que sabe segura, aunque los lobos de cuatro patas no suelen unir la crueldad a la ferocidad—. Sencillos hombres del pueblo que no están acostumbrados a tratar gente fina, como ustedes son... No nos gusta la pelea, ni la violencia, créanme. Lo que si nos agrada es la buena vida, y sobre todo las mujeres rechulas...

Hizo una pausa. Sí se regodeaba sin duda con algo que había planeado. Agustín ahora, enseñaba sus dientes de lobo joven a las mujeres. José era el único impassible.

—Por eso vamos a comportarnos muy cortésmente con ustedes, amigos. Ahora vamos a cenar... No sabemos las costumbres de su tierra, pero en la nuestra al huésped se le agasaja con lo mejor, así que nosotros comeremos de todo esto que tienen acá ahorita. No les importará claro, que no les demos. No somos gente fina, no tenemos modales...

Los cuatro prisioneros prefirieron callar. Ya estaba comenzando

a oscurecer dentro de la cueva aunque fuese de día aún allí fuera.

—Y bueno, veo que están toditos de acuerdo con nosotros... Entonces comeremos fuera, aquí estamos muy amontonados. De modo que vayan saliendo, las señoras primero.

Evidentemente Niceto tenía un plan. Las dos mujeres se levantaron y salieron, despacio, detrás de José, que había sido el primero. Niceto ordenó a Agustín:

—Sácame a los dos gringos con toda cortesía.

Agustín esbozó una sonrisa torva, se agachó agarró por ambas piernas a Braddock y lo tiró de espaldas, arrastrándolo luego fuera de la cueva y dejándolo allí mientras salía Niceto, con la metralleta bajo el brazo.

—José, ayuda tú a Agustín.

Sacaron a Muncacks con la misma delicadeza, sin hacer caso de su pierna fracturada. Aún no se había puesto el sol, pero ya estaba oculto a ellos por la cima del cerro negruzco-pizarroso. El cielo era un caliente esplendor de colores violentos.

Sacaron luego las mantas y los víveres así como la botella de tequila que antes trajera Agustín. No se daban prisa, con toda evidencia sabíanse dueños del tiempo y la situación. Cuando ya todo estuvo fuera, Niceto ordenó a los dos compinches:

—Con mucho cuidado y toda cortesía, mis cuates, tómenme a ese gringo y átenmelo a una de las acacias ahí abajo. Pero bien amarrado.

José y Agustín alzaron rudamente a Braddock y lo enviaron a empellones por la corta ladera abajo, cosa de una centena de metros. Mientras, Niceto indicó a las mujeres:

—Andando, palomas. Carguen con el lisiado y para abajo...

CAPÍTULO XII

LOS tres intrusos continuaron adelante con el plan que parecía haberse cocido en la mollera de Niceto. José y Agustín, llevaron a Braddock a la acacia más gruesa y procedieron a amarrarlo de manos y pies.

—Átale tú los pies —dijo José. Y cuando Agustín se arrodilló a hacerlo cambió una rápida mirada con Braddock.

Luego se puso a atarle las manos atrás, altas, al tronco retorcido de la acacia en el punto donde se bifurcaba.

—Ayuda a las mujeres —le dijo a Agustín cuando ya medio había terminado de atar las piernas de Braddock—. Yo acabo con éste.

Agustín no deseaba otra cosa, se levantó, miró a la cara de Braddock y le escupió, diciéndole luego con malignidad:

—Te vas a poder divertir de lo lindo, gringo, ahorita, lo comprobarás.

Luego se alejó hacia donde las mujeres descendían despacio, cargadas con Muncacks y seguidas por Niceto.

—Ésta sí ha sido una buena sorpresa —dijo rápidamente José en excelente inglés de California y tono bajo—. ¿Qué diablos hace usted aquí con esa gente? ¿De veras es su esposa esa hermosa mujer?

—No lo es, pero la historia sería demasiado larga. ¿Qué hace usted con esos dos?

—Hemos traído una tonelada de marihuana que mañana un pesquero se llevará a San Diego. Pero no tengo tiempo de darle detalles, le dejo el lazo suelto y entre los dedos, no creo que se acerque Niceto a comprobarlo. No haga nada, salvo gritar e insultar, vea lo que vea.

—¿Piensan violar a las mujeres?

—Seguro. Y matarlos a todos después, son asesinos natos los dos. Trataré de ganar tiempo... ¿Tiene algún arma?

—Nada. Vine aquí de vacaciones, a tener paz.

—¿De veras? Bueno, haré lo que pueda. La embarcación está atracada en la caleta honda que hay al otro lado del cerro rojo, al Sur. Intentaré convencerlos de que nos debemos llevar allí a las mujeres, eso le dará ocasión de soltarse... cuidado, no puedo seguir hablando, Niceto es receloso como un zorro.

Se separó de Braddock y avanzó hacia las mujeres, que ya llegaban con Muncacks. Niceto había ordenado a Agustín que bajara los componentes de la cena y ahora miró a José con fijeza.

—Te demoraste mucho, amarrando al gringo.

—Para que no se pueda soltar. Se va a retorcer lo suyo cuando vea lo que le hacemos a su mujer, me sospecho.

Hablaban en castellano y Niceto esbozó una turbia sonrisa.

—Seguro que lo hará... Bájate las mantas y lo que no pueda cargar Agustín.

Mientras José obedeció, él se acercó a Braddock que procuró retener su atención y evitar que examinara las ligaduras de sus manos. Pero Niceto no parecía recelar, aunque sí echó una ojeada a la por otra parte complicada lacería que sujetaba altas las muñecas del prisionero.

—¿Me está bien cómodo, señor? —preguntó con socarrona malignidad. Braddock se puso a tono con su papel.

—Son unos bandidos, unos canallas. Pero si le ponen las manos encima a mi mujer...

—¿Qué hará señor, si le ponemos las manos encima a su mujer? ¿Se nos comerá vivos, nos correrá a balazos, nos sacará las tripas? Parece muy macho, muy fuerte...

Moviendo la mano izquierda y manteniendo la metralleta en la diestra y el antebrazo doblado, abofeteó brutalmente a Braddock dos veces, luego se echó atrás a Susan que volvía a fingir muy bien su papel.

—Tranquila, paloma... Sólo estoy sosteniendo una conversación de amigos con su marido.

—¡Es usted un cobarde...!

Niceto hizo una mueca, luego se acercó despacio a Susan, que no

retrocedió. La señora Sturgeon la estaba mirando de un modo raro ahora.

A dos pasos de Susan, Niceto se detuvo, alzó la metralleta y le pegó con suavidad el cañón del arma entre los senos, justo debajo del esternón. Así habló calmoso:

—Me gustan las mujeres rechulas que tienen coraje, de veras. Y tú me gustas mucho. Te voy a demostrar muy pronto que Niceto Corrales es pero que muy macho.

—Con una metralleta en la mano...

Niceto la abofeteó.

Rápida, la señora Sturgeon acudió a sostener a Susan, que había gritado ligeramente al ser golpeada. Ya venían los otros dos mejicanos cargados con todo, mirando a la escena.

—No los provoques, Susan, será mucho peor —le pidió la señora Sturgeon como encalmado a Susan. Niceto estaba ahora sonriendo de modo torcido.

—Será mejor que le haga caso a su amiga, paloma pero le conviene...

Luego, como si por el momento, tuviese suficiente, les dio la espalda y se encaró a sus compinches que llegaban.

—Alistad la cena. Reunídmela leña y haremos una buena hoguera para vernos las caras ahorita, en cuanto anochezca.

Las dos mujeres se fueron a sentar juntas. Susan estaba restañándose la sangre de sus labios rotos y tenía una mirada fulgurante. La señora Sturgeon le habló mientras semejaba ayudarla, en un susurro:

—¿Estás loca? ¿Quieres que esos salvajes nos asesinen?

—Hemos dicho que son nuestros maridos. Tengo que hacer mi papel.

—Ah... Pero no te excedas demasiado, recuerda que tenemos un arma mucho más efectiva...

Los dos mejicanos trajeron leña seca, la amontonaron y le prendieron fuego. Niceto había acomodado una manta doblada sobre un pedrusco y con la metralleta sobre las rodillas y la botella en la mano contemplaba a los prisioneros con una sonrisa dura, cruel, divertida. Sin duda se regodeaba con aquel silencio que sabía iba a influir mucho en los pensamientos de ellos, con la amenaza ambigua que mantenía suspendida sobre sus cabezas.

Los tres mejicanos se acomodaron para cenar. Niceto volvió entonces a hablar.

—Queremos seguir siendo muy corteses. Acá hay comida y buen tequila que compartiremos con las señoras de buena gana. Los hombres se quedarán sin cenar, no lo necesitan, no tienen trabajo esta noche y nosotros sí, mucho.

Cerró su afirmación con una risotada que corearon sus compinches. Las dos mujeres se miraron... Braddock dio gracias a que la oscuridad caía muy aprisa aunque enseguida iba a salir la luna.

—Vamos, palomas, acérquense a la hoguera y no le hagan remilgos.

—Yo no tengo apetito —rechazó seca Susan. Agustín se levantó y se le acercó con ojos que rebrillaban de lujuria.

—Tú vendrás con nosotros o te llevaré a rastras.

—Déjala, Agustín. La señora es mucha mujer para ti.

El mozo giró como un lobo joven, encogiéndose.

—¿Qué quieres decir?

—Que es mucha hembra para ti, mocoso. Así que vuelve a tu asiento y cena tranquilo. Ella va a venir. ¿Verdad que va a venir a cenar, señora? ¿O prefiere que le meta una bala a su marido?

Susan miró hacia Braddock respiró hondo, se levantó y se acercó a la hoguera despacio. No demostraba miedo, sólo fiera aprensión. Permaneció de pie desafiante y fue visible la admiración en los ojos de Niceto. No podía leerse nada en los de José, los de Agustín estaban llenos de muchas cosas interesantes.

—Sí que es mucha mujer... José alístale un asiento a la señora. Debe estar cómoda mientras cena. Y para la otra también. Son dos damas, hay que cuidarlas...

Fue una cena realmente interesante, ya que nadie despegó más los labios. Los tres mejicanos comían como animales feroces, sin quitar ojo a las dos mujeres, de las cuales la señora Sturgeon hizo gala de buen apetito y de estar muy nerviosa, aunque también bastante resignada a lo que pudiera venirle, mientras que Susan Harrow apenas sí probó bocado. Los mejicanos casi vaciaron la botella de tequila, bebiendo a morro, aunque Niceto tuvo otro sarcasmo para sus «invitadas» haciéndoles beber algo del fuerte licor en sendos vasos.

Finalmente la cena terminó. Era noche cerrada y la luna estaba ya alta entre los dos picachos de la isla. Niceto se limpió la boca con el dorso de la mano y ordenó avivar la hoguera, luego respiró hondo, sacó tabaco, lo encendió... todo con deliberada parsimonia. Los demás incluso sus compinches, estaban pendientes de él.

—Hemos cenado como príncipes —dijo al fin, despacio—. Y ahora mis amigos y yo necesitamos diversión. Supongo que las señoras no van a negarse... Somos sus invitados, hay que cumplir con la ley de la hospitalidad...

—¿Qué es lo que se proponen? —inquirió convincentemente asustada la señora Sturgeon. Niceto se lo dijo con suavidad, pero brillándole mucho los ojos lobunos.

—Ya se lo he dicho, señora, queremos divertirnos. Somos hombres humildes, gente de pueblo, nunca tuvimos a mano mujeres tan guapas, rechulas, finas y apetitosas como ustedes. Pero queremos ser educados, no menos brutos... Por eso yo les haré ahorita mismo una proposición de que no dudo van a aceptar. Porque ustedes quieren a sus maridos, supongo... ¿O no es así?

—¿Qué... qué es lo que quiere?

—Lo dije, diversión...

—¡No lo haré aunque me maten! —Susan Harrow se levantó impetuosa. Niceto parecía estar acechando y deseando su reacción.

—¿Quién habló de matarla, mi vida? No, a usted no la voy a matar. Sólo me divertiré tirando al blanco sobre su marido... así...

El seco tableteo de la metralleta destrozó el silencio de la noche. Braddock creyó llegada su última hora, pero los proyectiles le pasaron condenadamente cerca, sin tocarlo.

Susan, emitió un grito y corrió hacia él.

—¡Brad, Brad...!

De un salto lobuno, José el silencioso fue tras ella, la alcanzó y la derribó con técnica de jugador de «rugby» Susan gritó al caer, fue a revolverse y oyó entonces un rápido susurro en inglés:

—¡Hágalo! Necesitamos tiempo para salvarles la vida... Ella miró a José con intensa fijeza. Luego gritó como presa de un ataque de histeria y quiso arañarlo, se revolvió como una leona... preguntándole entre dos insultos rabiosos dichos muy alto:

—¿Quién es usted?

—Policía federal, lo mismo que Braddock.... ¡Maldita loba

rabiosa, me ha mordido!

Por un momento, Susan Harrow quedó como paralizada, pero apenas si se lo notó ante su veloz reacción. Agustín había intentado acudir en ayuda de su compañero, pero Niceto se lo impidió:

—¡Quédate quieto! Veamos si José es capaz de dominarla.

Sin duda aquello formaba parte del programa de festejos mentalmente confeccionados por Niceto, se le advertía en la expresión. También Agustín probó gustar de algo así. Los dos permanecieron contemplando la trifulca en el suelo, a medio camino entre la hoguera y la acacia donde Braddock ahora apoyaba la pantomima con una exhibición de contorsiones cuidadosamente medidas, maldiciones de las más rotundas y palabras de las más feas, dirigidas a los tres mejicanos. La señora Sturgeon, por su parte, no se había movido y hubiérase dicho que estaba de lo más interesada. Muncacks, el hombre, nada podía hacer y nada hacía.

Finalmente José dominó mal que bien a la desmelenada mujer y la arrastró a la hoguera, echándola rudamente a tierra, donde quedó sentada y jadeando. No eran fingidos ni los arañazos u mordiscos de los cuales salía la sangre ni las señales de golpes en brazos y cara de Susan.

—Aquí la tienes, es peor que una loba en celo —se quejó enfurecido José mientras ella recuperaba alientos, arrebatadoramente guapa con la ropa destrozada, el cabello suelto, la mirada centelleante...

Niceto resollaba profundamente, presa de verdadera excitación sexual admirativa.

—Cada vez me gustas más —la dijo, aunque sin moverse de su asiento— vale de fuego puro.

—No lo conseguiréis, me mato primero.

—Tranquilízate y recapacita. Por lo visto quieres mucho a tu marido, cosa que me complace, porque la mujer debe serle siempre fiel a su hombre y no es nada corriente entre vosotros, los del otro lado de la frontera... Míralo, no tiene ninguna herida, soy un buen tirador. Pero si te niegas a complacerme, iré metiéndole balas en las rodillas, los codos, entre las costillas... y luego Agustín lo abrirá en canal con su navaja, como a una res, y le sacará el corazón para colgártelo del cuello con una cuerdecita, bien cerca del tuyo. ¿Qué es lo que prefieres?

Braddock consideró llegada la hora de efectuar una nueva representación. De hecho no necesitaba fingir mucho, porque le ardía la sangre al pensamiento de lo que aquellos tipos se proponían.

José estaba acariciándose las «caricias» de Susan Harrow con mal gesto, ahora se revolvió y fue a él como deseoso de cobrarse la deuda de la mujer. Niceto le gritó en castellano:

—¡Deja que brame, le espera una buena fiesta!

Pero José no le hizo caso, llegó junto a Braddock y le advirtió:

—¡Te voy a cerrar esa asquerosa boca a golpes, gringo sucio! Lo siento, inspector, pero es mejor para usted... ¡Así te callarás! Desmátese...

Desde luego no fueron golpes suaves. Braddock fingió convincentemente el desmayo doblando las rodillas y abatiendo la cabeza. José volvióse, al parecer satisfecho, a la hoguera, donde Niceto se había levantado y le habló bronco:

—Te dije que no le pegaras duro.

—Ordenas a Agustín, a mí no.

—A ti lo mismo que a él. ¿Estás buscando pelea acaso?

—Si la busco no serás quien lleve la mejor parte. Y mañana tendrás que explicarle muchas cosas a Barrazal.

La mención de aquel nombre frenó a Niceto a ojos vistas. Puso muy mala cara, pero bajó su arma despacio. José, que le había plantado cara, no movió la suya de la culata de la pistola. Agustín estaba ahora casi a espaldas de Niceto, con su diestra también sobre la suya y quizás eso contribuyó a encalmarlo.

—Ya trataremos de eso más adelante —afirmó amenazador, bronco—. Ahora no merece la pena.

—Cuando y como quieras. Pero no olvides que los tres tenemos el mismo derecho a todo.

—José dice la verdad. —Agustín se mantenía colocado de modo que Niceto no pudiera encararlos a ambos con su metralleta—. Estoy con él.

Niceto se pasó la lengua despacio por los labios, sin duda sopesando sus posibilidades. Luego soltó una bronca risotada sin alegría.

—Sois un par de idiotas y yo también tomándoos en serio. ¿Qué os pasa, os gustan las mujeres? ¡Pues andando, tomadlas, yo no

tengo ninguna prisa! ¿Os han calentado la sangre? Adelante, a ver como os las arregláis, yo esperaré.

Ellos no se movieron. Lo conocían. José denegó pausado, seco:

—Tampoco yo tengo ninguna prisa. Lo único que quise aclarar es que no mandas aquí sino en lo tocante a la marihuana. Ahora, tú diriges la fiesta.

Brad Braddock nunca olvidaría aquella escena, culminación de todas las increíbles que viera o protagonizara durante los últimos días. Duró tal vez un cuarto de hora, pero pareció que duraba una eternidad. Y luego, con un aullido brutal, tanto Niceto como Agustín se abalanzaron sobre las mujeres.

—¡Quietos!

La dura orden de José estaba apoyada por su pistola. Tanto Agustín como Niceto se detuvieron a medio camino hacia las mujeres y lo miraron de mala manera.

—Quedamos en que todos teníamos los mismos derechos —dijo José sin inmutarse.

—Y tú has dicho qué te deba igual ser el último —gruñó ronco, jadeante Niceto.

—Igual dijiste tú. Así, como ellas son dos y tres nosotros, uno debe esperar. Que lo decida la suerte.

Era una propuesta razonable, incluso para aquellos hombres encalabrados. Se miraron, miraron a las indefensas mujeres, luego Niceto gruñó:

—De acuerdo. ¿Cómo lo hacemos?

—Moneda al aire. Yo tiro para vosotros y el que pierda para el ganancioso y para mí, el último que gane elige.

—Y así tú siempre te quedas con una. Lo haré yo...

Se enzarzaron en discusión. Las dos mujeres los miraban con fijeza y de cuando en vez intercambiaban una mirada.

—Está bien, juguémonoslas a los «chinos» —zanjó Niceto la cuestión. Así no habrá trampas.

Se mostraron de acuerdo. Resultaba una nueva faceta de aquella extraordinaria situación. Cada uno de ellos recogió tres chinitas del suelo y se plantaron cara a cara, tres caras patibularias, tres miradas ansiosas.

—Aquí no habrá trampas, que la suerte decida. Las manos al bolsillo...

Manos al bolsillo. No se quitaban ojo.

—¡Manos fuera!

Se juntaron los puños cerrados. Ahora los tres estaban tratando de adivinar cuantas piedrecillas ocultaban los demás.

—¡Siete!

—¡Cinco!

—¡Seis!

Se abrieron las manos. José esbozó una sonrisa leve. Había seis piedras en conjunto, dos suyas, tres de Niceto y una de Agustín.

—A vosotros os toca —dijo y se retiró un paso, sacando tabaco.

Niceto y Agustín se enfrentaron. El mozo estaba nervioso y le tocaba decir primero. Pidió cuatro y Niceto, tras leve vacilación, tres. Las que había en las manos de ambos.

Rabioso porque la derrota le suponía tener que esperar, Agustín se deshizo en una sarta de brutales blasfemias y juramentos. Niceto inició el movimiento hacia Susan Harrow, pero le detuvo de nuevo José.

—Ahora nos toca dilucidar quien elige mujer.

Era justo. Y volvieron a enfrentarse. Agustín, enrabiado, los miraba sin dejar de gruñir maldiciones a su mala suerte.

—Eeeeh... ¡Cinco!

—¡Tres!

Las tres que llevaba Niceto, porque la palma de la mano de José estaba limpia. Ahora le tocó a Niceto soltar un taco de lo más rotundo. Malévolo, inquirió:

—¿Cuál escoges?

—A ésa.

José señaló a Susan Harrow. Niceto pareció haberlo esperado, esbozó una mueca y se encogió de hombros.

—Ganaste, tuya es. También la otra está buena para la fiesta.

—Me la llevo a la cueva y me llevo también una de las mantas —dijo José.

—Como quieras. Por si acaso, déjate la pistola, es muy capaz de pegarte un tiro. ¿Verdad, paloma brava?

Susan apretó boca y gesto con expresivo ademán. Niceto parecía ahora resignado y no muy disgustado, rió y añadió:

—Ya la ves. Procura domarla, me gustan tiernas y cariñosas a la hora de la verdad. Y deja la pistola.

Despacio, José la sacó y se la tendió a Agustín.

—Guárdala tú. Y también deberías guardar la metralleta. No por más complaciente puede ser la otra menos peligrosa.

Pero Niceto se rió con desdén.

—Yo sé domarlas, José. Si trata de acercarse a la metralleta la oiréis gritar.

—Allá tú. Oye, Agustín, ¿por qué no vas por otra botella a la lancha? Nos hará falta cuando terminemos la fiesta. Y a ti para empezarla.

Agustín le soltó una respuesta soez, pero Niceto estuvo de acuerdo. Ya resuelto el pleito, ninguno de los afortunados parecía tener prisa.

—José siempre está en todo, hombre. Ve a traerte una botella, así te pasará más aprisa el tiempo de la espera.

El mozo se encogió de hombros y se alejó, perdiéndose despacio hacia la costa.

José acercóse despacio también, luego de coger una manta, a Susan, que lo miraba altivamente y la miró a los ojos.

—Andando. Allí dentro te voy a quitar bien el frío, ya verás.

Ella escupió de manera expresiva. Sin hacerle caso, José la agarró por uno de los brazos y se la llevó hacia la cueva. Cuando ya estaban a cierta distancia le habló a media voz:

—Hemos tenido suerte, usted está segura conmigo. No lo vaya a estropear.

—¿De veras es usted agente federal?

—Ya se lo he dicho. Trabajo en el Departamento de Narcóticos.

—¿Y el señor Braddock también es un agente federal?

—¿No lo sabía? —Hubo una nota de desconcierto en la voz de José.

—No me lo dijo. Sólo somos amigos, es largo de contar.

—Ya. Bueno, pues sí lo es. Inspector del Departamento Criminal en Los Ángeles. Uno de los mejores. Nos conocimos hace años, cuando él y yo trabajamos juntos en un caso.

—¿Está desarmado?

—Tengo una navaja automática, pero de poco me servirá contra ésos, si recelan. No podía guardar la pistola luego de la exhibición de fiereza de usted. Hubo suerte de que no ganó Niceto, es un asesino.

—¿Cuál es su plan?

—Engañarlos.

—Si logro llegar hasta donde Niceto haya dejado la metralleta sin que lo note, y arrebatársela, todo irá bien. Até al inspector Braddock de modo que le será fácil librarse en contados minutos, Agustín tardará más de un cuarto de hora en regresar...

Niceto no les quitaba ojo mirándolos subir y había malevolencia en su mirada. No le gustó la actitud de José, pensaba pasarle pronto la factura. Pero ahora tenía una cosa mejor que hacer. Dejando la metralleta sobre una roca se acercó a la señora Sturgeon, que tenía la exacta actitud de la mujer presuntamente honesta abocada a pasar un mal trago inevitable, se paró ante ella y la examinó de abajo arriba con regodeo. Después de todo, se dijo, también esta mujercita estaba muy apetitosa.

—Bueno, tú y yo vamos a retozar un poco ahora, ¿eh, rechula?

—dijo. Ella se estremeció miró hacia el hosco y silencioso Muncacks, luego con súplica a Niceto.

—Si le fuera lo mismo... Un poco más lejos... Por favor se lo ruego...

Había puesto una expresión de súplica muy convincente. Niceto vaciló, se mojó los labios...

—Si tratas de tenderme una trampa lo vas a pasar mal, te lo aviso.

Se la llevó sin prisas, acariciándola, hacia el lugar donde noches antes solían ella y Norrie entrevistarse.

José y Susan Harrow habían desaparecido dentro de la cueva tiempo antes, la pequeña hoguera estaba casi apagada, no daba apenas resplandor y la luna terminaba de esconderse detrás del cerro negro, ahora abajo, en la cañada, todo era más bien oscuridad.

Braddock entró rápidamente en acción. Sus manos desataron veloces las ligaduras, luego se agachó y se desató también los pies. Enfrente, a cierta distancia, Muncacks apenas podía ahora verlo pero adivinó sus movimientos.

—¿Se está desatando, Braddock?

—¡Ssst! ¡Cállese!

Terminó y se acercó al lisiado, hablándole veloz.

—Lo siento, pero el tiempo apremia. Quédese donde está, nada

ha visto ni sabe si es que regresa ese Niceto. El llamado José es en realidad un agente del Departamento de Narcóticos y yo mismo soy inspector de la Brigada Criminal de Los Ángeles.

—¿Usted? ¿Cómo no me lo dijo antes?

—Porque no hubo ocasión. Ahora voy a descubrir donde tienen la embarcación en que llegaron y a acogotar al más joven, cogiendo esas pistolas. No creo que salgan de la cueva la señorita Harrow y nuestro compañero, desde allí no se ve este sitio ahora, ignorarán que Niceto se alejó con la señora Sturgeon. Pero si bajan, dígales donde fui.

Se alejó veloz y silencioso por la cañada abajo. Aún quedaba una oportunidad de resolver la situación y no era cosa de entretenerse, por el momento Susan estaba en buenas manos...

Conocía palmo a palmo la isla y sabía dónde estaba la embarcación que trajo a José y sus compañeros, tardó diez minutos escasos en alcanzar el punto a dónde pretendía llegar antes de regresar Agustín.

Agustín no se había dado mucha prisa, calculando lo que sus compinches podrían tardar. Además, estaba enrabiado por su mala suerte. Así se atizó un par de tragos de tequila antes de emprender el retorno a la acampada, no tenía prisa, incluso, imprudentemente silbaba una canción de su país.

Braddock le saltó a la espalda desde lo alto de la roca grande pegada junto al inevitable paso por el cauce de la barranca y le ciñó uno de sus brazos en torno a la garganta cortándole el silbido y la subsiguiente asustada maldición. No era cosa de andarse con remilgos y además Agustín demostró ser peligroso. Cayeron ambos al suelo y la botella rodó algo lejos, sin romperse de milagro, mientras Agustín, olvidando las pistolas que llevaba, buscaba de modo instintivo su navaja automática, arma mucho más eficaz en lucha cuerpo a cuerpo.

Braddock era no sólo más fuerte sino más diestro y sabía lo que estaba jugándose. Lo golpeó con la máxima dureza, una y otra vez, en puntos sensibles. Agustín gruñó de dolor y acabó quedándose muy quieto.

Rápidamente, Braddock se apoderó de las dos pistolas y luego amarró al mejicano con tiras de su propia camisa, amordazándolo con otra y una bola de ropa. Después lo arrastró para dejarlo en un

hueco entre dos rocas. Hasta que se hiciera de día trabajo daba para encontrarlo.

Tanteando, encontró la botella del tequila y bebió de ella un largo trago, lo necesitaba. Ahora la situación había cambiado, ellos iban a ser dos contra Niceto y su metralleta...

Reemprendió pausadamente el regreso a la cueva. Y no había avanzado doscientas yardas cuando el silencio de la noche fue roto por el eco de los estampidos de una ráfaga de metralleta.

Braddock quedó unos instantes rígido, los nervios tirantes. El significado de aquellos disparos era ominoso... pero podía tener dos explicaciones muy distintas. O bien José Cepeda, el californiano agente del Departamento de Narcóticos había podido sorprender y eliminar a Niceto... o bien éste había acabado con José Cepeda.

Luego se hizo el silencio. Luego sonó otro corto tableteo. Tres disparos justos. Y otra vez el silencio. Un silencio tremendo...

Ahora Brad Braddock sentía frío en la nuca y en la espalda. Cepeda habría podido disparar una vez... pero no dos, eso significa que falló en su intento... y que estaba muerto. Y que Niceto andaría, metralleta en mano, buscándolo a él para matarlo, en cuanto descubriera su fuga.

Pero además, quedaban las mujeres. No le preocupaba la señora Sturgeon poco ni mucho, más de pronto sintióse tremendamente ansioso por la suerte de la señorita Harrow. Y lo que eso significaba, habida cuenta de que ella podía ser casi cualquier cosa, lo aturdió.

Comenzó a actuar. Saliéndose del fondo de la barranca avanzó como en los días que él era un paracaidista de asalto en Vietnam. Éste había sido desde un principio un juego de tramposos, pero ahora era un juego mortal como nunca.

Su avance fue de lo más cauteloso, pero quienquiera que estuviese allí delante debía hallarse aguardándolo y no pudo escuchar ningún ruido. Lo peor consistía en su total ignorancia de lo sucedido. Sin embargo, las mujeres, una al menos, precisamente Susan, tenía que ser Susan, debían estar vivas, tal vez huyendo por la isla a través de la noche, tal vez buscándolo...

Por eso se fue hacia la ladera del cerro rojo, donde se asentaba la cueva. Susan de escapar, debía venir a esta dirección, tal vez lograra tropezársela.

No hubo suerte en tal aspecto. Llegó a cosa de cien yardas de la

acampada y el doble de la boca de la cueva sin tener tropiezos ni escuchar ruidos delatores. Cabían varias posibilidades, pero él no podía escoger.

Llegó a la cueva sin novedad, tras tardar media hora larga en recorrer doscientas yardas. Su ventaja consistía en que Niceto ignoraba su verdadera identidad, no podía imaginarse que un simple turista americano pudiera comportarse como un hábil combatiente nocturno. Tenía que pensar como él. En la cueva no lo esperaría porque la cueva era una trampa de ambos sentidos...

Se fue alejando de la boca de la cueva metro a metro y luego descendió hacia el lugar donde la señora Sturgeon solía reunirse con Norrie, el mismo adonde llevó poco antes a Niceto.

Veinte minutos más tarde escuchó por fin algo. Un gemido.

Hasta que el gemido no se repitió no reanudó su avance. Alguien estaba allí delante, herido, quejándose débilmente. Podía ser José Cepeda...

Era José Cepeda. Había caído de espaldas entre rocas y matojos, jadeaba y gemía pero no se movía apenas.

Centímetro a centímetro Braddock se le acercó hasta tener la certeza de su identidad, pero no le habló, se movió de nuevo hacia atrás y comenzó a rastrear el terreno circundante en busca de Niceto.

Tardó justo un cuarto de hora más en encontrárselo aunque sólo se hallaba a una docena de yardas de Cepeda, exactamente en el acogedor rincón donde la señora Sturgeon solía llevarse a sus amantes ocasionales.

Pero el mejicano ya no resultaba peligroso para nadie.

Estaba boca abajo, parecía arañar la tierra y su cabeza apuntaba hacia las rocas al otro lado de las cuales yacía malherido José Cepeda. Su metralleta no se veía por ninguna parte y tampoco la señora Sturgeon.

Braddock necesitó tres minutos de somero examen para comprobar que Niceto estaba más muerto que su bisabuela y que no había muerto por herida de bala. Alguien le había roto el cuello en una presa de «karate» del todo criminal.

Braddock respiró hondo, imaginándose ya lo sucedido. Luego retornó al lado de José Cepeda.

El agente del Departamento de Narcóticos estaba listo, no hacía

falta luz para comprobarlo, cuando la mano de Braddock tanteó su cuerpo sus dedos notaron pronto el viscoso contacto de la sangre.

—¿Quién... quién es...? —Apenas resultaba audible el ronco estertor de Cepeda.

—Cálmese, soy yo, Braddock. ¿Qué pasó?

—Tuve... mala... suerte... Quise sorprender... a Niceto, pero me oyó... y me disparó... a bocajarro...

—¿Dónde dejó a la señorita Harrow?

—En... la cueva... Le dije... que huyera... si oía disparos... a la embarcación... Hay... una tonelada... de marihuana... preparada... Mañana... vendrán a por ella... Un barco... pesquero... el «Chiquita»... Forma parte de una banda que opera en gran escala...

Entre jadeos el moribundo agente federal dio su informe a Braddock. Casi no lo pudo terminar.

Continuaba habiendo mucho silencio en la isla ahora. Y Brad Braddock ya sabía cuál era la situación. Aparte él mismo dos mujeres, andaban hacia el Sur de la isla. Una era una asesina, entre otras cosas; la otra podía ser cualquier cosa y él acababa de descubrirse enamorado de ella. Además quedaban dos lisiados, Muncacks, que podía ser en realidad otro agente federal y podía serlo, Sturgeon, que desde luego no era un pacífico tendero de Iowa, y el bien amarrado mozo Agustín. Todo un programa...

Braddock se encaminó, con las máximas precauciones, al punto donde horas antes se encontraban todos, los vivos y los muertos, en animada reunión. Ahora allí reinaba un silencio total, unido a una total oscuridad, pues el rescoldo de la pequeña hoguera debía haberse apagado por completo.

Sin embargo, Braddock pudo descubrir el bulto inmóvil de Muncacks en el lugar donde debía estar. Lo llamó dos veces quedamente, sin recibir respuesta, y eso aumentó sus ya muy negros temores de ánimo. Reptando como una serpiente se le fue aproximando y llegó por fin a su lado sin novedad.

Muncacks tampoco se encontraba en condiciones de conversar con nadie. Alguien le había metido una bala entre ceja y ceja.

CAPÍTULO XIII

SIN lugar a dudas de ninguna clase, aquélla era una excitante situación, desde cualquier punto de vista. Brad Braddock respiró hondo, se sentó junto al cadáver de Muncacks y recapacitó.

De los supervivientes del accidente aéreo ya sólo quedaban las dos mujeres y Sturgeon... que ellas ignoraban aún estuviera vivo. De los tres tripulantes de la canoa, Agustín. Y, naturalmente, él, Bradford Braddock, inspector del Federal Bureau of Investigación destinado a la Brigada Criminal de Los Ángeles, oficialmente disfrutando de un bien ganado permiso de vacaciones.

—Y viniste a Natividad a descansar de crímenes, tiroteos, asesinatos, hampones, inquietud, sobresaltos y todo eso, Brad Braddock... —murmuró para sus adentros—. Viniste a pescar, andar, dormir, vagabundear, no contar el tiempo, dormir, comer, holgar en completa paz en una isla desierta adonde nunca se acercaba nadie porque en ella no había nada que pudiera atraer a un turista...

Bufó. Y luego se puso otra vez en campaña.

No volvió por el camino de la cañada. Al contrario, retrocedió hacia el Norte y salió de ella, encaminándose, en amplio rodeo por la costa y tan aprisa como resultaba compatible con su propia seguridad, hacia el punto donde debía encontrarse la lancha de los contrabandistas de marihuana.

Llegaba ya cerca de la caleta allí delante tableteó de nuevo la ametralladora, dos cortas ráfagas en rápida sucesión.

No hubo más, ni tampoco disparos de otra arma, gritos de agonía, nada. Braddock ya sabía dónde estaban las mujeres.

Empuñando una de las pistolas arrebatadas a Agustín se fue adelante sin olvidar sus precauciones. Así pudo oír el ruido leve de

una pequeña piedra desplazada por alguien que venía en su dirección, muy cerca ya.

No había modo de buscar un lugar donde ocultarse, por otra parte la neblina nocturna ya se había alzado y la oscuridad era absoluta. Las olas de la marea alta golpeaban con cierta fuerza las rocas costeras a unas doscientas yardas de distancia.

El bulto humano apareció un minuto después casi encima de Braddock, que estaba agazapado como un tigre. Saltó en el momento justo y golpeó en el lugar adecuado.

Con un gemido sordo, la mujer cayó.

Rápido, Braddock se inclinó sobre ella, comprobó su inmovilidad, sacó el encendedor y averiguó a quien iba a dejar fuera de combate.

El corazón le dio un vuelco al descubrir que se trataba de Susan Harrow.

Ella tardó veinte minutos en reaccionar. Para entonces, Braddock ya la había cogido en brazos, llevándosela lejos de allí, ladera arriba, a un lugar situado casi a media altura del cerro. No fue una tarea fácil porque la mujer pesaba lo suyo aunque fuera un agradabilísimo peso y porque de noche, a oscuras totalmente y cargado con un ser humano, ascender la ladera abrupta de un cerro áspero y árido, aun conociendo el terreno, no resultaba moco de pavo.

—¡Chsssst! —le pidió al oírla removerse y gemir—. No grite, soy Braddock.

La oyó contener una excitada exclamación y luego ella se sentó, llevándose las manos a la cabeza, que debía dolerle lo suyo.

—¿Me golpeó usted?

—Sí. Lo siento, pero no podía reconocer quién llegaba. ¿Cómo se encuentra?

—Bien...

Brad ya había comprobado que ella iba vestida con unos pantalones y un jersey pero probablemente nada más.

—¿Y usted? José Cepeda me dijo que es un inspector de la policía federal de los Estados Unidos.

—Cierto, lo soy.

—Entonces estuvo mintiendo desde el principio...

—Ustedes no me dejaron otra opción, eran un grupo de gentes

demasiado raras.

Susan Harrow se tomó tiempo para contestar. Y dijo otra cosa.

—Han debido matar a su compañero. La Sturgeon y ese mejicano, Niceto andan juntos, ella lo ha debido convencer.

—Lo dudo mucho. Encontré a ese hombre, pero estaba desnucado. La señora Sturgeon o como quiera que se llame, sigue cazando sola.

—¿A qué se refiere?

—Al principio tuve mis dudas entre ambas. Una disponía de una pistola con silenciador y sólo ustedes podían haberla traído en esos maletines que salvaron del accidente aéreo con tanto interés, ocultándola, junto con otras cosas sin duda no menos interesantes, en cualquier escondrijo de la isla más tarde, antes de que nadie pudiera ponerse a registrarlos.

—Usted lo hizo, claro.

—Pero sólo hallé, en ambos, muy ingeniosos dobles fondos. Bien, como le decía una de ustedes dos era una asesina. Primero mató a Norrie, único superviviente de lo del avión que la podía identificar, luego trató de liquidar a Sturgeon...

—¿Trató de liquidarlo?

—También él es un tipo listo. Recibió dos balazos, pero uno le dio en el blindaje arcilloso de su brazo roto y el otro sólo le causó una herida superficial. Me dijo que estaba de espaldas cuando le dispararon, pero mentía, los dos proyectiles le llegaron por delante. Lo que hizo fue dejarse caer y ya, a cubierto, chapuzarse en una poza que había bastante más abajo, haciéndose el muerto en el agua. Un truco muy arriesgado que resultó.

—Pero no lo encontramos después, al buscarlo... —La voz de Susan Harrow sonaba muy tranquila para la situación—. ¿Cómo puede ser cierto lo que dice?

—Hay una pequeña cueva de entrada por debajo del agua a corta distancia de donde le dispararon. Yo lo sabía porque antes de llegar ustedes inspeccioné la isla de punta a punta para entretenerme, Sturgeon también lo descubrió en sus paseos de exploración. La suerte estuvo de su parte, eso es todo. Con la marea alta no es posible descubrir la entrada de la cueva, pero estaba bajando cuando le hirieron. Se escondió allí y se curó por sí mismo, toda una hazaña para un simple tendero... por muy aficionado que

sea a la medicina.

—No es un tendero. Es médico cirujano, tenía una cátedra en una importante Universidad centroeuropea, él me lo dijo.

—No me sorprende. Como todos los demás pasajeros del avión pretendía pasar fraudulentamente a los Estados Unidos. Imagino que lleva encima algo de mucho interés, o valor.

—¿Por qué dice eso?

—Le vi examinar lo que parecen ser unas microfotografías, oculto entre las rocas de la costa. Puede ser espionaje o puede ser cualquier otra cosa, pero es de suma importancia. Ha estado muy interesado desde un principio en protegerse contra una de ustedes, precisamente la que pasaba por su esposa. Desde luego ella le disparó, pero hay algo que no comprendo.

—¿Qué?

—No trató de comprobar su muerte y menos de registrarlo, luego no quiso matarlo para apoderarse de lo que llevaba.

—Esa mujer es un compendio de vicio y crimen —la voz de Susan Harrow resonó vibrante a pesar de su diapasón bajo—. Nunca antes me había tropezado con nadie como ella.

—Es posible. Le disparó ahora, ¿verdad?

—Escapé al oír los primeros disparos. Tenía que... que encontrarlo a usted y comprobar la veracidad de lo que me dijo aquel hombre, el agente federal. También soy una de esas personas que tratan de entrar fraudulentamente en los Estados Unidos.

—Pero no es una *«striptease»*.

—Claro que no. Mi nombre es Irina Kravzek, mi padre fue un general checoslovaco desapareció en las prisiones comunistas, mi madre era condesa y murió también, huí de mi país el verano pasado.

—Hay manga ancha para la entrada de exilados checos.

—No es verdad. Soy doctora en Química y también en Ciencias Exactas, puedo prestar muy buenos servicios en cualquier laboratorio o empresa, pero sus compatriotas son muy extraños, me negaron tres veces el visado de entrada sin más razón que la de ser miembro del partido comunista checoslovaco, no logré convencerlos de que en Checoslovaquia hasta la revolución de enero o se era del Partido o se pasaba muy mal.

—No entiendo gran cosa de política, pero supongo que podría

arreglarse.

—No. Y yo estaba ansiosa de entrar en su país. Un hombre... un compatriota suyo al que conocí en Viena... Nos enamoramos, planeamos casarnos, sólo había ese impedimento. Entonces él ideó que yo entrara de modo clandestino. Con una documentación falsificada no habría mayores problemas, nos casaríamos y viviríamos tranquilos.

Él estaba sintiendo un montón de cosas, no todas agradables, asintió, pausado:

—Será lo mejor, créame. Aunque personalmente lo voy a sentir.

—¿Por qué dice eso?

—No merece la pena. Volvamos a nuestro problema actual. Quedamos nosotros dos, esa mujer y Sturgeon, aparte el más joven de los mejicanos, al que amarré y amordacé bastante bien. Ella, sin duda, debe estar ahora buscándonos para eliminarnos, lo necesita.

—Me disparó cuando yo abandonaba la lancha. Conseguí encontrarla sin dificultades pero no hallé ningún arma de fuego, sólo un cuchillo que tomé. Yo sabía que usted estaba libre...

—¿Por qué lado bajó la barranca?

—Por el opuesto a la cueva. Pensé que usted vendría por allí, alertado por los disparos, y que lo tropezaría, pudiendo avisarlo.

—Yo pensé lo contrario.

Quedaron en silencio. Hasta ellos llegaba el rumor de la resaca y podían ver fosforecer las olas allí abajo. Por primera vez estaban juntos en medio de la noche y afrontando idéntico peligro, pero había muchas cosas más.

—Ella debe andar buscándonos —sugirió la mujer al fin. El hombre asintió:

—Seguro que lo hace. Y con un objetivo, liquidarnos a ambos. Tiene que hacerlo antes de tomar la canoa y alejarse de la isla, por otro lado necesita salir de aquí antes de que lleguen los del pesquero en busca de la marihuana. Que es justo lo que nos pasa a nosotros.

—¿Qué piensa hacer?

—Le diré lo que no pienso, dejarme matar.

—Eso ya lo imagino. Y sé que desconfía de mí.

—Yo me he enamorado de usted.

Se le escapó antes de darse cuenta y ella acogió su afirmación

con un silencio total. Braddock respiró hondo, luego añadió:

—No pensaba decírselo, mucho menos cuando me habló de ese hombre que la espera. Pero es cierto y lo he descubierto esta noche, cuando ambos representamos tan bien nuestros papeles de matrimonio bien avenido colocado ante una situación límite del todo intolerable.

Por fin habló ella. Braddock habría dado cualquier cosa por verle los ojos, pero era imposible en la cerrada oscuridad y su voz apenas si le resultó algo más cálida de lo normal.

—Debe estar doliéndole mucho...

—Si se refiere a la posibilidad de que usted no me haya dicho tampoco ahora la verdad, no. Aunque la supiera un delincuente profesional no podría evitar el quererla, está más allá de mis posibilidades. Ahora bien, sí me duele haber llegado tarde, porque algo me dice que usted es mujer de un solo hombre, de un solo amor.

—Lo soy. Me repugna soportar las caricias de un hombre al que no ame.

Hablaba apasionada, algo echada adelante, y Brad Braddock se había enamorado de ella.

—Sturgeon también me hizo proposiciones, me habló de que una vez en los Estados Unidos dispondría de mucho dinero, trató de convencerme de que debía ayudarlo a matar a esa mujer, y a usted; Muncacks me ofreció dinero también si lo ayudaba a sobrevivir. Teníamos que desembarazarnos de los Sturgeon, pero no de usted, él pasaría más tarde por mi marido, seríamos un matrimonio que salió de pesca con un nativo, la embarcación naufragó...

—Curioso... ¿Y cómo la quiso comprar?

—Como Sturgeon, con dinero. Me dijo que era un «boss» lo que en su país es un jefe de bandidos, que tenía una red de locales de juego, pero había sido expulsado por las autoridades, devolviéndolo a su país de origen, era yugoeslavo. Sus secuaces estaban aprovechándose para echarlos a un lado de sus negocios y él trataba de regresar a ajustarles las cuentas. No mentía, se sabía imposibilitado por su pierna rota, me necesitaba para salvarse.

—A mí me dijo después de la muerte de Razzola que era un agente federal del Departamento de Inmigración, que iba en ese vuelo con la misión de localizar los puntos de aterrizaje,

concentración de emigrantes clandestinos y todo eso.

—Lo sé, me lo contó. Lo hizo para ganarse su confianza, igual que yo... que todos, le creíamos lo que dijo ser. Pero no era un policía, usted lo averiguará cuando regrese a Los Ángeles, si quiere. Dijo que su verdadero nombre era Kralowitch.

—Gracias por la información, eso me quita un peso del cuerpo. Al menos tengo la certeza de que José Cepeda era un compañero, lo conocía de antes. Aunque también puede que se hubiera vendido a los contrabandistas, ya no sé qué pensar.

CAPÍTULO XIV

SON las dos menos cinco minutos. Comenzará a alborear dentro de cinco cuartos de hora y dentro de dos horas será día claro. Entonces no vamos a tener muchas posibilidades frente a la metralleta, hay que encontrarla antes.

Eso lo dijo Brad Braddock a las dos menos cinco. A las tres menos cinco continuaban sin hallar rastro de la señora Sturgeon. La contrapartida era que tampoco ella los había encontrado.

—Hay cosas que no me gustan poco ni mucho —rezongó Braddock cuando él e Irina Kravzek se acurrucaron entre unas rocas, al pie del cerro pizarroso, en la muy densa oscuridad que precedía el alba—. Y una de ellas es andar a la caza de una mujer criminal. ¿Sabe por qué?

—No soy policía.

—Son mucho peor que los hombres. Supongo que eso también debe saberlo usted, igual para el bien como para el mal las mujeres llegan siempre más lejos. Sin embargo, no puedo olvidar de que son mujeres.

—Ella afirma que todos los hombres son fácilmente domeñables mediante el sexo.

—Es posible. Pero yo diría que eso sucede cuando además, existe otra cosa. Al menos con algunos hombres.

—¿Usted?

—Sí. Con sólo sus habilidades amatorias de tipo sexual, por muchas que fueran, una mujer no lograría esclavizarse, algunas lo intentaron y eso me permite hablar con conocimiento de causa.

—Supongo que entre otras cosas de las que no habló, tendrá una esposa y unos hijos...

—Tuve una esposa y también una hijita. De la primera me

divorcié hace tres años la segunda falleció en un estúpido accidente que se pudo haber evitado si su madre en vez de ocuparse tanto de sí misma, se hubiera ocupado más de ella.

—Oh... lo siento...

—No importa, pertenece al pasado ese que todos tenemos.

—¿Usted... amaba a su esposa?

—Muchas veces me lo he preguntado. Sí, supongo que sí, al menos la quise al principio. Ella era de esas mujeres que sólo viven para sí mismas, aunque no lo den a aparentar. Me cazó con sus atractivos físicos, me retuvo satisfecho durante un tiempo con el mismo recurso porque yo me empeñaba en auto convencerme de que seguía enamorado, pero luego ocurrió lo de la niña...

—¿Qué fue?

—Murió abrasada en nuestra casa mientras su madre estaba de pruebas de un vestido. Tenía dos años y medio.

—Qué horror...

—Yo estaba de servicio, llevaba cuarenta y ocho horas sin dormir, siguiendo la pista a dos jovencitos drogados que había atracado y asesinado a un matrimonio anciano y a los que debimos abatir a tiros porque eran y se portaron hasta el final como fieras enloquecidas. Justo acabábamos de liquidarlos cuando me comunicaron la noticia. Resultó que mi mujer porque la había llamado su modista para probarse un nuevo vestido de fiesta y aún no llegaba la cuidadora de la niña, en vez de esperarse la dejó sola. La niña cogió un encendedor automático era juguetona... nada pudieron hacer.

Hubo una pausa, luego Braddock gruñó:

—Eso terminó con nuestro matrimonio. Ella se ha consolado con otro hombre ya hace tiempo, ni siquiera se considera culpable de lo sucedido.

—No diga eso, no puede ser.

—Pues es. No hablo por hablar. Pero dejémoslo, hay que seguir adelante, ya comienza a aclarar. Subiremos a lo alto del cerro y nos agazaparemos allí, esperando a que se haga de día. Si esta mujer se mueve la localizaremos, entonces trataré de reducirla.

—¿La matará?

—Si no me deja otra opción tendré que hacerlo, pero prefiero atraparla viva, nos la llevaremos, y a Sturgeon en esa lancha al

Norte. Aunque no sé hasta qué punto puede hacer una cosa así siendo esta isla de soberanía mexicana, ya veré como me las arreglo...

Treparon ladera arriba hacia lo alto del cerro pizarroso. Por el Este comenzaba a extenderse una delgada línea gris que iba en aumento con rapidez, mientras la pareja ascendía a la cima.

—Ahora, descansaremos aquí hasta que aclare más, entonces nos separaremos y, a gatas iremos a apostarnos en lugares distintos. Usted al Sur y yo al Norte, de ese modo ella no podrá sorprendernos y así podremos descubrirla en cuanto se mueva.

—Hasta ahora no hemos podido saber por dónde anda...

—Ni ella por donde andamos, eso ha sido una ventaja dado que lleva una metralleta. Sospecho que debió perseguirla, pasando de largo mientras yo la atendía y luego registrando la isla. Probablemente por un tiempo nos aguardó junto al bote, pensando que iríamos a intentar escapar, pero luego recapacitó que justo eso sería lo que no íbamos a hacer. Debe de andar tratando de averiguar dos cosas, si logramos reunirnos y en tal caso cuales pueden ser nuestras ideas.

—Exacto profesor. Y como ve, las pude adivinar. ¡No se muevan!

Ellos estaban sentados en lo alto del cerro, entre las rocas y sobre la tierra pelada, un espacio de tal vez medio acre de extensión que por dos lados terminaba en sendos cantiles y por los restantes tenía subidas bastantes pinas. Braddock había ido a cometer un error de novato tan sólo por no pensar que la señora Sturgeon pudiera tener un cerebro tan astuto, frío y estratégico como el de un inspector federal. Y ahora iban a pagarlo tanto él como Irina Kravzek...

Tanto Braddock, que no dominó un áspero taco, como Irina, que se quedó rígida tras el primer repeluzno sobresaltado, no se movieron porque sabían que con la otra no valían bromas. La señora Sturgeon avanzó despacio, sin perderlos de vista, con una de sus encantadoras sonrisas y una mirada de acero y crueldad.

—Se terminó la fiesta, mis simpáticos y adorables amigos —manifestó con su dulce voz—. Ha sido excelente y admito que guardaré de ambos un muy grato recuerdo, pero las circunstancias mandan.

—Así que nos va a asesinar —dijo Irina con contenida fiereza.

—Digamos que voy a realizar una tarea desagradable. Profesor, tire la pistola bien lejos. Sin gestos raros, me dolería anticipar su muerte.

—Es usted muy amable —gruñó Braddock. Luego tiró la pistola que había dejado sobre el suelo junto a su mano y apenas si pudo volver a recoger. El arma trazó un arco en el aire y fue a caer a diez o doce metros de distancia.

—Ahora saque con cuidado la otra que debe llevar oculta en alguna parte de su cintura y haga lo mismo con ella. Por favor, no pierda su tiempo tratando de negarlo, encontré al muchacho mejicano donde lo dejó. A propósito, ya está muerto también.

Mientras hay vida hay esperanza, Braddock obedeció rechinando los dientes de coraje. Entonces la Sturgeon fue a sentarse sobre una de las grandes piedras, a cosa de cuatro metros de distancia, cubriéndolos con su metralleta. Daba la impresión de estar gozando tanto con lo que hacía como con sus anteriores malabarismos eróticos.

—Ustedes dos hacen una espléndida pareja, de veras; y por separado son dos especímenes de lo mejor. ¿Me creerán si les digo que siento verme forzada a darles muerte? Juntos hemos pasado muy buenos ratos...

Braddock e Irina se miraron. El cinismo de aquella mujer rayaba en lo sublime.

—¿Y si tanto nos aprecia por qué nos tiene que asesinar? —inquirió él tratando desesperadamente de ganar tiempo para pensar en algún medio de zafarse a la muerte que les esperaba. La mujer ensanchó su sonrisa.

—Ésa es una pregunta tonta, profesor. Verá mi primera intención consistía en utilizarlo como trampolín para entrar en su país, ya que resultaba ideal como «tapadera» después de todo lo aquí sucedido. Nuestra joven y hermosa amiga, que nunca se ha fiado de mí y siempre fue embustera conmigo, debía también salvar la vida, los tres juntos teníamos que llegar a los Estados Unidos sin novedad, en amorosa compañía. Luego cabían dos posibilidades referentes a usted, que pensé sopesar y decidir sin prisas: O bien dejarlo seguir su camino, sin saber nunca a quién ayudó a entrar a su país, o bien eliminarlo de modo sencillo y rápido, sin dejar ninguna huella que alertara a la policía. Confieso que me inclinaba

por lo primero. Lamentablemente para ustedes dos, llegaron esos mejicanos contrabandistas de marihuana...

—Y ha pensado liquidarnos para huir con la lancha, ocultar la marihuana en alguna parte, trasladarse a dónde pueda entrar en contacto con traficantes de droga y venderla en su exclusivo beneficio.

La voz de Irina restallaba como acero batido y sus ojos aparecían llenos de inmenso desprecio, de odio también. Ya había suficiente claridad para que se pudieran ver bien las caras y Braddock vio curvarse los labios de la señora Sturgeon con una sonrisa burlona. Pero sus ojos eran implacables.

—Exacto, querida —dijo—. Es justo lo que me propongo hacer.

—¿Y cree que podrá conseguirlo? —Braddock dio un tono desdeñoso a su voz—. Una cosa es asesinar a gentes desprevenidas y otra muy distinta tratar con los traficantes de drogas...

—Puesto que van a morir ambos, profesor, no tengo inconveniente en darle algunos detalles sobre mi persona. Por ejemplo, mi verdadero nombre es Julissa Szabalos.

—Muy interesante.

—No dudo que nada le diré. Tal vez sí a usted, señorita Kravzek.

Braddock se puso alerta y miró de reojo a Irina, advirtiéndole como se endurecían sus facciones y le centelleaban, agresivos, aturcidos también, los bellos ojos de aguamarina.

—Usted... —dijo y había todo un cúmulo de emociones en aquella única palabra, al modo como ella la expresó.

—Una gran sorpresa final, ¿verdad? —Se hizo mordaz la voz de la Szabalos—. Bueno ahora se la daremos juntas al profesor.

—¿De qué demonios está hablando?

—Sin duda usted se ha dado cuenta de la actitud de nuestra joven amiga, ¿verdad? Absolutamente opuesta a la de una «strip-teaser» norteamericana... También habrá advertido porque es mucho más inteligente de lo que todo este tiempo trató de aparentar, que ella, sus modales, todo, son distinguidos... Querido amigo, nuestra hermosa acompañante se llama Irina Kravzek, descende de un general y una aristócrata, se crió en muy buenos colegios... y es o por lo menos era hasta hace muy poco una ferviente comunista.

—¡Cállese! Irina se había alterado mucho ahora, hizo ademán de

levantarse pero lo frenó al verse amenazada por la metralleta.

—Quédese donde está. Puesto que ambos van a morir no debe importarle que revele su identidad y sus milagros a nuestro arrogante amigo norteamericano. Ella, profesor, no sólo es una ferviente comunista, sino una de las más brillantes jóvenes inteligentes de su país. Precisamente por ambas cosas fue destinada a cubrir el puesto dejado vacante por...

Pronunció un nombre que Braddock había oído varias veces, aunque no en la prensa, un personaje clave en el servicio de espionaje del Pacto de Varsovia fallecido en «accidente» fortuito algunos meses atrás, cuando al parecer se disponía a pasarse a los occidentales cargado de secretos gordos. Pero no demostró en su rostro lo que estaba pensando.

—¿Y quién diablos es ese?

—Ya veo que está poco enterado de los entretelones de la política internacional. Era oficialmente segundo secretario de la embajada de Checoslovaquia en Bruselas, falleció oficialmente en un tonto accidente de tráfico. De hecho era el número Diecinueve del STAYKA-SMIENO, o en otras palabras el Servicio Especial de Información del Pacto de Varsovia, una organización de elegidos. Los jefes usan números clave hasta el cincuenta.

—Usted parece muy enterada...

—Soy el número Once —fue la asombrosa afirmación—. Mejor dicho, lo era hasta hace siete meses, en que descubrieron que trabajaba también para los Chinos. Desde entonces he debido moverme mucho y bien.

Quedó una pausa de silencio. Brad Braddock no estaba necesitando esforzarse para demostrar aturdimiento.

—No lo creeré aunque me lo juren de rodillas —gruñó. Irina Kravzek tuvo una amarga respuesta.

—Vale más que lo crea porque es la verdad.

—Entonces, las dos han estado todo el tiempo conchabadas...

—Nada más lejos de la realidad. La señorita Kravzek no podía reconocerme porque me he hecho la cirugía facial, cambiando desde el color de mis cabellos y la forma de mi rostro hasta mi silueta, gracias a un régimen especial que me hizo ganar diez kilos. Al lado ella sólo era una alumna aventajada y sospecho que ignorante de verdaderos secretos, de los que valen la pena. Estaba

locamente enamorada de Wassili Eremenko, el agregado militar número dos a la embajada rusa en Praga, formaban una espléndida pareja. Lo que ella ignoraba era que a Eremenko se le había ordenado enamorarla.

—¡Miente! ¡Usted es una sucia embustera, una maligna...!

—Lamento causarle este dolor antes de matarla, querida pero le estoy diciendo la verdad. Eremenko y yo hemos pasado muy buenos ratos en Praga y otros lugares antes de que las cosas se nos torcieran a todos. Él y yo éramos de la misma clave, de veras, nos entendíamos perfectamente. Buen mozo, guapo, de fácil palabra y con una exquisita habilidad para enamorar jóvenes románticas... Tuvo mucha suerte en su carrera y era algo menos joven de lo que usted cree, tampoco un simple capitán del Estado Mayor. Su graduación era la de teniente coronel, su edad treinta y nueve, tenía esposa y dos hijos en Moscú y sí, era un buen comunista. A menudo me contaba sus relaciones con usted, así llegué a conocerla bien, también la conocí por su «*dossier*». Tengo muy buena memoria y al verla la noche que tomamos el maldito avión tardé poco en recordar su identidad, me extrañó mucho que viniera en el mismo vuelo que yo y pensé si no habría sido descubierta a pesar de todas mis precauciones...

—No imaginé quien pudiera ser usted.

—Ahora la creo, su sorpresa ha sido genuina. Y me gustaría que me aclarara por qué empleó ese medio para entrar en los Estados Unidos. Que sepa, se suelen utilizar otros canales.

—No ha sido usted la única en huir —la voz de Irina vibraba y en sus bellos ojos Braddock pudo leer muchas cosas, desde dolor a una cólera fría una intensa amargura—. Tomé parte directa e importante en la revolución de enero, con toda mi alma porque deseaba para mi país una libertad que durante tantos años no había tenido. Mi padre había sido un buen comunista, un gran soldado, y los stalinistas lo torturaron asesinándolo después, mi madre y yo conocimos el campo de concentración, el hambre, las torturas... Yo como tantos otros en mi patria, aspiré a una libertad con el puro ideal comunista, luché por él, creí que lo había conseguido... sé que conseguí interesar en él a Wassili Eremenko a pesar de lo que usted ha dicho. ¿Por qué si no lo asesinaron cuando me ayudó a escapar tres días después de la entrada de los tanques soviéticos en Praga?

—Yo ya no estaba allí, ni cerca. Pero desde luego el Wassili Eremenko que conocí muy bien no era tonto ni idealista.

—Puede que usted no lo conociera tanto, puede que sí lo fuera, puede que con usted estuviera fingiendo y no conmigo, que su misión verdadera consistía en vigilarla a usted, la traidora, la espía doble, no a mí, que sólo era una aspirante al servicio diplomático, apenas iniciada en tareas secretas. Puede que tuviera en Moscú esposa e hijos, pero lo mataron protegiendo mi huida a través de la frontera contra sus propios compatriotas, sus últimas palabras fueron: «Te amo, Irina. Huye, sálvate...». Y eso no lo dice un moribundo si no lo está sintiendo muy de veras.

—Conmovedor, romántico y hermoso, ¿verdad, profesor? —se burló la Szabalos—. Lástima que yo tenga el alma muy curtida. Si prefiere morir con esa certeza, señorita Kravzek por mí no quede. Ya le he dicho que me ha sido simpática, me gusta mucho como mujer, me habría gustado poder continuar siendo su buena amiga mucho tiempo... Aunque a usted no le agrada ese juego, ¿verdad? Se lo noté enseguida.

—Me dio asco, él y usted, asco de mí misma por soportarlo.

—No habría sido nunca buena espía, no aprendió a dominar sus emociones ni sus sentimientos. Lástima, repito. Y ahora, que todo está bastante aclarado, se terminó la conferencia, los voy a matar. Pero no aquí.

Se levantó sin dejar de apuntarlos. Ya era día claro, pero aún faltaba para la salida del sol. Aunque el cielo de Oriente era un esplendor de magníficos colores.

—Los mataré junto al mar y las corrientes los llevarán lejos, luego me iré en la motora. Hay en ella una tonelada de marihuana cuyo precio de venta me permitirá vivir con toda clase de comodidades e incluso montar algún negocio legal. Ya no me interesa entrar en los Estados Unidos, realmente se puede vivir mucho mejor con mucho dinero en cualquier otra parte.

—Usted ha debido ser una comunista perfecta —gruñó Braddock; por más que se estrujaba los sesos no conseguía hallar una salida. La Szabalos hizo un mohín expresivo.

—Le diré una cosa profesor. Nací en una miserable choza de un barrio mísero de Budapest y pude conocer a fondo el hambre, el frío, la miseria. A mi padre lo reventó a palos la policía «nazi» y mi

madre debió darnos de comer mediante el comercio de sus ajados encantos físicos y el hurto, por lo que muy pronto desapareció en un campo de concentración. Éramos cuatro hermanos, el mayor de once años. Y vi morir a dos de ellos de hambre, frío... tuberculosis. Créame se aprende mucho en tales circunstancias, yo aprendí a sobrevivir. Las ideologías son bonitos señuelos para incautos, pero en todas partes hombres y mujeres se mueven empujados por las mismas tres o cuatro necesidades del instinto vital. El miedo, el hambre, la sed, el sexo, la codicia, el odio, la envidia, la vanidad... eso es lo que realmente empuja a las gentes. Yo lo aprendí pronto y lo he utilizado siempre con excelentes resultados.

—Magnífica filosofía. El fin justifica los medios...

—Exacto. Lo han dicho siempre y de muchas formas los dirigentes políticos, religiosos, sociales... agitando «*slogans*» rimbombantes y banderas de colores ante los ojos de las muchedumbres. Al final, quien triunfa es un ungido de Dios, el que pierde un criminal cargado con todos los delitos y todas las lacras. Eso no se lo habrá enseñado la Geología naturalmente. Pero basta de conversación, no ha de servirles de nada, yo siempre estoy alerta.

—Permítame sólo un par de preguntas. Usted asesinó a Norrie y a Sturgeon. ¿Por qué?

—Muy sencillo. Norrie era un pequeño idiota de malas intenciones y el único que conocía algo muy poco de mi identidad, lo maté sin dificultades y lo empujé mar adentro en su bote de goma. Sturgeon era un pequeño burgués que se creía muy inteligente y quiso jugar a ser más astuto que nadie...

—Lo logró.

—¿Qué? —La mujer se sobresaltó, aunque sólo un instante. Luego emitió una leve carcajada—. Vamos, profesor, no trate de hacer usted como él. Le metí dos balas en el cuerpo, cayó rebotando al mar desde diez metros de altura, y la marea se lo llevó. A estas horas ya es pasto de algún tiburón.

—Debió bajar a la poza a comprobarlo.

Ella se puso rígida despacio, a ojos vistas.

—¿A la poza?

—A la poza larga y profunda exactamente allí abajo, sí —señaló con el gesto Braddock. Ahora los tres se encontraban en el borde

mismo de la cima del cerro, algo más bajos ya Braddock e Irina—. Una tiradora tan excelente como usted no suele fallar a la distancia que le disparó, pero debía tener la luz de cara y él debió descubrirla un instante antes. Los proyectiles le pegaron a la arcilla de su brazo escayolado y sólo le causaron heridas superficiales, por lo visto es un buen nadador y fue lo bastante astuto para lanzarse al agua y fingirse muerto. Yo lo encontré y lo curé.

La mujer se lo estaba creyendo a todas luces.

—¿Dónde está?

—Oculto en una caverna que usted no conoce. De modo que, matándonos a nosotros nada va a resolver.

—Eso lo veremos. Adelante, sigan bajando.

Le obedecieron. Braddock había jugado su última baza a la desesperada. Aquella loba feroz ahora, no podía actuar precipitadamente y todas las alternativas posibles la obligarían a ceder en algún momento su vigilancia. Si tal no ocurría él e Irina Kravzek podían despedirse de la hermosa vida...

CAPÍTULO XV

INICIARON despacio el descenso, Irina delante, Braddock a cosa de tres pasos y la Szabalos cerrando marcha con el dedo en el gatillo de su metralleta.

—Si se trata de un truco para demorar su muerte, profesor, no va a servirle de nada. Usted me dirá donde se oculta Sturgeon.

—Puesto que de todos modos va a matarme no veo la razón de hacerlo. Tendrá que buscarlo sola y le garantizo que tendrá trabajo aunque la isla sea pequeña, aparte de que él debe haber escuchado los disparos de anoche y estará alerta. Una de dos, o escapa ahora, corriendo el riesgo, porque cuando vengan mis amigos Sturgeon denunciará lo sucedido y la buscarán, la encontrarán, o se demora a liquidarlo también y corre el riesgo de que lleguen los contrabandistas del pesquero.

—Muy astuto profesor. Y muy valiente se está mostrando. Para un simple profesor de Geología resulta un verdadero héroe...

—Puesto que estamos en vena de confesiones no veo la razón para seguir ocultando mi verdadera personalidad. Soy inspector del F.B.I., adscrito al departamento criminal.

—¡Eso es mentira!

Braddock se detuvo y se volvió despacio. Al hacerlo vio algo que le paró de golpe el corazón. Sólo un instante, para hacérselo galopar luego aprisa.

La Szabalos se había alterado ligeramente.

—Veo que la conmueve —dijo burlón—. Más la conmoverá saber que Muncacks también era un agente, pero del contraespionaje. Antes de que usted lo matara me advirtió que una de ustedes, era una peligrosa espía y que él andaba tratando de identificarla. Y José el hombre que murió acribillado a balazos

anoche, permitiéndole a usted atacar a su matador por sorpresa, quebrarle el pescuezo y apoderarse de esa metralleta, un agente federal del Departamento de Narcóticos. Haga lo que haga, amiga, no se va a escapar esta vez, aunque nos mate a Irina Kravzek y a mí.

—Sulte esa metralleta.

Sturgeon había llegado, gracias a la verborrea de Braddock, a veinte metros escasos a espaldas y algo a la derecha de la Szabalos. Empuñaba una pistola y aunque estaba pálido, despeinado, las ropas sucias y arrugadas, su aspecto era de lo más decidido, así como su voz.

La mujer recibió la orden como si fuera una bala. Con un rabioso juramento en húngaro se revolvió...

Sturgeon disparó y le metió un proyectil por debajo del codo y la metralleta, en el hígado. La Szabalos aulló y apretó el gatillo, pero su movimiento semicircular ya estaba frenado, la ráfaga de proyectiles comenzó demasiado pronto y Sturgeon disparó de nuevo, pegándole ahora precisamente en el ombligo, mientras se tiraba al amparo de una roca.

Ahora la Szabalos se dobló hacia delante y los proyectiles de la metralleta golpearon alocadamente las rocas pizarrosas levantando esquirlas, mientras ella, con una mueca de dolor y odio intensos, daba traspiés tambaleantes. De repente giró, con la boca abierta como ansiosa de aire y la metralleta aún bien cogida, apuntando a Braddock que estaba viniendo a toda prisa contra ella, seguido por Irina.

Ellos advirtieron su intención y saltaron veloces a buscar amparo bajo las rocas. La Szabalos alzó con sobrehumano esfuerzo el arma y volvió a apretar el gatillo de modo convulsivo.

Salieron tres balas. Dos cortaron el aire, inofensivas, pero la tercera le pegó en el cráneo a Braddock cuando ya estaba a punto de resguardarse detrás de una roca.

Fue un dolor súbito, intenso y feroz, seguido de la total oscuridad...

Casi al mismo tiempo, Sturgeon, que se había ocultado algo más arriba a los proyectiles de la metralleta, asomó de nuevo, volvió a disparar y le metió su tercera bala en la cintura a la Szabalos. Con un nuevo aullido de loba herida, la espía doble cayó trompicando hacia delante, soltó la metralleta ya inútil por habersele acabado la

carga de proyectiles, arañó desesperadamente, en su agonía la pizarra, y despacio fue quedándose quieta, quieta...

Irina se había tirado al amparo de otra roca. Ahora se levantó con gran cautela y miró. Al pronto no advirtió lo ocurrido a Braddock porque se lo ocultaba casi la propia roca que la cubría, sí vio aparentemente muerta a la Szabalos y más lejos a Sturgeon que se acercaba pistola en mano, aprisa. Primero respiró hondo, tomando aliento, mientras una expresión indefinible se expandía por su rostro, luego se levantó y se acercó a Braddock descubriendo entonces, que estaba muerto al parecer.

—¡Brad!

Le salió del alma rápidamente se arrodilló, tomándolo en sus brazos con una expresión angustiada. Él tenía una fea herida en la parte derecha del cráneo, mucha sangre en la cara y ésta de color terroso.

Sturgeon llegó a la Szabalos y se detuvo, mirándola ceñudo. Ella tenía cuando la removió con un pie para volverla y cayó un poco boca arriba, una mueca feroz que borraba la belleza indudable, la gracia no menos indudable de sus facciones. Sus ojos parecían terriblemente dilatados, torcida su boca. Toda su cintura iba llenándose de sangre...

—Merecías esto —dijo Sturgeon en alemán. Y luego siguió hacia donde cayera Braddock, que estaba ahora en los brazos de Irina.

Ésta se irguió despacio, afrontándolo. Se había serenado velozmente, al menos lo bastante para que en tales circunstancias su actitud resultara normal.

—Ha sido de lo más oportuno —dijo con voz nerviosa—. ¿Cómo pudo conseguirlo?

Sturgeon echó una mirada al inmóvil y ensangrentado rostro de Braddock.

—¿Muerto?

—Sí. Le dio en la cabeza, la muy perra...

—Con lo cual quedamos nosotros dos. —Sturgeon hablaba ahora plácidamente—. Bien, supongo que él le contaría como me encontró y lo que me ocurrió. No suelo fiarme completamente de nadie, amiga mía, así que al anochecer nadé fuera de la cueva y me arrastré a cierta distancia, más tarde escuché los disparos y eso me sobresaltó, porque no podía comprender qué pudo ocurrir. Decidí

averiguarlo, pero cuando llegué a la cueva allí no había nadie, sí encontré a Muncacks muerto y a otros dos desconocidos, uno de ellos llevaba esta pistola y me la agencié. Luego procuré enterarme de lo que sucedía y a la vez evitar que nadie me descubriera y me pegara un tiro.

Se sentó en la roca, pero no se guardaba la pistola. Irina lo notó y a su vez se encalmó lentamente, sus bellos ojos volvieron a ser fríos, serenos.

—Bueno, pensé que el mejor punto de observación sería en lo alto del cerro negro y subí hasta allí. Al alba noté que alguien se acercaba, convencido de que era mejor prepararle una emboscada, retrocedí descendí por un lado del cantil y me oculté esperando a que descendieran, eso fue todo.

Sonrió pero siguió con la pistola en la mano. Irina se mantenía muy serena.

—Tenemos que irnos aprisa Hay una embarcación oculta en una caleta al Sur de la isla, pertenece a unos contrabandistas, los hombres que usted vio. Ellos nos sorprendieron y luego se pelearon por nosotras, eso nos valió. Pero están a punto de llegar sus compañeros y si nos encuentran...

—No nos encontrarán. Ya vi la embarcación. Y estoy muy satisfecho de que todo haya terminado. ¿Sabe, querida? Soy muy afortunado. No era fácil para un hombre como yo un intelectual, un profesional de la Medicina, con un brazo roto y sin armas, salir con vida de esta isla donde el azar, el destino, como usted lo prefiera, nos había reunido a un grupo tan curioso de gentes peligrosas. No, si alguno de ustedes llegaba a enterarse de que llevo encima tres cuartos de millón de dólares fácilmente convertibles. Pero aunque estuve a punto de ser muerto, a la postre soy el triunfador.

—No acabo de entenderlo, profesor.

—No es necesario. Ahora usted me acompañará y será mi compañera, disfrutará conmigo de todo... Dejemos que esos contrabandistas de los que me ha hablado se devanen los sesos preguntándose qué pudo suceder aquí, a qué obedece esta matanza, todas estas tumbas... Nadie sabrá jamás que estuvimos en la isla, ni nos descubrirán. Pero antes, querida, déjeme acabar con el apuesto profesor Braddock.

Irina se puso rígida.

—Ya le he dicho que está muerto...

—Pero me ha mentido. Le ha mentido a *Herr* Julius Katzembach, uno de los mejores cirujanos de Alemania, que además estuvo en la guerra y está harto de ver muertos, heridas de bala... Supongo que su romántico corazón femenino se compadece de un hombre así y por mi parte puedo comprenderlo; pero el romanticismo no tiene cabida en esta situación. Si dejamos vivo a ese hombre nos denunciará, seremos buscados y terminarán encontrándonos.

—Ignora que pudo suceder...

—Sabe que yo estaba vivo y le disparé a esa mujer, que usted estaba viva también. Amiga mía, me ha costado mucho planear mi fuga de Alemania. ¿Usted sabe lo que significa vivir veinte años atado a una mujer detestable, mayor que yo y fea?

—¿Por eso sólo huyó de Alemania?

—Digamos que es una de las causas principales. También había cierta investigación acerca de mis actividades como a ayudante médico en Mauthausen y Dachau.

Levantándose, apuntó despacio a la cabeza de Braddock...

Se había ido acercando y hallábase a dos metros de distancia. Su ataque fue el de una pantera y el eminente cirujano exnazi la tenía a su derecha, vaciló una fracción de segundo entre dispararle a Braddock o a ella. Lo suficiente.

Siguió un forcejeo realmente brutal. Ninguno de los dos parecían ocuparse de golpes y desolladuras, todo su interés estribaba en apoderarse de la pistola y disparar contra el otro.

Finalmente, Irina consiguió quitársela a Katzembach.

Katzembach recibió el proyectil en pleno pecho y pareció ser frenado en su impulso por una mano invisible, luego cayó pesadamente al suelo.

Irina se puso a registrar a Katzembach concienzudamente, comprobó que no había nada. De repente se le iluminó la expresión mientras miraba el escayolado de arcilla.

Arrodillada y sentada sobre sus talones Irina abrió la metálica petaca y extrajo aquello que días atrás le pareciera a Braddock una película. Al ser herida por los rayos solares aquella película, se reveló como una sucesión de estuches de finísimo material plástico, cada uno de los cuales guardaba, impermeabilizado un sello de

correos. Sellos antiguos, cada uno de los cuales habría colmado las ansias de un buen filatelista...

CAPÍTULO XVI

BRAD Braddock despertó sintiendo como si dos docenas de herreros golpearan a discontinuo las paredes de su cráneo al alimón con otros tantos campaneros de iglesia. Y lo primero que descubrió al abrir los ojos fue que se encontraba tendido sobre la lenticular arenosa de la cueva submarina donde se refugiara Sturgeon, con sus ropas al lado, metidas en una bolsa de plástico, bien atada y una cantidad razonable de alimentos dentro de otra bolsa, latas. Por la luz que entraba en la caverna y la altura del agua allí dentro calculó que era bien pasado el mediodía. Pero ¿de qué día? Al pasarse la mano por la cara calculó que habían debido transcurrir al menos dos. Tuvo que estar inconsciente y febril ahora estaba débil, hambriento y aturdido...

Por lo pronto comió y bebió hasta saciarse, luego calculó que tenía provisiones para cinco días, cuidándolas. Ayudándose con la pesca, para el doble. Y sus amigos tendrían que llegar justo dentro de una semana... Bien, le quedaban siete días para recuperar fuerzas y reflexionar sobre la situación.

Salió de la cueva con la marea baja del amanecer, llevándose la pistola y el cuchillo por si acaso. Estaba débil como un recién nacido, pero a pesar de ello se lanzó cerro arriba no sin tomar toda clase de precauciones, no fuera a haber gente en la isla.

Lo primero que halló fueron los cadáveres de Sturgeon y la Szabalos ambos en estado de putrefacción y a corta distancia uno del otro. Además, las aves marinas habíanse cebado con ellos, de modo que no resultaba lo que se dice agradable en contemplación, especialmente el de la mujer. Alejándose de allí Braddock llegó agotado a la cima del cerro negro y desde allí oteó toda la zona de la isla que podía verse.

No tardó en convencerse de que no había nadie a la vista. Probablemente, los contrabandistas ni siquiera llegaron a desembarcar al no advertir señales de la presencia de sus compinches o si lo hicieron y descubrieron la matanza para ellos incomprensible, más la desaparición de la marihuana, habríanse apresurado a alejarse de allí.

Cuando recuperó más fuerzas reemprendió la exploración de la isla. Las carroñas de todos los caídos cerca de la cueva y el mozo llamado Agustín se pudrían tranquilamente al sol llenando el aire de un olor dulzón nauseabundo. Aparte él, tan sólo había muertos en Natividad...

Cuando seis días después apareció el camaronero que venía a recogerlo, Brad Braddock se encontraba sentado sobre una roca, flaco, retostado, con la cabeza vendada, los ojos febriles, la barba de un mes... lo más parecido a un pirata de leyenda. A los dos asombrados hombres que llegaron en una lanchita a recogerle y al no menos asombrado patrón amigo suyo les contó la misma historia.

—Tuve mala suerte, estaba pescando en el bote cuando me lo volcó una ola inesperada y al caer me golpeó la cabeza con un afilado saliente de roca. Por fortuna no perdí el conocimiento y logré nadar hasta la playa, pero se me infectó la herida y pasé varios días con fiebre alta...

La herida comenzaba a cicatrizar y en el camaronero no había expertos en heridas de bala. Aunque alguno pensara que aquello no se parecía mucho a la que podría causar un golpe contra una roca afilada se lo calló.

Cinco días después Braddock desembarcó en San Francisco. Lo primero que hizo fue tomar un baño caliente y librarse de mugre, lo segundo afeitarse la barba. Luego fue a visitar a un médico y se hizo practicar una cura ortodoxa de su herida. Luego de ver las radiografías que le hicieron, el médico le aseguró:

—Usted es un hombre afortunado, inspector. Medio centímetro más a la derecha y no lo cuenta...

Lo que resultaba más que difícil de contar era la historia de lo ocurrido en Natividad. Braddock había venido rumiándolo durante todos aquellos días y noches en soledad total. Y decidió que bien estaba lo que bien había terminado. Después de todo, ¿qué, quién

ganaría algo con dar a la publicidad aquella historia? Él no, desde luego...

Se calló. Su conciencia estaba tan tranquila como amargado su corazón. Y comenzó a pensar en abandonar el servicio. Un incidente de lo más vulgar, eso a lo que todo policía está expuesto siempre, le facilitó aquella segunda decisión. Pocos meses más tarde, en ocasión de capturar a un «gang» de pistoleros, recibió un mal balazo en una pierna. Y quedó cojo. Era el motivo que necesitaba y lo aprovechó.

Le dieron una pensión más que suficiente para vivir con decoro en un país de más bajo nivel de vida. Y el inspector Braddock se marchó del suyo sin demasiada pena, ciertamente. Cierta día de primavera desembarcó en un país mediterráneo cuyo nombre no hace al caso, alquiló un turismo y diose a recorrer aquel país sin ninguna prisa, en busca de un lugar de su agrado. Lo encontró y alquiló un pequeño departamento en una pequeña y soleada ciudad donde aún el turismo no tenía mucha importancia. Como tenía cerca varios ríos trucheros, con el pequeño automóvil que compró hacía constantes excursiones a lugares donde tras comprobar que no había gente demasiado cerca, pasaba el tiempo pescando y rumiando recuerdos, en los cuales suba casi siempre una maravillosa mujer denominada Irina Kravzek a la que no esperaba volver a ver en su vida.

Tres semanas justas después de afincarse en aquel barato y soleado casi siempre, país, cuando más melancólico se encontraba porque le hizo tumbarse en el sofá de un «*living*» con la pipa y el «*whisky*» decidido a no salir a la calle hasta que no se le pasara el arrechucho, llamaron a la puerta de su departamento. Creyendo que era la mujer de la limpieza levantóse sin molestarse en arreglar su apariencia, por cierto bastante desaliñada y se acercó a la puerta abriendo.

En cuanto vio quién estaba al otro lado dilató los ojos, abrió la boca y se quedó como quien acaba de recibir un mazazo en la nuca.

Su visitante le contemplaba intensamente, con una expresión demoledora, e inquirió con exquisita suavidad:

—Hola, Brad. ¿Puedo pasar?

Once meses sin verla... Trescientos treinta y dos días justos, con sus noches y todo, sin saber de ella, soñando con ella, hambriento de ella, nostálgico de ella, amargado por causa de ella... y ahora la

tenía allí ante sus narices, en la puerta de su casa, preguntándole... mirándole... sonriéndole...

—Bueno, ¿y a quién diablos le importa lo que sucedió después? Por mi parte no quiero arriesgarme a que lo ya escrito me lo prohíba la censura, dejándome sin comida dos semanas. Así que... se acabó.

FIN



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



**AGENTE
FEDERAL**

FBI



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.

